

A woman with her hair in an elaborate bun, wearing a light-colored, lace-trimmed Victorian-style dress, is seen from behind. She is standing on a stone path that leads through a lush garden. To her left and right are large, classical columns supporting a structure. In the background, there is a rectangular pool of water, several tall, slender cypress trees, and a clear blue sky. The overall scene is bright and sunny, suggesting a warm day.

*Obligada a casarse
con el*

DUQUE

ZOE SCOTLAND

Obligada a casarse con el duque

Las Lawson

Zoe Scotland

Copyright © Junio de 2024 Zoe Scotland

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

Para todas las Jane, para las que soñamos con el amor que nos descubren las nuevas historias.

Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Books By This Author](#)

Prólogo

Norfolk, Inglaterra año 1818

Jane Lawson



Respiré más fuerte de lo habitual, y al escucharme, tía Rose levantó su vista antes fijada en el pañuelo de seda que bordaba incansablemente durante algo más de una hora, la misma hora que yo pasé mirando al techo de nuestro nada humilde salón de lectura. Ese en el que me estaba prohibido que leyese ninguno de los libros que habitaban en cada una de las estanterías, porque según ella me podrían llenar la cabeza de pájaros y de falsas ilusiones. Como si ella no se encargase de hacerme delirar con sus maquinaciones a cada poco.

—¿Ocurre algo de lo que me deba preocupar? —dijo tía Rose desde su asiento levantando su ceja al escuchar mi suspiro.

—Nada, tía, es solo que se me hace eterno este momento, ¿podemos terminar?

—Te dije que cosieras. —Giró su cabeza para señalar el lugar donde me había dejado aquellas agujas e hilos tiempo atrás—, en cambio, tú elegiste el aburrimiento.

Como si la costura no fuese algo tedioso, pensé.

El verdadero motivo de mi suspiro era otro, se acercaba la fecha de compromiso con el duque de Summerfield, Oliver Loockwood, y aún no sabía cómo era él en apariencia. Después del matrimonio que la tía acababa de arreglar con el barón para mi hermana Eliza lo normal era que me preocupase. No dejaba de pensar en si se parecería a él con esa figura horrenda, o por el contrario, su semblante sería más similar a lord Sebastian, el sobrino del barón, un hombre de anchos hombros, cabello frondoso y porte regio.

Volví a suspirar al recordar a Sebastian, esta vez, el aire que salió de mi interior fue más sonoro que el anterior, y la tía dio un par de palmadas al aire mostrando así su exasperación para anunciar que se había terminado el momento de costura. ¿La verdad? Lo agradecí, porque mis pensamientos se estaban desviando de lo que debía ser lo apropiado para una señorita.

Hacía un día soleado para dar un paseo por los jardines, pero a ella le parecía que era más adecuado que la modista me tomase las medidas para el que iba a ser mi vestido de bodas. ¿Por qué el vestido antes de conocer al duque? Aquello sí me hizo pensar que lo más probable a la respuesta de aquella pregunta que me hacía era que el duque era horripilante, y temían que después de verlo ya no quisiera casarme con él, y menos aún dejar que me tomaran las medidas para el vestido.

—¡Ay! Me has pinchado —dije, y aparté de mi cuerpo la mano de la modista de un manotazo.

—¡Jane! Haz el favor de comportarte, si no estás quieta ella no puede hacer su trabajo.

—No me importa lo más mínimo, igual que a ti no te importa que yo quiera conocer la apariencia física del duque de Summerfield.

—Permítame decirle señorita, el duque es lo más apuesto que han visto mis ojos jamás —susurró la modista con cierto atrevimiento.

—¡Silencio! —gritó tía Rose—. Termina con el largo de una vez y sal de aquí.

La modista había enfadado tanto a tía Rose que se terminó de inmediato la prueba. Yo lo agradecí también, además de llevarme el regalo de escuchar que mi prometido era un hombre apuesto.

Bajé a las cocinas a la carrera después de que lo hiciera mi tía. Aquellas órdenes que ella nos daba prohibiéndonos las comidas entre horas no debían ser sanas, porque mi estómago rugía como un león sin aguantar de una comida a otra, así es que yo siempre la desobedecía a mi antojo.

Crucé el *hall* con sumo cuidado de no ser vista para calmar el fragor de mi estómago, y andando sobre las puntas de mis pies caminé hasta la entrada de la cocina, donde el aroma a chocolate recién hecho se instaló en mi olfato, y cerré los ojos para saborearlo desde lejos.

—¿Un rumor, o cierto? —Me sorprendió de pronto la voz de la tía.

Me escondí debajo de la mesa de madera donde las cocineras faenaban toda aquella rica comida con la que nos bendecían a diario.

—Dicen que cuando la gente rumorea sobre algo es que suele haber asomo de verdad en ello, quizá exageraciones, pero yo no ignoraría nada en cuanto a lo de que es libertino. —La sirvienta de tía Rose aclaraba.

—¡Qué horror! ¿En esta sociedad una no puede encontrar a un hombre decente que esté dispuesto a llevar una vida tranquila y hacer feliz a mi sobrina?

—También puede aceptar a...

—¡Ni se atreva! Él es un duque, no hay que pensar nada.

Cubrí mi boca al escuchar que hablaban de mí. Lord Summerfield era un libertino, y a mí me había tocado casarme con él. Libertino o no, era guapo, eso había dicho la modista, entonces, ¿dónde estaba el problema? Todos los hombres son algo ligeros, eso lo dijo una vez la tía, así es que yo me encargaría de reformarlo. Conseguiría el amor de él aunque se me fuese la vida en ello, recuerdo que pensé. Bueno, la vida entera no. Y aunque nuestra boda fuera por conveniencia, terminaría siendo un esposo enamorado fervientemente de mí.

Esperé a que ella y Leandra salieran de las cocinas, y con sumo cuidado de no ser vista salí de mi escondite, me escabullí de allí no antes de servirme una taza de chocolate caliente y un par de bollos recién hechos.

Lo poco que me habían contado del duque era que ocupaba la mayor parte de su tiempo en llevar a cabo negocios ventajosos para que su fortuna fuera creciendo, y ya casi era dueño de media Londres, pero su intención era serlo de casi toda Inglaterra y parte de Escocia, por lo que hacía largos viajes a tierras escocesas y permanecía mucho de su tiempo en aquellos lares.

Cerré los ojos imaginando al duque el día que nos conociéramos, seguro que sostendría mi mano con cuidado y la besaría con dulzura, y en ese instante yo sentiría el flechazo del amor, y él por supuesto que también. Entonces acto seguido hincaría su rodilla en el suelo y me pediría matrimonio frente a todos los invitados de la fiesta de compromiso. De esa forma él callaría ciertos rumores inapropiados, y todos hablarían de la futura esposa que le hizo relajarse y llevar una vida tranquila y familiar.

La puerta de mi alcoba fue golpeada y la sirvienta que la tía Rose había asignado para mí entró sin esperar a que le respondiese dándole mi permiso.

—Señorita Jane, debemos de prepararla. Su tía me encargó venir para que elija cualquiera de estos vestidos para mañana.

—¿Qué ocurre mañana? —pregunté despistada.

—Señorita, lord Summerfield llegó ayer a Londres, y mañana es el baile en el que se anunciará el compromiso.

Di un brinco de la cama, comencé a caminar de un lado a otro nerviosa horadando las alfombras de mi alcoba. Me detuve y miré mi rostro en el espejo de mi tocador. ¿Por qué demonios no le hice caso a la tía con eso de dormir al menos diez horas? Lucía un rostro pálido, ojeroso, y hasta habían comenzado a salirme arrugas en la frente. Aunque de eso la culpa era toda de Emma, la que me hacía enfadar muy a menudo y me obligaba a fruncir el ceño durante muchas horas del día con sus impertinencias.

—Me quedo con este, el blanco, quiero que cuando me vea se caiga al suelo de nálgas. Puedes llevarte el rojo, es demasiado atrevido, y jamás vestiría de amarillo, no soy un polluelo.

Lina salió de mi alcoba y yo tomé el cepillo que descansaba sobre el tocador para peinar mis cabellos oscuros, debía de sacarles brillo, mamá antes nos cepillaba todas las noches más de cien veces a cada una para lograr que lucieran sanos y brillantes.

Londres, Inglaterra año 1818

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



—Cada vez tardas más en venir a verme, mi duque querido —dijo Elena mientras se deshacía de sus ropas lentamente sin dejar de mirarme a los ojos, y logrando así encenderme como el fuego.

Su piel blanca hacía que resaltaran sus pezones rosados, poniendo mi corazón a palpar a un ritmo vertiginoso.

—No soy hombre de una sola mujer, lo sabes, y acabo de descubrir a ciertas señoritas en el burdel del bajo Londres, concretamente en Whitechapel. Deberás de esforzarte más para que te continúe eligiendo a ti por encima de ellas.

Elena me miró divertida y continuó quitándose la poca ropa que todavía cubría parte de su cuerpo.

—Da igual con quien retoces, sabes que siempre vendrás a calmar tu sed a mí.

Caminé hacia ella aún vestido, me gustaba que fueran sus manos las que me desnudasen mientras yo paseaba mis manos por su cuerpo. Besaba sus pechos duros, mordisqueaba sus pezones, acariciaba su sexo, sus nalgas, apretaba fuerte sus piernas cuando se subía a mi cintura para rodearme, pero a pesar de siempre querer arrancarme un beso de mis labios, yo continuaba negando esa parte de mi cuerpo.

—Cada vez eres más entregado, hazme el favor de no tardar tanto en regresar a verme —dijo al terminar, mientras yo me vestía con diligencia.

—Me recuerdas a mi madre —dije mientras sacaba de mi cartera dinero para pagarle.

—Aquí hay mucho más de lo habitual —habló a la vez que contaba los billetes.

—Tardaré, incluso quizá... esto es para que no te olvides de mí, sabes que siempre he regresado, pero en esta ocasión no será un simple viaje de negocios, me caso, y puede que...

Dije aquello sin más importancia que la que tenía, un matrimonio arreglado, otro negocio más para mí, algo sin interés.

Elena abrió mucho los ojos al escucharme, y después como si creyese que se trataba de una broma por mi parte, rompió a reír de forma exagerada.

—El día que tú te cases, querido Oliver, ese día se convertirá en noche, y eso será la señal que Dios te envíe para indicar que te detengas, pues no existe mujer en el mundo que pueda soportar tu libertinaje, podrías arruinarle la vida, a no ser que sea una viuda cansada de los hombres y que solo busque un... —Elena hizo una pausa y me miró pensativa—, tampoco servirías para hacer compañía a nadie. Eres un hombre solitario.

—Es por el bien familiar, o me caso con ella o mi familia me lo retirará todo, todo cuanto poseo se entregará al hospicio. Como comprenderás jamás dejaría que eso ocurriese. Tantos esfuerzos, tantos viajes a tierras inhóspitas, jamás dejaría que acabase todo en manos desconocidas.

—Pues le deseo toda la suerte que pueda poseer, porque en el momento en el que le hagas el

amor, la pobre mujer no soportará después tu indiferencia.

Salí del burdel con la sensación más extraña que jamás había experimentado, en mi cabeza aún resonaban las palabras que había pronunciado Elena, lo último que deseaba era hacerle daño a nadie, y menos aún a una joven que seguro se ilusionaría con la idea de formar una familia junto a mí. Mi cometido era otro, en mis planes no había largos paseos a pie, ni visitas al teatro, lo único que me exigía mi madre era matrimonio, tan solo eso, silenciar las voces de Londres que hablaban de un duque irresponsable e incapaz de encontrar una esposa. Un libertino, amable, pero libertino.

Ese fue el deseo de mi padre en su lecho de muerte y así lo hizo reflejar en su testamento. Casado antes de cuatro años, y este era ese último de ellos.

Al bajar del carro que me devolvió a mi hogar, advertí la presencia de alguien en la mansión familiar. Ya estaba aquí, seguro que había estudiado a la joven con la que me desposaría, y aunque conocer si era de su agrado o no, no era importante para mí, debía reunirme con ella y escuchar todo lo que había venido a decir.

Mi joven sirvienta recibió mi sombrero y mis guantes con amabilidad, y cuando esta se giró para colocarlos en el mueble de la entrada, me permití darle un azote en las nalgas, lo que hizo que diera un salto asustadizo y más tarde escuché las risas salir de ella.

—Eres incorregible, al servicio se le respeta siempre —dijo duramente mi madre apareciendo de la nada.

—Y este también debe hacerse respetar. —Aquello fue dirigido a la sirvienta.

—Madre, qué alegría más grande verla de visita. Un vestido precioso, le resalta el color de sus cabellos, está radiante como siempre. ¿A quién se le ocurrió esa estupidez de que un hijo no puede casarse con su propia madre? Yo estoy enamorado de usted. —La levanté del suelo con mis brazos y la mareé un poco por el salón haciéndola girar sobre mí.

Era cierto que sentía un inmenso amor por ella, aunque su egoísmo fuese más allá de mis deseos, y no resistiría por más tiempo sus regañinas como si yo fuese un bebé al que criar.

—Ya está bien, eres un embaucador, si viviera tu padre no podría negar que eres igualito a él.

Mi madre se sentó en la butaca de piel color rojiza después de mirarme durante unos minutos, y con la mano me ofreció asiento frente a ella.

—Sé que has venido para hablar de mi futura esposa, puedes estar tranquila, antes de primavera se celebrará la unión.

—Demasiado tarde, debe ser mucho antes —sentenció.

—Madre, para la primavera tan solo quedan dos meses.

—Puede ser este mes, no es necesario esperar más tiempo. Y ahora dime, ¿cómo es ella?

Quedé pensativo un instante para ver de qué manera le decía a mi madre que no tenía la menor idea de qué apariencia física tenía ella. Cuando hablé con la duquesa de Sealand para acordar el que sería nuestro matrimonio, me aseguró que su sobrina era hermosa, y con eso me bastó, porque nadie creería que yo contraería matrimonio con una dama de belleza común.

—Es hermosa —dije.

—¿Educada, quienes son sus padres, noble, donde se crio, ya habéis hablado de tener hijos? Su dote, ¿no pretenderás casarte con cualquier mujer?

—Usted me exigió matrimonio, no dijo nada de nietos. Debería de estar contenta con la noticia de la boda.

—Lo estoy, pero no quiero morirme sin que me llamen abuela. Además también está lo otro...

—No madre, eso no ocurrirá. Y haciendo referencia a lo otro, como usted lo llama, ya hay demasiados títulos en la nobleza, no ocurriría nada si un ducado se extinguiera. Seguro que la realeza no echaría de menos unos cuantos títulos.

—Ya lo veremos —dijo ella y salió de mi campo de visión.

Capítulo 1

Norfolk, Inglaterra año 1818

Jane Lawson



Cargué la cuchara con un pedazo de patata guisada, agarré el mango con una mano y le di la vuelta mientras que con mi otra mano ejercí fuerza haciendo de lanzadera. Solté del extremo, y la patata voló hasta estrellarse en la pared del salón.

—¡Demonios! Señorita Jane, ¿qué pretende? —dijo Leandra al asustarse cuando pasaba cerca del misil.

—Me aburro, me aburro tanto que ya no sé qué hacer para dejar de aburrirme.

—Puede practicar clases de piano, dar paseos, probar con la pintura, también está la costura. Como ve hay infinidad de cosas para que se entretenga.

—Eso no me gusta, yo deseo hablar con personas, necesito que me cuenten cosas interesantes, saber cómo es la vida ahí afuera. No puedo vivir encerrada por más tiempo aquí. Si al menos me dejasen leer algún libro. Cuéntame, ¿alguna vez te has enamorado? ¿fue correspondido? ¿conociste a alguien que amase tanto a una persona que enloqueciera por amor? Deseo conocer historias, muero por saber cómo es eso del amor, ¿qué se siente cuando ves a tu esposo...

—En cuanto se case podrá salir a conocer todo ese mundo que usted insiste en que necesita, seguro que su esposo la lleva de viaje allá a donde él tenga que ir. Podrá acompañarlo a sus negocios. Y deje de soñar despierta señorita, el amor solo es algo que inventaron en los libros para engañar a las jóvenes.

—Necesito vestidos nuevos, dos al menos —dije de pronto ignorando las palabras de la doncella mientras miraba tras la ventana e imaginaba que él llegaba dentro de ese carro de caballos que se acercaba a la entrada. Aunque la realidad era que quien ocupaba el interior era la tía Rose.

—Aún están por tomarle las medidas de su vestido de bodas, señorita Jane.

—Antes del vestido de boda debo de conocer al duque, solo tengo uno nuevo y es blanco, he cambiado de opinión, ¿en qué estaba pensando? será mejor otro color diferente, ya el de bodas es blanco. Este debe ser rosa, o azul, mejor azul. O quizá verde. No, verde no, que resaltaría mis ojeras. Rosa, definitivamente rosa.

Leandra salió del salón resignada.

Dejé caer mi cuerpo sobre el sillón, subí una de mis piernas al respaldo, después la otra, y poco a poco fui moviendo mi cuerpo hasta quedarme completamente bocabajo.

—¡Jane! ¿qué ordinariiez es esa? —me asustó tía Rose al entrar.

—Hola, tía. —Intenté colocarme de forma rápida como se esperaba que hiciera, y mis piernas se cruzaron equivocadamente y mi cabeza chocó contra el suelo.

La tía corrió en mi ayuda dando unos cortos gritos que me hicieron carcajear al escucharla. Era tan asustadiza en algunas ocasiones, que ver su rostro en esta situación era muy divertido.

—¿Ya te has reído lo suficiente? —dijo con semblante serio—. Vengo de reunirme con el duque, te envía esto para que te lo pongas esta noche en la fiesta.

Apoyó su mano sobre la caja de cartón color marrón que el sirviente había dejado sobre la mesa del salón nada más entrar.

Ojeé por encima, no reconocí la caja a simple vista, así es que me acerqué más y puse mis manos sobre ella para levantar la tapa. Al descubrir lo que se hallaba en el interior mi rostro se asombró y solo pude que sacarlo rápido para colocármelo sobre el cuerpo y dar vueltas por el salón llena de alegría. Era rosa, la señal clara de que estábamos hechos el uno para el otro.

—Es el vestido más bonito que jamás tendré —dije mostrándoselo a la tía.

—Es bonito, sí, el duque debe de tener a personas trabajando para él con muy buen gusto —dijo la tía con tono poco sutil.

—Seguro que lo ha elegido él mismo. Es para reconocirme de manera rápida.

Mi tía rompió a reír de inmediato.

—Haz el favor y sube a arreglarte, tienes el pelo tan enredado que parece una fregona.

Salí corriendo escaleras arriba con el vestido entre mis brazos, sentía que la suerte estaba de mi lado, y que el duque iba a ser un esposo maravilloso para mí. Estaba segura de que cuando me conociera dejaría su vida de libertinaje, porque, ¿quién desea la compañía de fulanas cuando puede tener la de su esposa? Eso era, él las buscaba porque no deseaba estar solo, y seguro ahora ya cansado de esas mujeres lo que buscaba era formar una familia. Y la afortunada, esa, era yo, Jane Lawson.

Capítulo 2

Norfolk, Inglaterra año 1818

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



Ya detenido en la entrada de la mansión de la duquesa de Sealand, el miedo me paralizó. Por más que mirase una y otra vez la inmaculada fachada que se revelaba ante mí, no podía hacer otra cosa que pensar en el paso que estaba a punto de dar. Comprometerme con la señorita Jane Lawson, la sobrina mediana de la duquesa de Sealand, huérfana de padre y madre, y hermana de Emma Lawson y Eliza Lawson, la que recientemente acaba de enviudar tras casarse con el barón de Kent, un viejo apestoso al que le gustaba demasiado el tabaco.

—Bonito, ¿verdad? —Me sacó de mi ensoñamiento la voz de la duquesa.

—Diferente, podría decirse.

—A mi esposo le gustaban las flores más que las personas, imagino que ellas no daban problemas...

No sabría decir si aquello que pronunció la duquesa era una indirecta para mí o de lo contrario tan solo recordaba a su difunto esposo.

—Creo que nunca había estado tan nervioso —pronuncié sincero—, le ruego disculpe mi torpeza.

—Me alegra escuchar eso, no estaba convencida de que usted fuera el esposo adecuado para mi sobrina. Ella es una muchacha algo soñadora, muy inquieta, demasiado rebelde, incorregible diría yo, y un tanto enamoradiza.

Enamoradiza, había dicho eso. No pude evitar recordar las palabras de Elena en el Red's House, aquello de que arruinaría la vida de la mujer que se casara conmigo...

—Mire, *lady* Rose, llevo un rato pensándolo y creo que es un error, me temo que no soy el hombre adecuado para su bella sobrina.

—Lord Summerfield, conozco bien lo que dicen de usted. Libertino, descarado, amable, pero un tirano. No me diga ahora que lo que desea es casarse por amor.

Negué con la cabeza, pero no tuve el valor de pronunciar que aquello era falso, porque yo era ese, era esa persona que nadie querría tener a su lado, y menos para casarse.

—Disculpeme con Jane, no puedo hacerle esto.

—Ya se lo está haciendo, si usted no entra y le pide matrimonio delante de todos los invitados como ella espera, con su rodilla sobre el suelo, será la mujer más desdichada de toda Inglaterra. Créame, la conozco bien.

—Pero, mi naturaleza... yo no soy hombre de una sola mujer...

—Bueno, quizá el motivo sea que no ha encontrado todavía a la mujer que le haga quedarse junto a ella, y no tenga la necesidad de ir en busca de otra. No debería de preocuparse demasiado por ello.

—Está bien, como usted quiera, vayamos dentro entonces, pero no me culpe cuando ella abandone mi hogar y corra a sus brazos rota de dolor. La he avisado.

La duquesa pasó su brazo por dentro del hueco que el mío dejaba para acompañarla. El corazón me golpeó en un par de ocasiones durante el paseo al interior de la casa, de pronto el cielo se oscureció, y otra vez en mi cabeza las palabras de Elena resonaban como si me susurrara en el oído. Sí, esas que dijo sobre que Dios me mandaría señales para que no hiciera lo que estaba a punto de hacer.

Capítulo 3

Norfolk, Inglaterra año 1818

Jane Lawson



Me encontraba en la otra punta del salón acompañada de mis hermanas. Desde este lugar podía ver la puerta de la entrada sin perder detalle de todo aquel que pasaba por ella. Emma no paraba de bailar a cada poco, y Eliza a pesar de que intentaba parecer animada, no lo conseguía. Yo había mandado una invitación a Ashford Abbey para que Sebastian acudiese a la fiesta, y así hacer que Eliza y él pudiesen disfrutar de su compañía, después de la muerte del barón mi hermana no había vuelto a ser la misma. Había algo en Sebastian cuando miraba a Eliza que saltaba a la vista, y es que el sobrino del barón era un hombre muy seductor.

Emma agarró de las manos a Eliza al verla triste por un momento, y yo me quedé sola en una esquina de la pista de baile cuando la tía Rose hizo aparición por la entrada principal con el que aparentemente debía de ser él, Oliver Looockwood, el duque de Summerfield.

Aquel momento en el que mis ojos se dirigieron a él por primera vez pude ver a un hombre de una figura imponente, un caballero joven, no debía de tener más de veintiocho años de edad. Él solo llenaba la habitación con su presencia, con su estatura y su porte robusto, combinados con una elegancia que me dejaron sin aliento. Su cabello, una cascada de ondas de color castaño enmarcaba un rostro que parecía esculpido por los dioses. De ojos marrones, profundos e intensos. Su piel dorada brillaba bajo la luz, como si estuviera bañado por el sol mismo. Pero lo que más me cautivó fue su mirada seductora. Esa que trataba de esconder y que la dirigía todo el tiempo a mi tía Rose. Esos labios carnosos, que parecían susurrar palabras delicadas con cada sonrisa que se formaba en ellos.

En aquel momento supe que no había vuelta atrás, estaba completamente hechizada por el duque. Y sentí que un fuego abrasador subía por mis mejillas mientras él se acercaba a mí acompañado por mi tía.

Me puse tan nerviosa que no conseguí hacer otra cosa que esconderme detrás de una columna cercana.

Capítulo 4

Norfolk, Inglaterra año 1818

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



Continué caminando del brazo de la duquesa de Sealand con disimulo entre la gente. Decir que decenas de las señoritas que allí se encontraban me habían acompañado muchas de las noches de los últimos años, habría sido una minucia. Así es que traté de no mirar a los ojos de ninguna de ellas para evitar reacciones no convenientes en aquel momento. Tan solo caminaba y sonreía a la duquesa mientras charlábamos a nuestro paso.

—Puede esperar aquí, lord Loockwood, iré a buscar a Jane. No sé donde se ha metido esa jovencita —Se alejó hablando entre dientes.

La duquesa se alejó de la sala en busca de su sobrina, pero algo me decía que la jovencita que ella buscaba se encontraba detrás de una columna no muy lejos de mí.

Caminé despacio hacia el lugar, y cuando llegué hasta el cilindro de piedra, apoyé mi espalda replicando su divertida conducta.

—Buenas noches señorita, es un placer estar tan cerca de usted esta noche tan animada.

Le dije aquello y esperé a que saliera de su escondite.

—Buenas noches, no sé a qué se refiere con lo de animada, porque más bien está siendo de lo más aburrida —respondió sorprendiéndome con su descaro.

—Pues me complacería hacer un cambio entonces, la invito a bailar para lograr aplacar su aburrimiento.

—No me apetece bailar, además no sabe ni quien soy.

—Podemos resolver ese impedimento, o bien usted sale de su escondite, o yo doy la vuelta a la columna y la descubro.

—Un momento, no se mueva —dijo ella, y me pareció asustada—. No puedo, mi carnet de baile está lleno —dijo de nuevo, y escuché salir de detrás de la columna una especie de risa.

—No me parece nada decoroso que la mujer con la que voy a comprometerme esta noche ande cediendo bailes a otros caballeros. Además de que deberé de cruzar palabras con los hombres que se hayan atrevido a invitarla, toda Londres debería de conocer que usted será mi esposa muy pronto.

Al decir aquello salió de su escondite con rostro de asombro. Y no sabría decir si después de verla, mi asombro fue mayor que el suyo.

Era la mujer más bonita que había podido ver jamás, y yo acostumbraba a ver a muchas.

Lo que sin duda capturó toda mi atención fueron sus ojos, almendrados, del color del océano, con una profundidad como el mismo mar.

Cuando bajé la mirada pude ver sus labios rosados, su rostro cubierto de una fina y delicada piel blanca, y sus cabellos oscuros le daban un misterio indiscutible. Fue como ver una obra maestra creada por la misma naturaleza, y eso sería algo que jamás lograría olvidar.

—No creí que fuera usted, solo dije eso para evitar bailar con nadie. Milord, me presento, soy...

Su voz me dejó helado, y aunque me costó reaccionar lo hice a tiempo para las presentaciones.

—Sé quien es, señorita Lawson. Y debe saber que me ha dejado sorprendido con su belleza.

—Espero que no solo desee contemplar mi belleza, como usted la llama. No desearía casarme con un hombre que busca un trofeo y no una esposa. ¿Lo entiende?

Me reí, era valiente, desafiante, y aquello me dio la seguridad para no sentir pena por ella.

—Y permítame preguntarle, ¿qué es lo que usted busca en un esposo? —Levanté una ceja y coloqué mis manos en los bolsillos de mis pantalones esperando la respuesta.

—Lo que no busco es un caballero arrogante y poco considerado. ¿Es usted algo de eso? —preguntó ladeando su cabeza.

—Me han llamado muchas cosas, pero por el momento esos adjetivos no me suenan.

De pronto me vi manteniendo una charla entretenida con ella, y recordando lo que mi madre me había dicho meses atrás cuando vino a dar su ultimátum. *No todo en esta vida podría ser diversión*. Qué equivocada estaba.

—Oh, qué alegría, veo que se han encontrado sin necesidad de mi ayuda, ¡Jane, te he buscado por todas partes! —Apareció su tía.

—Duquesa, es mucho más bonita de lo que dijo que era. Será un placer para mí.

Al decir eso, Jane cruzó sus brazos e hizo un gesto gracioso. Levantó su barbilla y una de sus preciosas cejas a la misma vez.

—Lo es, todas ellas lo son. Mi hermana hizo un buen trabajo con ellas.

—¡Oh, sí! Era una máquina bastante fiable para hacer hijas bonitas ¿verdad tía? —dijo Jane enfadándose con su tía debido al comentario.

—Si me lo permite, me gustaría bailar con usted —dije en ese momento para evitar que en presencia de su tía me diera un no por respuesta.

—Me duelen los pies, creo que debería sentarme si mañana quiero seguir caminando.

—Le prometo que será un baile corto —insistí.

La duquesa tomó su mano y la colocó sobre la mía. En aquel momento cuando nuestras manos se tocaron sentí algo a pesar de llevar los guantes. Seguramente la tensión debida a la decisión que había tomado me estaba jugando una mala pasada.

La saqué a la pista estirando de ella donde otras jóvenes bailaban con sus parejas, y al posar

mi mano sobre su cintura noté como se enderezó al instante. Sonreí levemente y la miré a los ojos, donde pude apreciar que ella no se dejó intimidar y mantuvo los hombros rectos y la barbilla levantada. Y otra vez de nuevo ese gesto desafiante con el alzamiento de su ceja.

—Señorita Jane, relájese, permítase disfrutar de la noche, pronto verá que todo es por su bien.

—Por el suyo, es usted el que busca esposa, yo solo soy una elegida sin más.

—Tiene razón, es mi intención el matrimonio, pero no lo haría nunca si la dama en cuestión no fuese bella.

—Otra vez lo mismo, es usted un cretino, y no se crea que es tan guapo, es... normal —dijo y giró su rostro.

Entonces esperé a que la música terminase, y cuando la última de las notas resonaron sobre nuestras cabezas, yo, hiqué mi rodilla en el suelo como ella esperaba que hiciera según dijo su tía, y saqué la joya familiar del bolsillo interior de mi chaqueta.

Capítulo 5

Norfolk, Inglaterra año 1818

Jane Lawson



Nunca fui demasiado querida entre la sociedad londinense. Mi carácter descarado, mi impaciencia y mi inquietud por las cosas desconocidas... Todo ello no me daba mucha ocasión a socializar con otras señoritas de mi edad. Así es que cuando la tía decidió que había llegado también mi momento para casarme, pues no opuse resistencia alguna. Me limité a esperar a que llegase el día con inquietud, y de esa manera salir de la cárcel en la que se había convertido la mansión de la tía Rose. Grande, pero asfixiante.

Y ahora, al tener a mi futuro esposo frente a mí con una de sus rodillas doblada, y con un anillo muy brillante entre sus dedos pidiéndome matrimonio, solo podía hacer una cosa. Mostrar cierta indiferencia hacia él para que continuase esforzándose en conseguir mi corazón.

La música dejó de sonar, y fue en ese momento cuando lord Summerfield lo hizo. Aprovechó que todos podrían verlo para llevarse la ovación de la mayoría al terminar. Y a pesar de que yo misma pocas horas antes lo había imaginado así, me resultó diferente. Frío, sin sentimiento, sin ese algo que en mi imaginación había construido y en ese momento en el que todo ocurrió no existía.

Respondí con un sí que carecía de sonrisa, y juro que no fue a propósito, y lo corregí en cuanto Emma me miró y dibujó en su rostro una sonrisa exagerada.

Logró que todos y cada uno de los invitados que allí se encontraban se acercasen a darle la enhorabuena. Y mis hermanas se acercaron hasta donde yo me encontraba para que me fijase especialmente en la señora que acompañaba a la tía junto a la puerta del gran salón.

—En pocos minutos se acercará hasta ti, no dejes de sonreír, te está mirando, ¡enderézate! Debajo del arco de la puerta, vestido perlado, recogido abultado, mirada desconcertante, y dos sirvientas pegadas a ella —dijo Eliza.

—¿Quién demonios es, y por qué debería de sonreírle?

—Es mi madre, la duquesa viuda del duque de Summerfield —dijo lord Summerfield acercándose hasta nosotras y susurrándome aquello cerca de mi oído.

Todavía no me acostumbraba a llamarle por su nombre, demasiado pronto.

—Lord Looockwood, estoy muy contenta de que vayamos a ser familia. —le dijo Emma dándole un abrazo. Aún era una niña y todo le resultaban buenas noticias.

—El placer es mío, puedes llamarme Oliver.

Pasaron unos minutos y nos mantuvimos en silencio, durante los que ignoré su presencia.

Me dediqué a mirar al resto de invitados, eran ajenos a lo que yo estaba experimentando aquel día. Llegué a sentir que ese no era mi lugar, me dieron deseos de alejarme de todo aquello, salir corriendo. Porque yo ese momento lo había soñado rodeada de los brazos de mi prometido, con gestos incansables de cariño por su parte. Y no, eso no era aquello. Entre otras cosas porque la realidad era bien distinta. Nos acabábamos de conocer, y apenas habíamos cruzado dos palabras, podría haber esperado al menos a que la velada terminase para pedirme matrimonio, pero no lo hizo. Todo ocurrió de manera tan acelerada que me dio vértigo.

—Buenas noches, señoritas. ¿Quién de todas a logrado conseguir que mi hijo Oliver esté dispuesto a casarse con ella? —Una señora seria, con la voz irritante debido al ritmo desacompañado de sus palabras se acercó hasta nosotros del brazo de la tía Rose.

—Jane, ella es la futura esposa de Oliver —dijo Emma.

—Con que Oliver, eh, vaya, qué confianzas tan rápidas. —Giró su cuerpo para dirigirse a su hijo—. Va a resultar que las sobrinas de la duquesa no han sido educadas para un ducado—. Se soltó del brazo de mi tía.

—Las sobrinas de la duquesa han sido educadas hasta para una monarquía —respondí a su intolerancia.

—Oh, querido, qué desfachatez, aún estás a tiempo de elegir a otra mujer, no desearía que tuvieses problemas más adelante. Solo hay que ver su atrevimiento.

—No, madre, eso mismo es lo que me gusta de ella.

Oliver Looockwood sonrió ampliamente y se la llevó alejándola de nosotras. Aquello fue lo único que le agradecí que hiciera.

Capítulo 6

Inglaterra año 1818

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



—¿Cómo es posible que la hayas elegido a ella? Hay millones de jovencitas que se agolparían a las puertas de nuestra casa para hacerte feliz. Esto es una equivocación, tienes que detener este matrimonio. Por una vez en la vida, debes obedecerme.

—No hay quien te entienda. Que si cástate pronto, que si no te casas te despojo de todo cuanto te pertenece. Después... que en primavera no, que debe de ser ya... Y ahora, ahora no deseas que me case. Madre, si me debo de casar será con ella.

Mamá no dejaba de caminar por mi alcoba visiblemente nerviosa, mientras que yo disimuladamente trataba de esconder las ropas que la sirvienta había dejado olvidadas entre las sábanas de mi cama la noche anterior.

—Con ella no. Es demasiado atrevida, no podrá obedecerte.

—No es un perro obediente lo que busco, sino una esposa con personalidad propia.

—Te equivocas, te dará problemas, de eso estoy segura.

Problemas o no, aquella era mi decisión, y poco importaba lo que mi madre protectora quisiera para mí.

La acompañé hasta el umbral de la puerta para despedirme de ella con un beso sobre su mejilla.

—Solo una cosa más hijo, la próxima vez dile a esa sirvienta tuya que recoja ella misma sus ropas, es desagradable ver como tratas de esconderlas sin que me dé cuenta. Y avisa a esa familia de maleducadas que la boda se celebrará aquí mismo o en la Abadía de Windsor, estoy segura de que la casa real se alegrará de que allí sea.



Suspiré al escucharla.

Habían pasado cuatro días desde que mi juicio se había visto alterado después de conocer a Jane Lawson, tanto fue así que mi concentración tan solo servía para los pocos negocios que me ataban de momento a Londres. No me había acercado al Red's por miedo a que Elena viera algo diferente en mí desde el último día de mi visita.

Maldita sea, me repetía en mi cabeza. ¿Por qué ella? ¿Por qué mi esposa? ¿Podría lograr

ignorarla como me había propuesto? Pero a pesar de que existía una fuerza magnética imposible de la que separarme, continuaba firme en mi decisión de desentenderme de mi esposa al poco después de hacer efectivo el matrimonio. Puesto que no podía mostrarme débil inclinándome por una mujer, todo debía de seguir como lo había hecho hasta este momento. Muchas mujeres me mantenían de hielo y funcionaba, una solo ya sabía cómo podía acabar...

Capítulo 7

Norfolk, Inglaterra año 1818

Jane Lawson



Diez, esas eran las ocasiones en las que nos habíamos visto el duque y yo. Diez frías tardes de conversaciones vacías en las que el duque solo abría la boca para responder a las preguntas que yo le hacía. Convertir su indiferencia hacia mí en amor me iba a costar solo un poquito más de tiempo del que había calculado. Un poquito, solo unos cien años. Suspiré sin darme cuenta de que Emma me miraba con atención.

—¿De felicidad? —preguntó.

—¡Claro! Ya has visto lo apuesto que es el duque —respondí.

—Y dime, ¿por qué no sonrías cuando está junto a ti?

Ella también se había dado cuenta de aquello. El duque se mantenía serio durante todo el tiempo a mi lado. Salvo el día en el que nos conocimos que pude ver una sonrisa espontánea en su rostro, nunca después observé algo parecido en él.

—Estará preocupado, quien sabe, los negocios son algo que mantienen a los hombres siempre en alerta.

—Conmigo siempre sonrías, quizá no desee casarse contigo, puede ser que se haya pensado mejor lo del matrimonio, ¿crees que está enamorado de ti?

La inoportuna tenacidad de Emma con aquella conversación me estaba enfadando, pero lejos de gritarle que desapareciera de mi vista como deseaba hacer, respiré pacientemente, estiré las arrugas de mi falda para calmar mi ansiedad y le respondí a su última pregunta.

—Todavía no, pero muy pronto conseguiré que lo esté.

Emma negó con su cabeza y continuó exasperándome.

—Lo siento Jane, no creo que puedas hacer tal cosa. He escuchado que Oliver solo desea una esposa porque su herencia se verá retirada si no lo hace. No te enfades, pero tú solo eres un medio para conseguir un fin.

Emma se levantó del sillón sin mirarme, y se alejó lentamente, mientras que yo quedé paralizada repitiendo mentalmente las duras palabras que mi hermana había pronunciado. *Un medio para conseguir un fin.*

Tía Rose entró en la sala para recordarme que la modista había llegado y me esperaba en mi alcoba para probar de nuevo el vestido de novia. Solo quedaban dos días para el enlace y yo no dejaba de perder peso debido a los nervios. ¿Pero cómo no iba a ser de esa manera? Si hasta mi

hermana pequeña se había dado cuenta de que mi futuro esposo no sentía ni un ápice de empatía hacia mí.

—Espero que no hayas perdido más peso, de continuar así habrá que coser el vestido de nuevo, no servirá con un par de arreglos —refunfuñaba la tía mientras subíamos las escaleras.

—Buenos días *milady*, aquí está el vestido de su sobrina—dijo la modista depositándolo suavemente sobre el butacón de mi alcoba.

—No perdamos más tiempo, vístanla. —Ordenó a las doncellas que esperaban junto a mí.

Mientras terminaban de abrochar la parte trasera del vestido, yo observaba mi figura en el espejo. Elegante, delicada, refinada, bonita, ¿por qué no? Iba a ser una esposa bonita, pero faltaba algo, la ausencia de algo importante saltaba a la vista. Triste, bonita, pero triste. Sin ilusión, sin sueños, sin un futuro que prometa felicidad.

—¡Perfecto! —gritó tía Rose.

—Señorita, puede usted dejar caer el vestido, hemos terminado —susurró la modista cerca de mi oído.

—Oh, perdóneme, estaba distraída —me disculpé.

La tía salió a la llamada de la cocinera, y cuando me volví a colocar mis ropas más cómodas hice que las sirvientas se retirasen.

La modista todavía recogía el vestido con sumo cuidado para que no sufriera dentro de la caja, entonces me acerqué hasta ella con disimulo.

—¿Cómo conocía que el duque era un hombre apuesto? ¿Ha tenido la oportunidad de vestirlo en alguna ocasión?

Ella se detuvo, y se volvió hacia mí para responderme.

—No debería de hablar de esto con usted, señorita, yo solo soy una simple modista, y si se supiera que ando compartiendo información de ciertas personas —Miró a ambos lados de la alcoba para cerciorarse de que estábamos solas—, podría quedarme sin trabajo.

—Solo necesito saber si el duque es un hombre incapaz de enamorarse, pues —Hice una pausa en la que me eché las manos a mi rostro y froté mis mejillas—, pues de ser así me niego a que este matrimonio se celebre.

La modista se asustó al escucharme y miró hacia donde acababa de dejar el vestido. Imaginé que ella pensó que su trabajo se terminaría pronto si yo no me casaba finalmente.

—No voy a mentirle. El duque de Summerfield tiene fama de ser libertino, un hombre insaciable dicen, un amante entregado se rumorea. Jamás se le ha visto en reuniones sociales acompañado de dama, solo las busca en la intimidad, y posiblemente haya yacido con buena parte de Inglaterra. Pero eso no significa que sea incapaz de amar, lo que no puedo decirle es si será capaz de amarla a usted. El matrimonio es algo importante para usted por lo que puedo percibir, de ser así, se ha preguntado si también lo es para él.

—No lo es, solo busca una esposa por conveniencia. La elegida he sido yo, y a estas alturas me pregunto si también fui la única.

La modista se echó a reír sin reparo alguno después de escucharme.

—Disculpe señorita, no he podido evitarlo.

—¿Qué le hace tanta gracia? Es mi futuro el que está a punto de arruinarse.

—Déjeme decirle que, cualquier dama que se cruzase con Oliver Loockwood estaría dispuesta a asumir el riesgo de convertirse en su esposa y no ser amada de manera exclusiva.

—¿Quieres decir que debería asumir y aceptar que mi futuro esposo vaya a continuar revolcándose con otras mujeres siendo yo su esposa? —Elevé mi voz.

—¿Por qué no?

—Porque yo, Jane Lawson, merezco un respeto. Y pienso decírselo.

Abandoné mi alcoba y fui a por tía Rose, debía hacer llamar al duque cuanto antes. Y aunque tía Rose insistía en que aquello era un despropósito, llamar a un duque a deshoras, conseguí que así fuese.

Nerviosa repasé frente al espejo todas aquellas palabras que ocupaban mis pensamientos, y antes de que estuviera realmente preparada, el timbre de la entrada sonó, anunciando con él que el duque había llegado.

Bajé las escaleras con cierta prisa, no quería que se me olvidase nada de lo que había preparado para él.

—Rose. —Escuché su voz como pronunciaba el nombre de mi tía. Al instante se me encogió el estómago al verlo.

Había ansiado aquel momento en el que lo tendría frente a mí, y le diría que yo no le iba a pertenecer como si fuera un trofeo que guarda en la vitrina de su salón, y al poner el pie sobre el último escalón, enmudecí.

—Buenas tardes, señorita Jane. —Tomó mi mano para besarla. Desnuda, sin guantes, acariciando primero con su mano mis dedos, después aplastando sus labios sobre ella. Estoy convencida de que aquello duró pocos segundos, pero a mí me pareció mucho más.

—Buenas tardes, milord —dije y después agité mi cabeza para centrar mis pensamientos en lo verdaderamente importante.

—Si lo desea, podemos tomar té en el saloncito, o en la biblioteca. —La tía le trataba con demasiada prudencia, era patético ver tal actuación para complacerle.

—Mejor en la biblioteca, aunque no me esté permitido leerlos al menos puedo admirarlos —me atreví a decir.

El duque sonrió. Por fin volvía a ver esa curva en sus labios.

—No seas impertinente, Jane, nuestro invitado es el señor Loockwood. —De nuevo tía Rose volvía a su actuación más que complaciente.

—Está bien, me encantan las bibliotecas —dijo el duque depositando una mirada en mí.

Tía Rose pidió a Leandra que sirvieran el té en el lugar elegido, y se dispuso a acompañarnos como era de esperar.

El tiempo transcurría y yo no había tenido oportunidad alguna para abordar el tema por el que había querido llamar al duque, pero es que estaba segura de que si lo hacía en presencia de la tía, la conversación iba a ser detenida de forma rápida y brusca. Así es que esperaba entre halagos y conversaciones de poco interés que llegase la hora de despedir al duque. Aunque antes de ello uno de los halagos peor disfrazado me hizo rebufar espontáneamente.

—¿Ocurre algo? —preguntó el duque al escucharme.

—Me parece que mi tía no es sincera al decir que su madre es una excelente persona, y que su exquisita educación la deslumbró. —Soné lo más satírica posible.

—Jane, contén tu lengua —dijo la tía.

—No se preocupe, prefiero conocer a mi futura esposa sin barreras que la detengan, es mejor que después llevarme sorpresas. —Inclinó su cuerpo apoyando sus codos sobre sus rodillas y entrecruzó sus manos para más tarde apoyar su cabeza sobre ellas.

—¿De veras? —pregunté.

—Jane, cuida tus modales.

Tía Rose sobraba en esta charla, pero debía ser él quien le pidiera que se alejase un poco, porque si lo hacía yo no iba a resultar. Así es que levanté mi ceja, y mi barbilla a la vez, después enfoqué con mi mirada a la tía, y de nuevo le miré a él. Si era un hombre inteligente me entendería, sino, quizá, no podría esperar demasiado de él.

—Duquesa, ¿sería tan amable de dejarnos mantener una conversación a solas? Puede si lo desea permanecer en la biblioteca, no pretendo ensuciar la reputación de su querida sobrina, solo intercambiar inquietudes.

Me miraba mientras hablaba con la tía, y yo en cada palabra pronunciada tenía la sensación de que se acercaba más y más a mí. Tanto fue así que poco a poco fui echando mi cuerpo atrás hasta dejar mi espalda pegada al respaldo. ¿Deseaba intimidarme?

—Como usted desee milord. —Inclinó su cabeza para retirarse, y el duque se levantó para despedirla—. No me avergüences, recuerda que eres una Lawson —dijo apoyando su mano en mi hombro y apretándola antes de alejarse.

—¿No le agrada su futura suegra? —El duque fue al grano.

—No fue elegante ni educado aquello de que no estaba preparada para un ducado. ¿No opina usted lo mismo? —pregunté para conocer su postura.

—Cada persona puede esperar una cosa bien distinta. Yo no espero que usted esté educada como mi madre desearía.

—¿Por qué no? —quise saber.

—Sería aburrido.

—¿Entonces en qué quedamos, desea una esposa para usted, un trofeo en su vitrina, o ahora mejor prefiere un bufón? —A cada segundo mi sarcasmo crecía más de manera incontrolable.

—¿Es usted todo eso? Muy completa por lo que puedo ver, quizá tendría razón en eso de que está educada hasta para una monarquía.

—No es un juego, está claro que usted no precisa de una esposa con dote, porque como bien sabe no la poseo, mis padres fallecieron y apenas una casa de campo nos dejaron. Lo que sí me inquieta es conocer: ¿a cuantas pretendientas a tenido que descartar hasta quedarse conmigo?
—Estaba enfadada.

—¿Y si le dijera que a más de cien, sería diferente que decirle que solo estaba usted?

—Con que me diga la verdad me basta. —Continuaba enfadada.

—Muchas, pero todas con ansia de un ducado, usted fue la única a la que quise conocer desde un principio.

—No le creo, pienso que además de un charlatán es también un mentiroso. Pero no es mi propósito cambiarle esas manías, sino, más bien otras.

Entonces se recostó sobre su asiento dejando su espalda relajada sobre el respaldo, cruzó una pierna sobre la otra y volvió a sonreír.

—Recuerde que ya tengo una madre, ahora tan solo una esposa es lo que busco.

—Parece que su madre no lo hizo tan bien como ella cree con su educación.

—¿Usted cree que podría hacerlo mejora?

—¿Conoce que el compromiso que un hombre adquiere al casarse debe ser respetado, verdad? No quisiera tener que ser yo aquella persona que le recuerde cuáles son sus obligaciones.

Lord Summerfield se puso en pie de manera brusca cuando terminé de hablar. Y yo no me iba a quedar sentada, jamás me dejaría amedrentar por nadie, ni por un hombre. Me coloqué justo delante de él al levantarme de mi asiento.

—¿Conoce usted cuales son las suyas?

Estaba frente a mí, y primero le miré con curiosidad, ahí fue donde descubrí que me intentaba intimidar, pero lejos de conseguirlo me erguí para continuar desafiándolo.

—Eso que termina de pronunciar es del todo indecoroso.

—Cuando comenzó usted a hablar de mis obligaciones como esposo, ¿acaso no se le ocurrió también que había obligaciones para la mujer?

—Es usted un tramposo. Además de lo otro...

—¿Lo otro? —Ladeó su cabeza.

—Ya sabe, no se haga el inocente.

—Oh, no, no quisiera. Me declaro culpable de cualquier acusación. Y ya puestos, si voy a ser culpable de todo lo que haga...

Sacó su mano que antes había introducido en uno de sus bolsillos y la colocó en mi cintura muy despacio. Con la otra mano levantó mi rostro con uno de sus dedos, subiendo mi barbilla hasta quedarnos mirándonos fijamente a los ojos.

—Aparte sus manos de mi cuerpo —le dije con la voz entrecortada.

—¿Está segura de que eso es lo que más desea ahora? —me preguntó emitiendo un susurro.

—No importa lo que yo desee, debe de respetarme siempre. —Apenas conseguía respirar con normalidad.

—¿Y por qué no iba a respetarla a la misma vez que a besarla?

Se me encogió el cuerpo de repente. Escuchar que me besaría me hizo arder en mi interior. El fuego se acumulaba en el centro de mi cuerpo. Mis mejillas ardían también, y mi corazón latía con fuerza. Estaba asustada.

—¿Y después de besarme, a cuantas mujeres más volverá a besar? —Conseguí juntar todas mis fuerzas y me atreví a decirle.

—Ya veo, era eso lo que deseaba saber cuándo me invitó a venir hoy.

—No me ha respondido.

El duque acarició mi mejilla suavemente con los dedos de su mano. Y de nuevo el corazón tamborileó dentro de mi pecho con fuerza. No sabía si era debido al roce de su mano con mi piel, o era por la extraña situación que estaba provocando.

—Empecemos de nuevo —dijo y continuó acariciando mi rostro.

Ahora pasó sus dedos por el borde de mi barbilla y acariciaba mi otra mejilla haciéndome cerrar los ojos.

—Si me caso, ¿pretendes respetarme? —Jadeé.

—Si me haces esa pregunta es porque conoces de mi naturaleza. —Acercó su voz hasta quedarse tan pegado a mí que pude oler el perfume que emanaba su cuerpo.

Dulce, afrutado, varonil, a la vez fresco, como si acabase de darse un baño. Apetecible.

—¿Esa naturaleza será difícil de contener? —Abrí los ojos para ver su expresión cuando respondiera.

—¿Puedes contener tú el deseo de besarme ahora? —Se acercó tanto a mis labios que creí que me iba a desmayar.

—No me gustan las respuestas con otra pregunta —pronuncié retirándome un poco.

El duque apartó su mano de mi cintura, y me desarmó, se alejaba de mi cuerpo, al segundo me arrepentí de no haber sabido aprovechar mejor ese tiempo en el que lo tenía tan cerca de mí. Pero aquella mano la retiró de allí para colocarla en mi cuello y después besar mis labios. Ese poder que tenía sobre mí me hizo temblar. Mis piernas tiritaban, en cambio mis manos se apoyaron sobre su pecho con decisión. Se encontraron con un pecho fuerte que descubrí nada más tocar sus ropas.

Acababa de quedar claro que el duque era un hombre al que le gustaba engatusar a las damas, y también que yo había caído en su trampa como una estúpida. Pero no estaba dispuesta a aguantar sus astucias, así es que cuando recuperé el aliento después de aquel beso, me re Coloqué mi cabello que imaginaba algo revuelto después de tan intenso momento, y mirando a sus ojos me dispuse a decirle.

—Quizá no se haya dado cuenta, pero, lo que yo busco en un esposo es algo que va más allá de lo conveniente. Quiero libertad, deseo conversaciones de interés, y sobre todo un esposo al

que admirar y no avergonzarme de él.

Levanté mi barbilla y mi ceja, y de nuevo le vi curvando sus labios emitiendo un par de carcajadas.

—Señorita Lawson, es usted todo un descubrimiento para mí. Y ahora, si me disculpa debo atender un asunto importante —dijo besando mi mano y mirándome a los ojos con dureza.

—Que pase una feliz tarde, pero recuerde que no me ha respondido, y corre el peligro de una negación al matrimonio si antes de este yo no obtengo su respuesta. Ese entretenimiento suyo que al parecer satisface el mayor de sus deseos deberá de comenzar a reemplazarlo por otro.

Giré mi cuerpo y salí antes que él de la biblioteca, donde mi tía esperaba tras la puerta.

—Mañana en la mañana la invito al campo para poder disfrutar de mi entretenimiento más desconocido —me dijo al atravesar el umbral y después se despidió de la tía—. Duquesa, gracias por el té. Un coche las recogerá a ambas para llevarlas a Distingmanor, puede venir si lo desea su hermana Emma —dijo caminando hacia la puerta de la mansión sin mirarnos.

Capítulo 8

Distingmanor

Casa de campo de los duques de Summerfield, Inglaterra año 1818

Oliver Loockwood



La había besado. Había besado los labios de una mujer de nuevo, había caído en el error de saborear su boca. Me prometí que eso no ocurriría nunca más, juré que jamás probaría los labios de ninguna de ellas, y ahora, en el peor de los momentos, con la última mujer a la que debía besar, pierdo el norte y lo echo todo a perder. Y no importa si lo he disfrutado o no, nada de lo que yo haya sentido interesa. Si mi intención es dejarla en la casa de Londres una vez hayamos contraído matrimonio, no se puede volver a repetir lo de ayer.

¿Respetarla? No había respondido a aquella pregunta, no lo había hecho porque ciertamente no conocía la respuesta. Si le decía que sí probablemente la engañaría, pero iba a tratar de respetarla, no por el simple hecho de que se convertiría en mi esposa, sino porque había algo en ella que me hacía mantenerme alerta.

Di un largo trago a mi copa y la dejé sobre la mesa baja que había frente a mí. Mi sirvienta me miró y se pasó la lengua sobre sus labios, aquellos labios que tantas veces había deslizado sobre mi cuerpo. Coloqué mi mano sobre mi entrepierna y apreté mi abultado miembro cerrando los ojos para notar aquel mínimo placer que me proporcionaba aquello.

Cuando abrí de nuevo los ojos ella estaba tan cerca que podía escuchar su respiración casi jadeante. Con un suspiro profundo le hice un gesto con la mano para que se alejase. No podía volver a ocurrir, me había propuesto intentar respetar a Jane, y no podía olvidar mi compromiso a la primera de cambio.

Me levanté de mi asiento y me dirigí hasta donde la sirvienta se había colocado dándome distancia.

—Siento esto que voy a hacer tanto o más que tú, pero estás despedida.

—Mi señor, le suplico que no lo haga, ¿qué será de mi vida?

Ver su rostro fue el peor de mis castigos, pero si pretendía conseguir mi cometido debía de separarme de todas esas mujeres que estaban dispuestas a darme placer. Y aunque no iba a resultar fácil, pues eran muchas las que lo estaban, tenía que poner de mi parte.

—No te preocupes, mi madre estará encantada de recibirte en su mansión. A ella nunca le sobra servicio.

La sirvienta se secó las lágrimas, y con una corta reverencia se despidió de mí, no sin antes de salir anunciarme que mis invitados masculinos acababan de llegar a Distingmanor.

Salí a recibirlos como era lo habitual, el servicio portaba botellas de licor y vasos para todos como era la norma antes de cada una de las reuniones acordadas.

—Mi gran amigo Oliver, ¿qué ha ocurrido que nos congregas con tanta prisa? ¿Quizá el pajarito no funciona como siempre y tus entretenimientos se ven reducidos a esto? —Russell siempre tan discreto.

—Mi querido amigo Russell, he escuchado algunos comentarios sobre tu salud, y me preocupaba que estuvieses ganando tanto peso por el hecho de no moverte de tu sombrío despacho. Como ves todo lo hago por ti, siempre desinteresadamente.

—¿Entonces no tiene nada que ver el simple hecho de que te cases? —Agarró un vaso de la bandeja que sostenía el servicio y pasaba cerca de él y la levantó con intención de brindar.

—¿Todos los saben? —pregunté.

—Tu madre ha hecho que toda Inglaterra esté al corriente. Imaginaba que querías entretener a tu prometida con un espectáculo de su futuro esposo montado sobre su yegua.

Todos comenzaron a reír al escuchar a Russell, y al poco tiempo de haber llegado ellos y de intercambiar opiniones sobre compromisos y libertinaje, procedimos a reemplazar nuestras ropas para poder divertirnos.

Cuando estuvimos dispuestos salimos al campo, y entonces el carro con las Lawson en su interior cruzó las puertas de hierro de Distingmanor.

Capítulo 9

Norfolk, Inglaterra año 1818

Jane Lawson



¿Qué había querido decir el duque con eso de su entretenimiento más desconocido?

Volví a preguntar a tía Rose si quedaba mucho para llegar. Ya era la quinta o sexta ocasión en que lo hacía, y Emma no dudó en recriminármelo.

—No estés impaciente. Seguro que Oliver también está nervioso por verte. —Se rio.

—No sé qué hay de gracioso en que mi futuro esposo no sienta por mí nada de lo que debería de sentir. Sé que eres demasiado joven para entender nada, pero el matrimonio para mí es lo segundo más importante de la vida.

Emma escondió su cabeza entre sus hombros y miró hacia sus pies. En cambio mi tía me tomó de la mano y trató de tranquilizarme.

—Jane, el duque es un hombre bueno. Será un buen esposo, y no exige herederos.

Cuando dijo lo de los herederos quedé sorprendida, pues él era el único Looockwood, y nada de aquello tenía sentido.

A las pocas millas llegamos a la finca. Nada más traspasar las rejas de la entrada pudimos ver a muchos hombres esperándonos.

Al bajar del carro observé a Oliver con disimulo, no quería que notase que había algo de interés en él por mi parte. En cambio al verlo vestir con aquellas ropas tan, blandas, pegadas a su cuerpo, no pude disimular el deseo de tocarle, y tuve que darme la vuelta para frotar mi rostro y calmar mi calor.

—Bienvenidas a Distingmanor, me alegro de que el buen tiempo nos acompañe, así podremos disfrutar al completo del día.

El duque tomó mi mano como ya acostumbraba a hacer y la besó, aunque en esta ocasión no cruzó ni por un segundo la mirada conmigo.

—Me tiene usted intrigada. ¿A qué viene tanto hombre vestido igual que usted? —pregunté.

—Ya le dije que le mostraría mi entretenimiento más desconocido. —Continuaba sin mirarme a los ojos—. Pero antes deberíamos de tomar una limonada, o si lo desea, mejor un té frío.

—No tengo calor, gracias —respondí.

—Pues sus mejillas no dicen eso.

—Mire mis ojos y dígame que es lo que dicen. —Mi mirada se tornó desafiante a la espera de que él los mirase.

—Más tarde, ahora todos esperan, y no debería hacer esperar a mis invitados.

Se giró y comenzó a caminar dejándome sola al lado del carro que nos había traído.

Me acerqué a paso lento al grupo que se había formado frente a las puertas de la gran casa de campo. Emma reía en compañía del duque, mientras todos allí conversaban de lo más entusiasmados.

Me dirigí hacia una de las sirvientas que no apartaba la mirada de él, y le pregunté si el señor venía muy a menudo a la propiedad.

—Viene muy poco, señorita. Y cuando lo hace nunca está solo.

—Oh, entiendo.

Entendí lo que quería decir con aquello de, nunca solo. Le agradecí a la sirvienta su respuesta y me alejé de ella para reunirme con el gran grupo de invitados.

—Es bonito, ¿verdad? Creo que serás muy feliz con Oliver —dijo Emma.

—¿A ti qué te ocurre? Primero me dices una cosa, y ahora te atreves a afirmar que seré feliz junto a él ¿Y por qué le llamas por su nombre? —Emma me desconcertaba a cada poco.

—Es un hombre interesante. ¿Sabes que le interesa el arte? Y toca el piano desde que es un niño. —Emma me arreglaba la cinturilla de mi vestido mientras hablaba—. Fue él quien me pidió que le llamase Oliver, ¿lo recuerdas?

—¿Haces todo lo que se te pide? —le pregunté.

—Si no le hace daño a nadie, ¿por qué no hacerlo? —respondió confundida.

—Se llama personalidad. Y jamás haré nada solo porque me lo pidan.

—Para mí eso es desconsiderado, Jane, pienso que eres egoísta con esa actitud tuya.

De pronto Oliver, como llamaba mi hermana al duque, dio varias palmadas al aire para captar la atención de todos, y comunicó que la distracción comenzaría en breve, que tomásemos asiento, señalando las sillas que perfectamente colocadas descansaban sobre el césped y bajo la sombra, y él se marchó con el resto de hombres.

—¡Qué divertido! Jamás he visto un partido —dijo Emma.

—¿De qué hablas? —le pregunté.

—Tu futuro esposo juega a Polo. Venga, no disimules, sé que te encanta eso. Siempre te gustó montar a caballo. Aún no sé por qué dejaste de hacerlo, si no lo hubieses hecho papá no lo habría vendido.

Black comía mucho, necesitaba más de lo que podíamos permitirnos, y pronto comenzó a bajar de peso. La retribución a papá de los arrendadores por cuidar de los campos no era suficiente para todos. Al parecer nunca lo fue ni para nuestra pequeña familia, porque hace poco nos enteramos de que quien pagaba la medicación de Emma era la tía Rose. En fin, que ese fue el motivo por el que Black tuvo que abandonarme. No podíamos mantenerlo.

—Es solo un deporte más, no hay nada de especial.

—Jane, no comprendo tu indiferencia. Desde hace unos días tu ilusión se ha convertido en frialdad. ¿sigues queriendo casarte con el duque?

Pobre Emma, ¿de verdad pensaba que yo podía decidir en si mi boda se llevaba a cabo o no? Ya había podido ver con sus propios ojos lo que había ocurrido con nuestra hermana. ¿Por qué mi enlace iba a ser diferente?

—Lo que yo opine no cuenta. Igual que no contará lo que opines tú cuando llegue el momento.

De pronto aquellos hombres salieron al campo que teníamos frente a nosotras subidos a lomos de preciosos caballos. No me costó reconocer a Oliver, porque su porte era bien distinguido entre todos los demás. Se acercó hasta nosotras montado en su caballo y colocando su palo de juego bajo su brazo, hizo una corta reverencia y después añadió una sonrisa a su boca.

—Innegablemente es el hombre más guapo al que he conocido —dijo Emma y la tía la increpó.

—Jovencita, no puedes ir haciendo comentarios sobre la belleza de un hombre, y menos cuando va a convertirse en el esposo de tu hermana.

—No importa tía, es solo que él se la ha ganado a base de palabrería, tenga en cuenta de que Emma es muy niña. A mí no me va a engañar ese truhan —añadí.

—Empieza, empieza —gritó Emma para hacernos silenciar.

Las tres observábamos con entusiasmo el partido, detrás de nosotras permanecía el servicio de pie, como si de una fila formada y recta se tratase. También miraban con atención a aquellos hombres fornidos cabalgando sobre sus equinos. ¿Cuántos caballos tendría el duque? No dejaba de preguntarme aquello.

Los jugadores concentrados en cada movimiento. Imaginé por un segundo que yo misma iba montada en uno de esos grandes caballos, hacía tantos años que no montaba en uno que mis ganas casi irrefrenables tenían que luchar contra mi cordura para no salir al campo y subirme a uno.

El duque lideraba la carga con su equipo luchando por mantener la delantera contra sus oponentes. En un instante de intensa acción, un caballero del equipo contrario se lanzó hacia adelante con su mallet, golpeando la pelota con precisión y enviándola hacia el gol enemigo, pero en medio de la frenética competencia, su caballo tropezó con un hoyo oculto en el terreno irregular.

Con un estruendoso golpe, el caballero cayó al suelo, el hombre se vio envuelto en una nube de polvo que hizo que nuestra visión se viera alterada. Tanto el servicio como nosotras mantuvimos el aliento hasta que pudimos ver como se levantaba con la ayuda del duque y otro hombre, y caminaba algo trastabillado hasta donde nos encontrábamos.

—Me temo que lo he arruinado todo —dijo el caballero tomando asiento a nuestro lado.

Me levanté para ayudar, pero Emma se apresuró y se colocó delante de mí con el fin de sacarle las botas y mirar su tobillo.

—No diga eso, caballero, ha sido un accidente, aunque seguro que no es nada y se recupera pronto —le dijo Emma consolándolo.

—Mi gran amigo Oliver deseaba entretenerlas con un gran partido de Polo, y mi estupidez ha detenido todo. —Parecía que tenía gran estima a su amigo.

—No seas ridículo Russell, además, estoy convencido de que se aburrían viéndonos —dijo Oliver.

—Se equivoca, nos encanta el Polo, y si me lo permiten —dijo Emma irguiéndose y colocándose frente a Oliver—, no tiene porqué terminarse el partido. —En esta ocasión giró su rostro para mirarme.

—Ni te atrevas —la amenacé.

—¿De qué va todo esto? —preguntó el duque.

—Mi hermana, ella es una gran amazonas, monta a caballo como a nadie le he visto hacer. Estoy segura de que puede ser una gran contrincante.

—¡Has enloquecido! —exclamé.

—¿Miedo de que le gane? —Levantó su ceja el duque.

—Señor Loockwood, nadie se atreve a desafiarme, recuerde que soy una Lawson.

Miré a mi tía esperando que fuese ella quien detuviera todo aquel circo, pero tan solo se tapó el rostro mientras negaba con su cabeza.

—Pues no se hablé más, la acompañaré hasta el campo.

Tomó mi mano bajo la atenta mirada de todos y seguro reprobatoria de los allí presentes, y como dijo, me acompañó hasta llegar al caballo del que su buen amigo había sido lanzado.

Mientras ajustaba los estribos a mi altura, él comprobaba que la silla estuviese bien sujeta.

Yo en un lado del animal, y él justo frente a mí en el otro lado, nos miramos por unos pocos segundos y algo atravesó mi alma.

Sentí como si mi cuerpo dejase de ser mío, como si le perteneciese al completo, la sensación fue tan extraña que quedé paralizada hasta tal punto que tuvo que acercarse hasta mí para zarandearme con suavidad, y así fue como desperté.

—¿Estás bien, Jane? —preguntó dejando los formalismos a un lado.

—¿Desde cuando le he dado permiso para que se dirija a mí con esas formas?

—Bueno, pensé que después de lo que ayer ocurrió podemos permitirnos dirigirnos por nuestros nombres.

—Me parece a mí que usted no ha sido educado para un ducado.

Al escucharme rompió a reír. Era tan agradable verle con esa sonrisa dibujada en su rostro y escuchar sus carcajadas que me detuve a observarlo sin hacer nada.

—Por cierto, tengo una respuesta para su pregunta de ayer. Gáneme y le prometo contestarla.

—No depende de mí, el resto de jugadores serán también decisivos en el resultado.

—¿Está segura de que podrá dirigir al caballo?

—Preocúpese de usted, yo sé bien lo que hago. Y debería de tener en cuenta que gracias a mí puede terminar su partida de Polo, solo por eso, ya merezco mi respuesta.

De nuevo volvió a reír, porque escuché el sonido mientras montaba sobre mi caballo.

—¿Va usted a montar a horcajadas? —preguntó.

—No sea antiguo, ¿pretende que monte de lado en un juego tan agresivo como lo es este? ¿Acaso quiere verme pisoteada por el caballo?

Oliver endureció su rostro.

—De ninguna manera, es más, creo que es un error que forme parte de esto. Haga el favor de bajar de inmediato, si le ocurriese algo...

—No obedezco órdenes, y menos de usted. Monte y comencemos, creo recordar que cuando Russell cayó acababa de marcar, así es que esfuércese, señor Loockwood, llevamos ventaja.

—Así se habla —dijo un caballero perteneciente a su equipo.

Aplausos, ese era el premio por ganar el partido, era ridículo pensar que yo iba a poder ganar, no era lo mismo montar sobre un caballo, eso lo hacía a la perfección, que jugar a Polo, aquel era un deporte para hombres fuertes. Solo sujetar el palo era casi imposible hacerlo con una mano.

—Enhorabuena, lord Loockwood, me temo que me quedo sin respuesta —le dije al pasar cerca de su cuerpo cuando la partida ya había terminado.

—No tan rápido. —Me agarró del brazo para detenerme.

Los caballeros que estaban junto a él se alejaron para darnos algo de intimidad, y yo que tenía a mi tía algo lejos pero de frente, pude ver como Emma se la llevó dentro de la casa.

—De nuevo sus modales me dejan algo confundida —dije al notar el enfado al agarrarme.

—Confundido debería de estar yo, pues me ha parecido que trataba de hacerme caer del caballo en varias ocasiones. Es usted igual de peligrosa que preciosa.

—No sé si es un halago, lord Loockwood.

—Si no desea casarse conmigo solo ha de decirlo, pero no intente matarme. Y si le sirve de algo, yo estoy deseando casarme con usted.

Mi cuerpo se estremeció al escucharle, ¿de verdad quería que yo fuese su esposa? O solo deseaba que llegase la noche de bodas. Era eso, lo que él deseaba era poseerme, porque acostumbrado a todas esas mujerzuelas con las que solía yacer, yo sería ese premio que él tanto ansiaba tener bajo su cuerpo.

—No serviría de mucho decir lo que yo deseo o dejo de desear. Vivimos en una sociedad donde la opinión de la mujer no es importante ni tomada en cuenta en absoluto.

El duque me miró con esos ojos inescrutables, no sabía lo que pensaba, y pasaron varios

segundos de silencio hasta que pronunció algo.

—La respetaré, prometo firmemente que respetaré a mi esposa.

Aquello me cogió de improviso, y lo único que pude hacer fue abrir mucho los ojos.

—Buenas tardes, Oliver, gracias por su invitación, ha sido un día de lo más estimulante —conseguí decirle sin mostrar ni un ápice de ilusión por las palabras escuchadas.

Hice una reverencia corta y rápida y me alejé de él. Sentí que mis mejillas ardían, se habían encendido en el mismo momento que escuché decir que me respetaría. Contuve el aliento, porque de no ser así habría suspirado al instante.

Caminaba dirección al carro que nos había traído con el fin de hacer llamar a mi hermana y a mi tía para que regresáramos a casa, y sentí un fuerte dolor de estómago justo cuando fui a colocar mi pie en el escalón del carro.

Me encogí para tratar de apaciguar el dolor, me curvé tanto que mi cabeza chocó con la puerta abierta del coche, y caí al suelo perdiendo el equilibrio debido al golpe.

—¡Jane, ¿estás bien? —Unos fuertes brazos me sujetaron por detrás antes de que todo mi cuerpo quedase tumbado sobre la grava.

—No ha sido nada, solo se me olvidó comer y un fuerte dolor me hizo encogerme, el golpe fue pura torpeza.

—¿Se te olvidó comer? —Oliver se arrodilló para enfrentar nuestros rostros, y con uno bien serio pronunció—. No puedes olvidarte de algo así, ven conmigo, y no me digas que no obedeces órdenes.

No me quedó más remedio que aceptar. Con su ayuda me puse en pie, comprobó mi cabeza revolviendo un poco mis cabellos, aunque estaba segura de que la partida de Polo sobre el caballo tampoco había ayudado mucho a mantener mis cabellos peinados.

—¿Crees que puedes caminar hasta el interior? —preguntó.

—Estoy bien, solo ha sido un accidente, y por su bien no se vuelva a dirigir a mí por mi nombre. Para usted soy la señorita Lawson, o la señorita Jane.

—Como usted desee, *milady*.

Asentí para confirmar que era así como debía de ser.

—Respóndame algo antes de entrar —dijo el duque.

—Espero que no sea una impertinencia suya —respondí sin detener mi paso, estaba famélica, necesitaba comer algo o lo lamentaría si volvía a doler el estómago.

—¿Conoce qué habría sido de usted si no se hubiese comprometido conmigo? —Detuve mi paso para girar mi rostro y mirarle.

—No entiendo esa pregunta.

—¿Sabe quien era el otro pretendiente que se había interesado de usted?

¿Otro? No comprendía nada de lo que hablaba, la tía solo nos comunica su decisión, de haber otros caballeros interesados en nosotras, ¿por qué nos lo iba a contar? Eso le daría dolores

de cabeza, pues nosotras queríamos elegir a nuestro esposo, y eso no era una opción.

—Ya le dije que en esta sociedad que trata de engullirme a cada segundo, yo, no tengo opción alguna de elección. Ni yo ni alguna otra mujer que exista. —Carraspeé y tosí—. Bueno tía Rose puede decidir aunque sea solo por nosotras. —Esto último lo dije como un susurro.

—Vayamos a comer algo —dijo el duque después de escucharme.

Capítulo 10

Inglaterra año 1818

Oliver Loockwood



Mi madre golpeaba el suelo con ritmo desacompasado con su zapato izquierdo. Visiblemente se encontraba nerviosa, y aunque no tenía por qué, ella repetía a cada poco que aquella era la boda más errónea que había presenciado en toda su vida.

—Hijo, piensa en tu padre, detén esta locura. Ni siquiera tiene dote. Es claramente una cazafortunas maleducada.

—Madre, ¿no se cansa? Ya le he dicho que me casaré con la señorita Lawson, ceda en su empeño de boicotear la boda.

—¡Te arrepentirás! —Salió de la alcoba.

Jamás logré empatizar demasiado con mi madre, siempre he sido más independiente de lo que se esperaba de mí, y tras la muerte de mi padre, eso no cambió. Ella esperó que abandonase todo cuanto me rodeaba para acomodarme junto a ella en su mansión, y yo ni tan siquiera lo pensé.

Esperé unos minutos para salir detrás de ella, estaba seguro de que era lo que pretendía abandonándome en ese momento en el que debía acompañarme al altar.

Salí de la alcoba y en lugar de encontrarme con mi madre, lo hice con Jane. En ese momento supe que era diferente, ni siquiera se molestó al verme. Pude ver en sus ojos algo de sorpresa, pero no corrió a esconderse, ni me gritó por estar allí en aquel momento.

—¿Preparado? —me dijo y sonreí.

—¿Preparada? —Repetí y esperé su respuesta.

—Muerta de miedo, pero lo disimulo bien, ¿verdad?

Aquello me hizo reír, era una mujer increíble, y yo iba a tratar de ser un esposo digno de ella.

Estaba preciosa, aunque daba igual las ropas que llevase puestas, era preciosa.

Las altas paredes de piedra resonaban con la suave reverberación de los cánticos, y el aroma de las flores frescas me recordaban al pequeño campo de Distingmanor que mi padre ordenó plantar en su lecho de muerte. Las directrices fueron sencillas, cubrir su tumba con miles de flores.

El reverendo Thomas, un hombre de aspecto venerable con una voz profunda y resonante,

pronunciaba las sagradas palabras del matrimonio con solemnidad y devoción. Vestido con sus ropas eclesiásticas, se encontraba ante nosotros.

Queridos hermanos y hermanas en la fe comenzó el reverendo con su voz llena de autoridad y calidez. *Estamos reunidos aquí hoy en la presencia de Dios y de esta congregación para unir en santo matrimonio a estos dos nobles corazones.*

Todo aconteció de lo más normal, salvo que algunos sollozos de damas se escucharon al pronunciar el sí quiero. Y Jane como era de esperar abrió mucho los ojos sorprendida de aquello. A lo que yo no pude decir nada para que lo comprendiera.

Después de la comida entré a las cocinas para dar la enhorabuena por tan rica elaboración, y de regreso a mi lugar junto a mi reciente esposa, una mujer se abalanzó sobre mí en mitad de uno de los pasillos.

—Dime que esto no es una despedida, pronuncia que es un deber.

—¿Elena, qué estás haciendo aquí? No te reconocí con tanta ropa —le dije colocando mis manos entre nuestros cuerpos tratando de separarme de ella.

—Llevas demasiado tiempo sin venir a verme. No podía esperar más.

—Te dije que me casaba. Era una opción el que no volvieras a verme.

—Pero, tú no puedes alejarte de mí, ¿sabe ella de tus inquietudes?

—Elena, debes marcharte. —Me resultaba complicado tenerla frente a mí, en aquel pasillo oscuro, sin nadie que pudiese vernos y no tocar sus pechos. Estaba haciendo un gran esfuerzo de contención, pero si permanecía más tiempo frente a mí sería imposible no aliviar mi sed.

—Dime que no me deseas, di que no mueres por estar dentro de mí.

Elena dio un paso para acercarse, y yo di uno para alejarme, pero la pared chocó contra mi espalda y quedé atrapado.

—Elena no te acerques, ahora soy un hombre casado.

—Mi cuerpo te desea, mis pechos necesitan ser mordisqueados por tus dientes, mi piel te echa de menos, y esta boca... —Elena se quedó mirando a mi entrepierna, la que ya se encontraba abultada.

Vi como acercaba su mano a mi pecho y noté como paseó sus dedos por él. Yo había cerrado mis ojos para no ver por más tiempo su cuerpo, ese que me pedía a gritos que lo hiciera mío. Bajó por la cintura de mi pantalón e introdujo su mano por dentro, me agarró el miembro y sentí un placer que me hizo jadear diciendo su nombre.

—Jane, te deseo —jadeé.

—Elena, mi duque, mi nombre es Elena.

Abrí los ojos, y la aparté respetuosamente, me coloqué la camisa dentro del pantalón como debía estar y me alejé de allí.

—No vuelvas a buscarme —le dije de forma discreta y con el tono duro.

Capítulo 11

Grosvenor Square, Londres año 1818

Jane Lawson



—¡Espere! ¿Dónde va? ¿Acaso piensa dejarme aquí sola?

Me miró sin más y volvió a caminar hacia delante cerrando la puerta detrás de él.

Corrí a asomarme a una de las ventanas de la alcoba y esperé a ver si finalmente salía de la casa. Estaba lloviendo a cántaros, no era de buen juicio hacerlo a no ser que fuera de vital importancia o una vida corriera peligro, y ninguna de las dos era el motivo.

A los pocos minutos pude ver como se alejaba dentro de un carro por la avenida principal. En mitad de la noche, sin saber cual era su destino, en mitad de la noche, y de mi noche de bodas.

Un relámpago iluminó la fachada de la casa frente a la mía. Sonaba raro, mi casa, la casa de Londres de la duquesa de Summerfield, la casa de Londres de la duquesa sin duque. ¿Qué diría cuando me preguntasen por mi esposo? No lo sé, ha desaparecido, se fugó en mitad de la noche, desapareció entre la lluvia, me abandonó. Daba igual lo que dijera, de igual manera sería el hazmerreír de toda la alta sociedad.

Apoyé la cabeza en el cristal y de nuevo otro relámpago iluminó todo a su paso. No estaba asustada, mi padre me enseñó que la lluvia no da miedo y que el cielo de vez en cuando debe ser iluminado por esos relámpagos para que todos puedan verlo, y eso fue lo que pensé al ver a mi vecino asomado en su ventana igual que yo lo hacía. Que disfrutaba del cielo iluminado.

Me saludó con una mano mientras que con la otra sostenía una vela, la que le alumbraba todo el rostro. Aparentemente parecía simpático, debía de tener tan solo unos cuantos años más que yo, y su sonrisa inspiraba confianza. Después de un tiempo me aparté de la ventana, lo último que quería era que todos supieran de mi soledad.

—Es tarde, debería de comer algo —dijo Ofelia apareciendo en mi alcoba.

—Esperaré a mi esposo, cuando él regrese le acompañaré en la cena.

—Pero señora, él...

Lo sabía, ellos conocían que el duque no iba a regresar tan pronto como yo esperaba, allí todos sabían que permanecería sola en aquella jaula por mucho tiempo.

Ofelia era encantadora, ella había venido hasta mi alcoba para despertarme y traía con ella un grandioso y apetecible desayuno.

—Buenos días duquesa. —Era cierto, me había convertido en duquesa, pero todo era tan extraño allí.

—Buenos días, se ve tan deliciosa toda esa comida —le dije clavando mis ojos en el carrito que empujaba—, aunque debo adelantarle que no podré con todo.

—Coma lo que pueda, no se preocupe. ¿Ha dormido bien? —preguntó mientras abría las ventanas de mi alcoba.

—Nada, no he podido conciliar el sueño. Debo de no saber nada de matrimonios, y seguro que no estaba preparada para este. ¿Alguien conoce el paradero de mi esposo?

Ofelia frenó sus movimientos y noté como inclinaba su rostro mirando al suelo. Debía de costarle mencionar que su señor era un estúpido que había abandonado a su esposa en mitad de la noche de bodas.

—Salió en la noche para ocuparse de unos negocios, tardará en regresar.

No esperaba que verbalizase mis pensamientos, pero tampoco que me mintiese de esa forma. Así es que cuando terminé de desayunar me dispuse a pedir que un lacayo me llevase a Norfolk. Allí era donde quería estar, y no aquí abandonada.

Bajé a curiosear la casa, al llegar de noche y dirigirme a mi alcoba para así poder cambiarme, no conocía todavía la que era mi casa.

Entré a la cocina, donde pocas cosas encontré, imaginé que Oliver no acostumbraba a comer aquí, y le pregunté a una doncella que limpiaba.

—Disculpe, ¿cuántas doncellas trabajan en la casa?

—Ofelia, Regina, y yo —dijo.

—¿Solo ustedes para tanta casa? —No comprendí.

—Señora, esta casa ha permanecido cerrada más de seis años, desde que el duque, el padre de su esposo falleciese, nunca más se visitó este hogar.

Entonces, si aquella no era la residencia habitual del duque, ¿por qué demonios me había instalado allí?

—Entiendo —respondí y añadí—, puedes llamarme Jane, le dije a la doncella.

—Oh, eso sería un atrevimiento por mi parte, es la duquesa, señora.

—Está bien, y ¿cuál es tu nombre? —quise conocer.

—Yo soy Colin, y usted si puede llamar al servicio por el nombre.

—Haremos una cosa, cuando tú me llames a mí, Jane, yo te llamaré a ti Colin.

—Está bien, mi señora.

—Ahora, si me hace un favor, le estaré eternamente agradecida. Voy a salir al jardín un rato, después marcharé a Norfolk, pero para eso necesito un carro que me lleve hasta allí, y también preciso que usted me avise cuando el duque regrese para así regresar yo también.

—¿Usted no va a vivir aquí? —me preguntó.

—Viviré con mi esposo, y si él no está yo no pienso quedarme sola en una casa tan grande.

—Haré llamar a un lacayo, y puede estar tranquila que en cuanto sepa que el duque regresa la haré llamar.

—Gracias.

Salí al jardín, ya era lo único que me faltaba por descubrir, y llamar jardín a toda esa hierba que crecía salvajemente por donde le complacía, era decir demasiado de aquel lugar.

—Buenos días, duquesa, me alegro de que un rostro nuevo se haya instalado en Grosvenor Square. —Me sorprendió una voz masculina—. Soy su vecino, aquí enfrente.

Levanté la mirada hasta poder ver al caballero que hablaba desde el otro lado de la reja.

—Oh, creo que anoche pudimos vernos, ¿no es así? —le dije.

—Sí, así es. Disculpe mi atrevimiento, es que disfruto con las noches de tormenta, me parecen los cielos más espectaculares.

Qué hombre tan interesante, pensé.

—Señor...

—Livingston, perdone de nuevo, soy Percival Livingston.

—Encantada, señor Percival, espero tener la fortuna de volver a conversar con usted, ahora debo marcharme.

Antes de abandonar la casa mandé podar todas aquellas hierbas que crecían salvajes por el jardín, y le recordé a mi sirvienta la importancia de ser avisada cuando supiera que mi esposo regresaba al hogar.

Capítulo 12

Grosvenor Square, Londres año 1818

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



—Bienvenido milord, ¿desea algo de comer, quizá de beber? también tiene su alcoba preparada por si lo que desea es descansar.

Después de tan largo viaje el recibimiento fue angustioso, la sirvienta no dejaba de hablar como si con tantas palabras quisiera esconder algo de lo que no quería que me diera cuenta.

—¿Se encuentra mi esposa en su alcoba, o quizá en el jardín? —pregunté, y la sirvienta evitó mi mirada y se resignó a responderme con una negación no verbal moviendo apenas su cabeza.

—¿Vas a decirme donde se encuentra mi esposa? ¿o debo de averiguarlo yo solo?

—La duquesa regresará pronto, me pidió que la hiciera llamar cuando usted llegase, pero —Se le veía nerviosa—, no he podido saber de su llegada con tiempo.

La rabia me arrolló como una ola de mar embravecido. Mi esposa había abandonado su hogar.

Respiré profundamente y me alejé a mis aposentos a descansar del duro viaje.

Desperté de mi merecido descanso con las voces femeninas que me parecieron escuchar que provenían de la alcoba de al lado, justo la que debía ser de Jane, de no ser porque había desaparecido hubiera jurado que era ella.

Me incorporé con el claro propósito de abandonar la alcoba y ver qué era lo que ocurría allí.

—Date prisa, no quiero que me encuentre aquí cuando despierte. —La escuché decir.

—Mi señora, usted me dijo que permanecería aquí cuando su esposo estuviese. Por ese motivo la hice llamar. —Ahora era la voz de la sirvienta la que hablaba.

—Da igual lo que dijera, he cambiado de opinión, no seré un jarrón que adorna sin más esta casa, soy una Lawson, no esperaré recibir las migajas que él quiera ofrecerme de atención cuando le venga en gana. Me marchó.

La puerta se encontraba ligeramente entornada, así es que me apoyé en el marco de esta para seguir escuchando la conversación, la que me estaba resultando de lo más interesante.

De pronto las voces se silenciaron y la puerta se abrió abruptamente descubriéndome al completo sin tener tiempo de alejarme ni cambiar de posición.

—¡Usted! —dijo Jane.

—Buenas tardes, esposa, me alegro de verte.

—Eres un canalla, un arrogante y un pésimo esposo —dijo ella enfrentándose.

—No puedes marcharte, prometiste que cumplirías con tus obligaciones como esposa —le dije sin mover mi cuerpo todavía.

—Tú también prometiste algo, y te recuerdo que llevas varios días fuera de tu hogar, y no tengo idea de donde fuiste ni porqué.

—Sigo cumpliendo mi promesa, marché por negocios urgentes que resolver, pero como ves, ya he regresado. —No mentí, en una de las minas de York Shire hubo un accidente, varios hombres habían resultado heridos, y jamás miraría hacia otro lado con temas tan serios como lo era ese. Por suerte fue más un susto y no hubo que lamentar pérdidas.

—No vuelvas a marcharte sin decir a donde, o la próxima vez me iré y no regresaré.

Me hizo gracia verla tan enfadada, pero reprimí mi risa, solo asentí con mi cabeza, y aquello fue lo que firmó un trato entre nosotros dos, dejando sus maletas en el suelo.

—Venga conmigo, tengo una sorpresa para usted.

—Preferiría que no me sorprendiera con nada, me conformo con una vida tranquila.

—Le aseguro que esto que tengo que mostrarle le va a gustar, pero antes de nada, debo de pedirle que se prepare después rápido, porque nos han invitado a una cena en casa de los Livingston.

—Nuestros vecinos, entiendo.

¿Cómo sabía ella que se trataba de nuestros vecinos?

Imaginé que la señora Livingston se habría acercado a presentarse en mis días de ausencia, pero de forma urgente agité mi cabeza para poder centrarme y así llevarla hasta poder ver el secreto mejor guardado de la casa.

—Ven conmigo.

Caminé delante de ella todo el tiempo y notaba como sus pasos enfadados seguían a los míos. Cuando entré en mi despacho sus pasos se detuvieron, y giré mi cuerpo para averiguar cual era el motivo por el que había dejado de seguirme.

—¿Todo bien?

—No deseo ser un perro faldero que camina tras los pasos de su amo, dígame ya qué es eso que tanto me va a sorprender o no continuaré persiguiéndole.

Tan terca como esperaba.

—Está bien, al menos traspase la puerta, de ese modo podrá verlo.

Ella dio dos pasos más, y yo estiré de uno de los libros falsos que descansaban en la estantería para poder abrir la puerta oculta que había detrás.

—Si se asoma podrá ver algo de lo que estoy seguro le hará mucha ilusión disfrutar.

Me eché a un lado para que ella pudiese ver mejor.

La miré durante un momento, después dio unos pasos cortos, lentos, y como si fuera un gato asustadizo se asomó por el hueco que daba acceso a la gran biblioteca que albergaba todos aquellos libros. Emitió un grito que imaginé que era debido a la alegría que sentía.

No dudó en cruzar aquel hueco para correr a coger entre sus manos varios de los libros que allí permanecían.

—Esto, esto, esto es, es impresionante, increíble, es una joya, es cruel que nadie pueda verlos, están encerrados, privados de la luz, los rayos del sol deberían de iluminarlos, saquémoslos, llevémoslos afuera.

—Pero, ahí están bien, de otra forma cualquiera podría verlos, saber qué es lo que leo, la gente se reiría de mí si conociera mis intereses.

—¿Son suyos? ¿Los ha leído todos? —Se sorprendió.

—Oh, no, todos aún no, pero espero poder hacerlo.

Jane sonrió, estaba tan guapa cuando lo hacía, que me entró un deseo de nuevo incontrolable de querer besarla.

—¿Señores? —Interrumpió Ophelia. Gracias a Dios.

—¿Sí? —Me encantaba que mi esposa tuviera esa personalidad tan arrolladora y no esperase a que fuese yo quien respondiera.

—El señor me dijo que les recordase cuando se acercase la hora, recuerden que están invitados a la cena en casa de los Livingston. Apenas queda una hora.

—Enseguida vamos, gracias por el aviso, puede retirarse —le dije.

—Pues vayamos a esa cena —Dio un paso adelante.

—He mandado dejar un vestido y algo más en tu alcoba, te esperaré abajo.

—Tengo decenas de vestidos, no es necesario que los elijas por mí, o ¿es que temes que sean demasiado escotados?

Vine con la intención de que pudiésemos hablar acerca de nuestro matrimonio, pero ella me lo pone muy difícil durante todo el tiempo. Solo me quedará dos días más en Grosvenor Square, espero que me dé una tregua.

Capítulo 13

Grosvenor Square, Londres año 1818

Jane Lawson



Mientras bajaba los escalones para reunirme con Oliver —por fin empezaba a sonar natural en mis labios su nombre—, no cesaba en mi empeño de poder estirar un poco más la tela del vestido que cubría, o debía de cubrir mi escote.

—Estás preciosa, ¿me permites? —Ofreció su mano para ayudarme a dar el último paso.

—Me equivocaba con usted, creí que no deseaba que nadie más viera mi cuerpo, pero resultó ser todo lo contrario, ¿desea que todos los caballeros de Londres vean cual es su posesión más reciente? —dije mirándole a los ojos.

—Lo que quiero es poder verte yo, poco me importa lo que los demás hombres hagan.

Se me encogió de nuevo el estómago al escucharle decir eso.

—Demasiado atrevido, parezco una fulana.

—Créame, no se parece en nada a ninguna de ellas.

Me enfureció que me hiciera recordar que él acostumbraba a visitar a ese tipo de mujeres.

—Si no le importa, deberíamos cruzar la calle para no retrasarnos, imagino que los Livingston deben de estar esperando ya.

—¿Conoces a algún miembro de la familia? ¿Cómo sabes que viven frente a nosotros? —preguntó Oliver.

—El señor Livingston se presentó en la mañana que desapareciste mientras disfrutaba de los hierbajos del jardín.

—Vaya, eso, sí, también quería agradecerte que te ocupases de mandar podar el jardín, últimamente ha estado abandonado.

—Sí, será que al duque de Summerfield le gusta abandonar las cosas.

Sonrió.

Cruzamos la calle, y una sirvienta nos esperaba en la puerta para acompañarnos al interior.

—Duques de Summerfield, les esperan en el salón.

Recogió mis guantes, el sombrero de Oliver, su abrigo, y si hubiera podido también lo hubiese desnudado al completo. En esta ocasión yo me encontraba cerca para frenar a cualquier mujer que quisiera subirse a su cintura, pero teníamos que corregir eso. Él debía de dejar de

sonreír a las damas como si aún fuera un hombre libre, ahora estaba casado.

—Puedes estar tranquila, te prometí respeto, y pienso seguir así.

—Si valoras lo que tienes a tu lado así debería de ser, pero si lo que deseas es compartir tu tiempo con cualquier mujer que no sea Jane Lawson, te agradecería lo dijese, y antes de avergonzarme entre la sociedad darme la oportunidad de alejarme de ti de una forma digna.

Él me miró fijamente a los ojos, y tuve la sensación de que deseaba acercarse a mí, pero el señor Livingston apareció de pronto.

—¡Qué gran alegría, los duques de Summerfield en mi casa! —dijo Percival Livingston.

—Señor, encantada de volver a verle —me incliné ofreciendo mi mano.

—¿Este es el señor Livingston que has conocido? Lamento informarte amada esposa de que solo es un farsante, es su padre el verdadero duque de Livingston. Él solo es un sucio, mezquino, y falso noble.

—Pensaba que habríamos olvidado las rencillas que bloqueaban nuestra amistad, pero veo que no puedes.

—Apártate de mi esposa, no me gustaría volver a tener que dar explicaciones a tu padre de porqué te he golpeado. —Pude ver como Oliver apretaba fuerte uno de sus puños.

—¡Querido! No he oído la puerta, hubiese salido a recibirte como mereces. —Una señora bajita, gordita, con cabellos rojizos, ojos claros, y una mirada tierna, salió aportando la paz que necesitaba aquel momento.

—Duquesa, de nuevo es un honor verla.

—Si vuelves a llamarme así tendré que darte un par de azotes, y no me importará hacerlo delante de tu esposa.

—Anne —Oliver la abrazó como se suele abrazar a una madre, pero yo sabía que ella no lo era—, el tiempo no te envejece, y no puedo hacer otra cosa que alegrarme, así podré soñar que eres eterna.

—Embaucador, eres todo un halagador. Preséntame a tu esposa o pensará que nosotros dos tenemos una aventura. —Rompió a reír de inmediato.

—Te presento a la que debería de haber sido mi madre, y no a esa señora que conoces como tal. Aquí siempre encontrarás a Anne para lo que precises. Ella es un ángel que cayó del cielo, y que junto a mi padre y... —hizo un silencio doloroso y después continuó—, eran las personas más importantes de toda mi vida. —Hizo una leve pausa, y pude ver como se le acristalaban los ojos por un segundo.

—Encantada duquesa, me complace conocer a una mujer de la que se habla tan bien en estos tiempos que corren.

—¿Jane, verdad? Solo algunos hombres aprecian a las mujeres y las tratan como a iguales, y preciosa, espero que sepas reconocerlos. A uno lo tienes bien cerca.

Me abrazó entre sus brazos efusivamente durante mucho tiempo, y me susurró algo al oído que no logré entender del todo, tan solo el final.

—Veo que no tenéis hambre —dijo un hombre de avanzada edad.

—Señor Livingston, es su esposa que nunca termina de dar las bienvenidas.

—Si no tardases tanto en visitarnos sería de otra forma —Se defendió ella.

—¿Percival no cenará con nosotros? —pregunté a Oliver.

—Ese demonio no debería de vivir aquí, pero Anne es demasiado benévola y jamás tendría el valor de echar a nadie a la calle. Aunque a él debería. —Vi de nuevo como apretaba sus puños.

—No querida, Percival saldrá esta noche.

Anne volvió a tomar la mano de Oliver para calmar su furia mientras el joven Livingston caminaba cerca de nosotros para abandonar la casa.

—Encantado de conocerla de manera formal, señorita, espero que podamos tener ocasión de charlar en otro momento más calmado —dijo antes de cerrar la puerta.

Oliver quiso caminar para encontrarse con Percival, pero el señor de la casa se colocó delante de la puerta para evitar ningún altercado.

—La mesa está lista, señores —dijo una de las criadas.

Oliver se acercó a mí justo antes de que tomase asiento, y se ocupó él mismo de retirarme la silla y ajustarla mientras me sentaba. Le miré para agradecerle tal gesto, y después al mirar de frente pude ver como Anne le miraba con una sonrisa en su bonita boca.

—Cuéntanos querida, ¿dónde te has criado? —me preguntó.

—No pertenezco a esta sociedad, duquesa, mis padres eran simples campesinos, mi padre se ganaba la vida cultivando campos que ni tan siquiera le pertenecían, y ni aún con tanto esfuerzo lograban alimentar a sus tres hijas.

—Comprendo, pero, no es eso lo que te he preguntado. Dime, ¿dónde cultivaba esos campos?

—Suffolk, allí es donde mis hermanas y yo poseemos la antigua casa que nos dejaron al marcharse de este mundo. Nada ostentoso, pero nos recuerda a ellos, y debo decirle si me lo permite que a pesar de haber vivido sin riquezas fuimos muy felices allí.

—Excelente, querida, imagino que el amor sostenía esa felicidad de la que hablas.

Me paralizó, escuchar aquello salir de su boca hizo replantearme muchas cosas. Estaba equivocada, no todos los ricos opinaban de la misma manera. Anne entendía lo que yo sentía, acababa de pronunciar la palabra amor, y además delante de su esposo, y él no había endurecido su rostro, ni la había corregido, al contrario, sonreía.

Miré a Oliver que se sentaba junto a mí, y él no sonreía. No podía ser de otra manera, mi esposo era un hombre frío, distante, solitario, carecía de sentimientos. O tal vez los únicos que poseía eran los que aplacaba con señoritas expertas en ello.

La velada fue de lo más enriquecedora, a pesar de no poder averiguar cual era la extraña relación que unía a Oliver con aquella noble familia.

Regresamos a nuestro hogar con la despedida caliente que Anne me brindó. Después de un abrazo perpetuo que duró más de lo debido entre la nobleza me susurró de nuevo las mismas

palabras que en el recibimiento, solo que ahora si que escuché al completo sus palabras.

—Te espero pronto, y si puedes hazlo sola. Te mostraré la verdadera cara de tu esposo, y entenderás los motivos por los que se comporta así.

Oliver estiró de mí al darse cuenta de que ella me susurraba algo, y después endureció su rostro mostrando su descontento al señor Livingston.

Capítulo 14

Grosvenor Square, Londres año 1818

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



—Me retiro a mi alcoba, no pude descansar cuando regresé, y debería de hacerlo. Que pases una placentera noche —le dije y traté de escabullirme escaleras arriba.

—No tan rápido. —Me sorprendió obligándome a detenerme.

Tan solo me di media vuelta, no bajé ninguno de los escalones.

—¿Necesitas algo? —pregunté.

—Ahora que soy tu esposa, perdona que utilice tan abominable palabra, ¿no deberías tú comportarte como un esposo? —dijo mirando fijamente a mis ojos.

Sentí un fuego abrasador, ¿me estaba pidiendo que pasara la noche junto a ella?

—Te estás convirtiendo en una experta.

—¿En qué?

—En sorprenderme —le respondí, y no pude evitar curvar mis labios.

Ella resopló, cosa que no le quedó nada elegante.

—Tú también me sorprendes a cada poco. Se te conoce como un hombre libertino, en cambio, a mí...

—De nuevo lo haces. Vuelves a dejarme perplejo.

—No es perplejo la palabra que deseo en tus labios.

—¿Entonces?

—Sería la palabra deseo la que quisiera que pronunciases.

Sentí que algo crecía dentro de mi pantalón, y si por mí hubiese sido habría caminado hasta ella para devorar su boca con vehemencia, la habría despojado de sus ropas en aquel mismo lugar, y la hubiese hecho mía sin control, pero, cerré los ojos para no continuar mirándola, y me resigné. Di de nuevo media vuelta y me dirigí a mi alcoba.

Atravesé la puerta y me acomodé sentándome sobre la colcha a los pies de mi cama. Apoyé la cabeza sobre mis manos, froté mis ojos intentando sacar de mi memoria la imagen de Jane, pero era imposible, aquella mujer, mi mujer, estaba haciéndolo todo muy difícil.

El día que me prometí no volver a amar a nadie juré que mis relaciones carecerían de amor, que jamás volvería a sentir nada por nadie, que sería un hombre frío, detestable, un hombre por

el que ninguna mujer pudiese sentir nada, de esa manera todo sería más fácil. Y ahora mi castillo de arena se ha derrumbado, ha llegado una ola a la orilla de mi playa, una insignificante, de esas que cuando las ves sabes que no va a poder hacer nada con tu gran barrera sólida, esa que tú mismo has endurecido día tras día, que has forjado con paciencia, que has probado incansablemente y que te has dado cuenta de que es fuerte y resiste. Pero no contabas con que esa pequeña ola insignificante que has invitado a permanecer a tu lado, que a cada poco se acerca hasta tu barrera, que cada vez que lo hace se acerca más y más, que cobra fuerza, que se hace grande, que antes era casi invisible a tus ojos, y que ahora hasta con ellos cerrados está presente, está haciendo desaparecer toda esa barricada que habías construido.

Mi corazón comienza a palpar con fuerza, escucho como Jane sube las escaleras para más tarde traspasar la puerta de la que es su alcoba. Oigo la puerta cerrarse.

Me pongo en pie, camino por todo el dormitorio de un lado a otro, inquieto, sin saber bien qué hacer, me siento nervioso.

Me acerco hasta mi puerta, apoyo mi mano en la manivela, cierro los ojos, de nuevo su imagen aparece sin buscarla, y salgo de allí.

Aprieto mi puño con la intención de golpear la madera robusta de su alcoba, pero me detengo justo en el último segundo, no sé bien qué es lo que busco, y si traspaso la puerta qué es lo que voy a decirle. Así es que bajo mi mano para regresar a mi lugar, y en ese instante ella abre la puerta y nos quedamos enfrentados. Callados, sin decir nada, solo nos miramos.

—Te buscaba —dijo.

—Yo también —conseguí responder.

Capítulo 15

Grosvenor Square, Londres año 1818

Jane Lawson



No pudo contenerse. Yo tampoco pude negarle aquel beso.

Tan pronto como pudo me estrechó entre sus brazos, estaba excitado.

Rozaba su pierna entre mis ingles, también lo hacía con mis pechos y pezones hasta volverlos en puntos duros, sus dedos buscaban todos aquellos lugares sensibles de mi cuerpo. Mi boca ahogaba cualquier protesta que yo pudiese pronunciar. ¿Protesta? ¿Acaso me quería quejar de algo de lo que estaba sucediendo allí?

Estaba derrotada, sentí su clara necesidad de hacerme suya.

Introdujo su pierna esta vez entre las mías, me agarró fuerte por las nalgas para apretarme contra él. Aquella fricción contra mi sexo me hizo gemir de placer. Estaba experimentando una sensación desconocida, pero me gustaba.

Le rodeé el cuello con mis brazos y él haciendo un claro gesto de levantarme sobre su cintura me apretó más aún por las nalgas. Eché la cabeza hacia atrás para que tuviese mayor acceso a mi cuello, necesitaba que saboreara mi piel, que besara mi cuerpo. Notar sus labios ardiendo sobre mi cuerpo ardiente.

Entonces Oliver me tumbó sobre mi cama, me besaba locamente mientras con una de sus manos fue abriéndose paso por el interior de mis faldas. Fue subiendo sin descanso por la parte interior de mis muslos, en aquel instante dejó de besarme para concentrarse en mis ojos.

Me miraba con un descaro que todavía no había podido descubrir en él, curvó sus labios mientras introducía sus dedos en el interior de mis ropas íntimas.

Cerré los ojos, pero él me pidió suavemente que los abriera y le mirase.

—No, mírame, necesito que me mires.

Enloquecí al escuchar aquello, jadeé, jadeé tan fuerte que él también lo hizo después de mí.

Entonces noté que dos de sus dedos se introducían en mi interior, primero una suave caricia, después jugó un poco con ellos, y finalmente penetró mi sexo con sus dedos, una y otra vez, haciendo que mi cuerpo se curvase mientras nos mirábamos a los ojos sin apenas parpadear.

Lo que sentí no puedo expresarlo con palabras, fue algo desconocido para mí, pero fue mágico. ¿Así era como se hacía el amor? ¿Era eso lo que se esperaba de una noche de bodas?

—Debo de regresar a mi alcoba, esto ha sido un gran error, prometí que te respetaría.

¿Un error, había sido un error? ¿Así era como pensaba Oliver respetarme? ¿No tocándome pretendía que su esposa fuese respetada?

No entendí nada, se alejó sin mirarme, cerró la puerta tras él. Yo enfurecí, pero no le pude responder, enmudecí como una niña. Sentí rabia por haberme callado, tanto fue así que agarré el cepillo de madera que descansaba en la mesita y lo lancé a la puerta ya cerrada.

A la mañana siguiente, el cantar de los jilgueros me despertó con una sonrisa, la que borré al recordar lo que había pasado en la noche con Oliver.

Me sorprendió que nadie irrumpiese en mi alcoba para disfrutar del desayuno contundente que acostumbraba a tomar allí, y cuando bajé al saloncito, una de las sirvientas me dio los buenos días invitándome a tomar asiento en la mesa, donde un banquete me esperaba, eso sí, junto a mi esposo.

—Buenos días —dijo sin mirarme mientras untaba mantequilla sobre un pedazo de pan tostado.

No le respondí, evidentemente. Una Lawson no sería pisoteada ni avergonzada de nuevo, y menos aún se rebajaba a la altura de un necio.

Mantenía mi mirada fija, aprovechando mi lugar junto a la ventana, contemplaba el inhóspito jardín iluminado por el sol. Era pequeño, aunque la casa era grande, y se encontrase en una zona grande de Londres. Ciertamente era que ninguna de las casas de los alrededores disponía de lugar suficiente para dedicarlo a aquellos menesteres, y a mí se me hacía extraño vivir tan lejos de la naturaleza.

—¿Se toma en serio esto del matrimonio? —me atreví a preguntarle de manera muy formal. Era como si todo lo que había ocurrido entre nosotros lo hubiese borrado de mi memoria.

No me respondió, en cambio se atrevió a iniciar otra conversación.

—Dentro de unas horas marcharé, tengo asuntos de los que ocuparme.

—¿A dónde?

No respondió tampoco.

—Le he hecho una pregunta —dije acompañando de un fuerte golpe que arremetí con el plato contra la mesa para llamar al fin su atención.

El servicio se alejó, él levantó su rostro y después de mirarme por unos segundos, sonrió.

—¿Va a decirme de una maldita vez qué es lo que le resulta tan gracioso?

—Su coraje, su valentía, su incansable carácter. Es todo un descubrimiento.

—¿A dónde va, y cuando exactamente regresará? —pregunté llena de furia.

—Marcharé de noche, y me dirijo a Escocia, debo de resolver asuntos de los que solo yo me puedo ocupar.

—Le acompañaré, soy su esposa.

Se rio de nuevo.

—De ninguna manera te llevaré Jane, solo harías que retrasar mi viaje.

—No se dirija a mí por mi nombre, respéteme como si fuese una total desconocida para usted, y volviendo a la conversación, nunca parece que tenga prisa por regresar, al menos no en el anterior de sus viajes. Si no marchó con usted, regresaré con mi familia, y no sé si cuando usted vuelva, yo lo haré.

En esta ocasión no se rio, pero tampoco parecía enfadado. Se retiró de la mesa, y le pidió a una de las sirvientas que esperaban en el pasillo que preparasen su equipaje cuanto antes, saldría antes de lo esperado.

Enfurecí de nuevo, pero en esta ocasión no lancé ningún objeto contra ninguna puerta, solo salí de la casa, crucé la calle y me permití el atrevimiento de visitar a los Livingston.

Solo di una ojeada para traspasar la calle, eso fue lo que hice, por ese motivo no pude ver que Percival Livingston caminaba de frente en dirección hacia su hogar.

—Buenos días *lady* Summerfield. —Me sorprendí al escucharle.

Di un respingo accidentado y casi caigo cuando tropecé con uno de los escalones de la gran casa.

—Disculpe señor Livingston, no le había visto, me asustó.

—No era mi intención hacerla caer, aunque reconozco que solo por poder acercarme tanto a una bella dama, mereció la pena.

Qué atrevido había sido aquello, pensé, pero también reconocí al poco que me agradaba recibir un cumplido como aquel.

En seguida cambió el rumbo de la conversación, seguramente al percibir en mi rostro que mis mejillas se sonrojaban.

—¿La esperan? —preguntó antes de golpear con su puño sobre la madera de la puerta para que fuese abierta.

—No, la verdad no. Quizá ha sido un error llegar hasta aquí, es posible que su madre esté muy ocupada —le dijo dando media vuelta para regresar sobre mis pasos.

—No diga absurdos, seguro estoy que le encantará recibirla, desde que ya no está... Ah, y Anne no es mi madre, ella se casó con mi padre siendo yo un niño.

Calló antes de terminar la frase, y noté como si un atisbo de pena se instalase en su rostro.

—No quisiera yo molestar, lo mejor sería que regresase en otro momento, además de avisar con tiempo.

Hice un intento de alejarme, pero Percival me sujetó por la muñeca para detenerme.

Elevé mi vista en busca de su rostro, pero miraba al suelo, estaba quieto, no se movía, entonces intenté que me soltase estirando de mi brazo delicadamente para no parecer que forcejeábamos, aunque siendo sinceros, eso era lo que ocurría. Me estaba apretando cada segundo un poco más, hasta presionar tanto con sus dedos sobre mi piel que un quejido se escapó de mis labios.

—¿Ocurre algo? —La voz de lord Livingston fue la que lo obligó a soltarme de inmediato,

y también a desaparecer de manera fugaz de la entrada.

—Buenos días, no quisiera incomodar con mi presencia, me preguntaba si su esposa estaba ocupada, si así fuese regresaré a mi hogar. No quiero molestar.

Dije todo aquello con un temblor en mi voz, pues todavía intentaba descubrir que era lo que había pasado con Percival.

No dejaba de frotar mi muñeca para calmar el dolor que sentía sobre mi piel.

—Me agrada verla, y estoy seguro de que a ella le hará ilusión su visita. Espere un momento, la mandaré a llamar.

Caminó escaleras arriba, aunque por un momento me pareció ver que se detenía, se pasó la mano por el rostro y al segundo continuó su andar.

El servicio me acomodó en la salita para que esperase a la duquesa, y antes de que pudiese observar cada rincón de la estancia apareció ante mí aquella señora que parecía tan tierna.

—Qué detalle venir a visitarme tan pronto —Se acercó hasta mí para abrazarme—, nunca me equivoco con las mujeres, y veo en ti nobleza y bondad. Qué alegría que seas tú quien vaya a acompañar a Oliver el resto de su vida. Seguro que así es capaz de sanar su corazón.

—No creo que sea para el resto de su vida, yo no soy una dama paciente —dije cerrando los ojos.

—¿Has venido porque tienes un problema con Oliver? —me preguntó tomando asiento.

—Él es quien tiene un problema conmigo —dije quedándome en pie.

Me daba vergüenza reconocer a una persona a la que apenas conocía que mi esposo no deseaba pasar tiempo conmigo.

—Oliver sencillamente tiene miedo.

Fue entonces cuando se puso en pie ayudándose del brazo del sillón, y con la vista fijada en la nada caminó hasta quedarse junto a la ventana. Suspiró un par de veces, y después permaneció en silencio.

—Los hombres como él no tienen miedo, ese tipo de hombres suelen ser egoístas, desalmados, no tienen escrúpulos, y su poder lo utilizan para tratar a la gente a su antojo.

—No describes a Oliver con ninguna de esas palabras, veo que no conoces a tu esposo. Oliver siente miedo a cada paso que se acerca al amor.

Me reí.

—Eso es una locura, disculpe mi atrevimiento, él no sabe ni sabrá jamás lo que es el amor.

Su rostro cambió. La tristeza que mostraba dio paso al enfado.

—Oliver amó, él amó tanto que no cree que pueda volver a hacerlo de nuevo. La vida lo castigó duramente haciendo que ella lo abandonase de este mundo.

—Pero, entonces... —Enmudecí al instante de escuchar que el amor de su vida falleció.

—Nadie conocía su historia, salvo yo, evidentemente, era mi hija, Georgina salió una mañana a montar a caballo y un día después la encontraron muerta cerca del río. Él jamás se

perdonará no haber estado ahí, pero no fue su culpa, ella era inquieta, indomable, incorregible, era un espíritu libre. Me parece poder verla cuando la miro a usted. No obedecía órdenes de nadie, y era temeraria como ella sola. Estaba escrito y ya está. Desde entonces él no dejó nunca de venir a vernos, y ya han pasado más de cinco años.

—Lamento mucho su pérdida.

—Lo que debes hacer es conocerle, dale tiempo, es difícil para él, querer a alguien y que se desvanezca te pone en aviso para el resto de tu vida.

No supe qué decir, me había quedado sin palabras. Yo, Jane Lawson sin palabras. Así es que levanté de mi asiento y con una despedida fría para aquel momento de tan graves revelaciones salí del hogar de los Livingston.

Regresé al interior de mi casa, no sentí fuerzas para nada que hacer durante el resto del día, me dispuse a descansar en mi alcoba, acompañada de algunos libros que había elegido antes de salir el día anterior de aquella biblioteca oculta que disponía mi esposo.

Abrí uno de los libros y me sorprendí con las páginas marcadas de este. Eran fragmentos de amor, de amor y dolor, para ser franca. Sentí pena por Oliver, incluso me culpé por ser tan dura con él, después de todo yo no me estaba comportando de manera correcta. Con lo cual acepté que mi esposo había salido de viaje y yo debía de esperarle pacientemente en nuestro hogar hasta que él regresara.

Pasaron más de tres días y la espera comenzaba a impacientarme, juro que traté de ser fiel a mis pensamientos de mantenerme quieta y ser una esposa sumisa, pero mi naturaleza me hizo salir de aquella ratonera en la que se había convertido mi hogar.

Subí al carro que me llevaría a casa de tía Rose, decidida en contarle todo lo que estaba sufriendo junto a mi esposo, o mejor dicho ignorada por él, seguro que ella también se sorprendería de cómo Oliver se estaba comportando conmigo.

—Sé paciente, regresará y podréis hablar —Esas fueron sus palabras.

Grité como una histérica al escucharla, pues no me entendía. Oliver no aceptaba mi compañía, su clara intención era retenerme en aquella casa de muñecas mientras él viajaba por negocios, o eso era lo que él decía que hacía en cada ocasión que me abandonaba.

—¡Cancele el matrimonio, me niego a continuar unida a él!

La tía me miró alertada.

—¿No se ha consumado el matrimonio, dices?

—¿Acaso eso importa? —respondí furiosa.

—¿Crees que puedes yacer con tu esposo y después pedirme tal cosa?

—¿Y él puede abandonarme a su antojo, y si estuviese en cinta?

—Regresa a tu hogar, espera a que vuelva y habla con él.

Antes de responderle, apreté los puños de la rabia contenida, y deseé con todas mis fuerzas salir corriendo de allí, pero inhalé aire para tranquilizarme y obedecí a mi tía. O eso le hice creer a ella.

Regresé al carro que todavía aguardaba a las puertas de la mansión, y en lugar de pedir que me devolviese a la casa de Londres, le pedí que se dirigiera a Distingmanor, aquella también era una propiedad de mi esposo, y si debía de esperarle en algún lugar, ese era el que yo había elegido.

—Ha llegado la duquesa —anunció una de las sirvientas desde la entrada al verme bajar del carro.

El sol de la mañana se colaba por detrás de los altos árboles que adornaban la finca. Levanté la vista más allá de la fachada que ocupaba la mayor parte del terreno de la entrada y pude ver detrás de esta como una gran cuadra asomaba.

No lo dudé y caminé decidida hasta el lugar.

—Buenos días, me quedaré por aquí algún tiempo, pueden acomodarme en cualquiera de las alcobas, no les molestaré demasiado, pienso pasar el máximo de tiempo con los caballos —le dije al señor Josh, él era quien se ocupaba de todo en ausencia de mi esposo, así me lo había hecho saber una de las criadas la primera vez que estuve aquí.

—Mi señora, ¿sabe de su visita el señor Loockwood? —preguntó preocupado.

—No se preocupe por él —respondí deteniendo mi andar y regalándole una sonrisa para tranquilizarle.

Me adentré a las caballerizas, la verdad es que no iba vestida para aquel lugar, y mis bajos de las faldas comenzaban a ensuciarse notablemente mientras caminaba sobre el suelo de arena, paja, y algún que otro charco.

—Bienvenida señora —dijo un muchacho al verme.

Debía de ser la persona que se ocupaba de limpiar todo este desastre, y por lo que se veía no sabía cómo había que hacerlo.

—Hola, joven, ¿cómo te llamas? —Esperé que respondiera.

—Mi nombre es Set. —Intentó hacer una reverencia pero estaba claro que era de sus primeras.

—Dame eso —le pedí mirando la pala que sujetaba en una de sus manos.

Dudó antes de entregármela, pero después de ver que insistía se animó.

La agarré entre mis manos con fuerza, y comencé a retirar los montones de paja sucia enseñándole como era que debía hacerlo.

Al terminar, él me miraba con rostro de horror, y fue entonces cuando le pregunté lo que ocurría.

—Me despedirán, señora, mire como ha ensuciado sus ropas por mi culpa.

—¿Me has manchado tú, o he sido yo? —Di un pisotón con mi zapato sobre un charco que se encontraba cerca de mis pies, y salpicó tanto que el barro llegó hasta mi rostro—. ¿También te añades la culpa de esto? —Reí.

—¿Qué está pasando aquí? —Apareció la sirvienta más temerosa de Distingmanor.

—Nada, solo adecentábamos un poco las cuadras —respondí.

—Si no puedes hacer tu trabajo bien, y solo, quizá no deberíamos de tenerte aquí —le dijo al muchacho.

—Es el mejor que he visto en mucho tiempo desempeñando este trabajo, tanto fue así que me entraron unas ganas irrefrenables de imitarle. —Con el ceño fruncido, sopesé cual sería el mejor modo de tratar con aquella sirvienta arcaica, y se me ocurrió que darle trabajo la mantendría alejada del muchacho.

—Está bien, pues cuando termine de imitarle, tendrá preparado un baño para que se pueda adecentar, señora. —Lo último lo pronunció por obligación..

—Sí, eso está bien, y también necesitaré ropas cómodas, un par de pantalones y botas, alguna camisa también.

—¿Pretende vestirse como un hombre?

—Usted prepare lo que le pido, gracias. —Di un par de pasos para ver los caballos que habitaban el lugar, y le pedí a Set que me acompañase.

Caminamos durante algo más de diez minutos para poder echar un simple vistazo a todas las cuadras que allí había. Más de doce caballos, y justo antes de llegar hasta el final, donde una cuadra el doble de grande ocupaba ese privilegiado sitio, Set me pidió que le acompañase para enseñarme el que era su preferido.

—Un momento, antes déjame que vea lo que hay ahí.

—No es nada, otro caballo sin más —me dijo estirando de mí.

Aquello fue extraño, se había mostrado distante hacia mí, no me había tocado en ningún momento antes, y ahora que yo quería conocer lo que escondía la última celda, él intentaba que no lo hiciera agarrándome por el brazo.

—Voy a ir a ver lo que hay en ese lugar, no trates de impedírmelo —dije mirándole enfadada.

—Pero señora, usted no debería...

Caminé unos pasos más hasta quedarme frente a la puerta, intuía que en su interior se escondía algo, y aquello hizo que creciera mi curiosidad.

Cuando abrí vi una yegua preciosa, negra, de un pelaje brillante, con una altura impactante, y sin pensarlo entré hasta poder tocarla.

—No debería de estar aquí. —Me sorprendió la voz de Oliver.

—Vaya, qué sorpresa, pensé que mi esposo se encontraba en tierras lejanas —protesté.

—Sal de ahí —ordenó.

—Sácame tú si es lo que quieres —repliqué.

Con un gesto de cabeza le pidió a Set que se marchase, y después volvió a pedirme que saliera. Vi como su frente se tornaba perlada por las gotas de sudor que crecían por segundos sobre su piel.

Miró al suelo, se encontraba al otro lado de una línea imaginaria que existía entre la cuadra y el pasillo, parecía que un muro de hierro se levantaba frente a él y le impedía entrar.

Cerró los ojos para más tarde abrirlos y respirar profundamente, levantó su pie con la clara intención de entrar, o al menos eso me pareció, pero volvió a depositarlo en el mismo lugar. Alzó su vista y me miró fijamente, y lo vi desarmado.

—Por favor, esto no es un juego, no toques al caballo, sal de ahí.

Me sentí terriblemente mal, y caminé hasta él para abandonar ese lugar prohibido que tanto le irritaba que yo pisara.

—Siento mucho haber entrado, no pensé que pudiera molestar tanto tocar un simple caballo —le dije mirándole al rostro para pedirle disculpas sinceras.

Endureció su mirada, y no reconocí a aquel hombre que tenía frente a mí.

—Este no es un simple caballo.

Desapareció de mi vista sin apenas darme cuenta.

Me quedé mirando al caballo desde fuera, preguntándome cual era el motivo por el que era inaccesible. Y por más motivos que él tuviese, no lograba comprender por qué se enfadaba tanto conmigo.

Además de que me sentía engañada, me había dicho que se iba a Escocia, que ese era el motivo de su salida, y ahora, solo unos días más tarde está aquí. No iba a permitir que me tratase como a una necia, que hiciera lo que le viniese en gana conmigo, y menos aún que disfrutase de mi compañía cuando él quisiera.

Capítulo 16

Distingmanor, Londres año 1818

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



—Lo ha encontrado, mi señor —¿A quien se refería mi sirvienta?

—Puede ser un poco más clara, no comprendo lo que trata de decirme —dije poniendo un pie en el suelo al descender de mi carruaje.

Llegué a Distingmanor en la mañana, había salido temprano para visitar a mi buen amigo Russell, el que todavía se encontraba convaleciente debido a aquel accidente en el partido de Polo.

Mi viaje a Escocia se vería retrasado, mi cabeza no se encontraba para tomar decisiones importantes, y en lugar de regresar a Grosvenor Square decidí instalarme en Distingmanor.

Que viniese tan rápido a mi encuentro la señora Marcia no hacía otra cosa que extrañarme, pues ella jamás se acercó a recibirme a no ser que fuese acompañado de mi madre.

—Su esposa está aquí, debería de verla, anda llena de barro con vestidos carísimos, está claro que no es digna de un ducado.

Sí, ella y mi madre se llevaban muy bien, demasiado. Y al parecer ya habían tenido tiempo de intercambiar impresiones acerca de Jane Lawson.

—¿Dónde? —le pregunté.

—En los establos. Cuando entré sostenía una pala entre sus manos, como si le gustase retirar toda esa mierda de caballo, ¡ay Dios Santo! —Marcia se santiguaba mientras decía aquello.

Al escuchar que estaba en los establos temí por su vida debido a su atrevimiento, así es que no me quedó más remedio que ir a su encuentro. De otra manera, yo me hubiese marchado sin ser visto, pues no quería que supiese que la había engañado ocupando Distingmanor mientras ella residía en Grosvenor Square. Y aunque con el tiempo se daría cuenta que mi lugar era este, y el suyo aquel, ahora lo fácil era esconderme.

Corrí hasta el establo, y cuando vi a Set a las puertas entendí que ella le había desobedecido, y que seguramente se encontraba con la bestia.

Corrí de nuevo, llegué hasta el final, y al verla junto a la yegua me paralicé. Respiré un par de veces para darle ritmo a mi corazón, el que latía desbocado, sentí miedo de que todo ocurriera de nuevo. Los fantasmas del pasado regresaron, y las imágenes de Georgina tirada sobre la hierba aquel día se clavaron en mi memoria otra vez.

—Sal de ahí —le pedí, y casi llego a suplicar.

Vi como su rostro se asustó, no sé si pudo ver en el mío todo ese terror que trataba de esconder, pero no podía permitir que nadie entrase ahí, y menos aún mi esposa.

Temí que su rebeldía no la dejase obrar con lógica, e incapaz de entrar a por ella esperé paciente a que saliera.

Una vez a salvo, me marché, salí de allí a toda prisa y me encerré en mi alcoba el resto del día.

Desperté con un nudo en la garganta, y si hubiese sido un sueño lo habría olvidado de forma rápida, pero aquellas palabras del sueño habían sido fruto de una realidad. Sí, fueron las palabras de Anne repitiendo que fuese con Jane, que me dejase amar, que me permitiese amar, que ya había sufrido demasiado, habían pasado más de cuatro años, y merecía vivir.

¿Pero cómo iba a hacerlo sin Georgina? ¿Quién era capaz de olvidar a la mujer de la que uno se enamora por primera vez, aunque nunca me hubiese atrevido a decírselo?

Precisamente aquel día, ese en el que me dirigía al campo, que pretendía hablarle de mis sueños, mis sueños junto a ella, ese día Dios eligió llevársela para él, privándome de ser feliz.

Levanté de mi cama con las ganas justas, pero debía de resolver algo, no podía seguir cerca de Jane, así es que me decidí a pedirle que se marchase de Distingmanor.

Cuando bajé al desayuno ella ya no estaba, el servicio me comunicó que Jane había madrugado, desayunado y que se encontraba en los establos.

Enfurecí al escucharlo, y me dirigí hasta allí para dejarle claro de una vez por todas que aquel no era su lugar, y que debía de marcharse cuanto antes.

Justo antes de entrar escuché unas risas sonoramente escandalosas, jamás había escuchado a alguien reír de aquella manera, así es que con paso precavido para no interrumpir nada, entré.

Set y Jane estaban llenos de excremento de caballo, y la risa parecía provenir de la caída de ella sobre una montaña tan alta que cubría sus ropas.

—Señor. —se formó Set tornando su rostro serio al momento.

—Relájate, muchacho, y ve a por unos trapos, creo que mi esposa necesitará limpiarse.

Jane giró su rostro una vez que Set abandonó el lugar y nos quedamos a solas.

—Debemos hablar —le dije para captar su atención.

Ella en cambio lo único que hizo fue intentar levantarse de aquella montaña sobre la que había caído. Falló en su intento resbalándose y salpicó un poco de defecación sobre mis zapatos.

—Deja de moverte o terminarás salpicándome entero —le pedí.

Me miró, entrecerró sus ojos, y después levantó un poco su cuerpo del suelo y se dejó caer con fuerza, pero esta vez logrando así mancharme desde la cabeza hasta los pies.

—¿Lo has hecho a propósito? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza, sus movimientos eran cortos y rápidos, y para mí que escondía una risa detrás de sus labios.

—¿Me ayudas a levantarme de aquí? —me preguntó estirando su brazo y ofreciéndome su mano. La que estaba toda cubierta de heces.

Di un paso corto para colocarme cerca de ella, y agarré su mano algo resbaladiza para que se pusiera en pie, pero con gran astucia dio una patada a uno de mis tobillos y estirando de mí hizo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo con ella.

—Veo que te divierte revolcarte sobre el fango —le dije furioso con las manos en alto evitando así mancharme más de lo que estaba.

—Me divierte cualquier situación que te haga enfadar, ¿todavía no te has dado cuenta?

La miré, estaba cerca, muy cerca. Sobre su bello rostro había dos gotas, cerca de su nariz, no comprendía como era que no le molestaba aquel olor. Y entonces caí en la cuenta de que aquello no era excremento, sino más bien barro. Estábamos cubiertos de barro.

Deposité mis manos en el suelo, después me acerqué un poco hasta su cuerpo, sabía que no podía huir, había resbalado una vez y lo continuaría haciendo si alguien no le ayudaba, así es que, la cogí por la nuca y la besé.

—No, no soy un juguete, no me tomarás cuando quieras y me dejarás olvidado cuando te canses. Dijiste que me respetarías, ¿lo recuerdas?

Se separó de mí arremetiéndome un empujón, y acepté que no se dejase besar, pero al instante fue ella quien se abalanzó sobre mi cuerpo.

Poco le importó que estuviésemos dentro de un barrizal, pues yo quedé tumbado sobre todo ese charco de color marrón, y ella besaba mi boca sin reparo alguno, después paseó sus manos por mi cuerpo intentando deshacerse de mi camisa, y fue ahí cuando intenté despojarla de sus ropas que me di cuenta de que vestía con pantalón y camisa y no con un vestido como acostumbraba a ver.

—Me desconciertas a cada poco —le dije entre besos.

—Hazme el amor de nuevo —jadeó.

Me detuve al escucharla.

—¿Crees que hemos hecho el amor en alguna ocasión? —pregunté sujetándola por los brazos.

—¿Has yacido con tantas mujeres que no recuerdas nuestro momento?

Me reí, su inocencia era casi increíble. Era tan rebelde la mayoría del tiempo que ahora me parecía cómica su ingenuidad.

—Jane, no te he hecho el amor todavía.

Al decirle aquello mi entrepierna creció imaginándome el momento en el que la tuviese desnuda bajo mi cuerpo, poseer a mi esposa se estaba volviendo algo difícil de evitar con el paso de los días.

—Entonces... lo del otro día... —Se tapó el rostro con ambas manos—. Me muero de vergüenza.

—¿Te gustó?

—No responderé esa pregunta, eres un atrevido.

—No he sido yo el que ha sacado tal tema.

Jane apretó sus labios y giro su rostro levantando así su barbilla, apoyó sus manos sobre el suelo y trató de levantarse de nuevo fallando otra vez en el intento. En cuanto cayó al suelo me coloqué sobre ella para evitar que se incorporase de nuevo.

—Apártate. —Me empujaba con sus delicadas manos.

—No. Pienso cumplir con mis obligaciones, además tú eres quien me lo ha pedido.

Vi como abría mucho los ojos, y su cuerpo se tensaba bajo el mío.

—Tengo miedo —susurró.

—Yo también —dije mientras la besaba.

La forma en la que me miraba era estremecedora, temblaba, su boca se mantenía cerrada. Me acerqué despacio a sus labios sin dejar de mirarla en ningún momento. El perfume de su piel todavía era reconocible, y al tenerla tan cerca de mí no pude evitar inhalar profundamente el olor de su piel.

Cuando nuestros labios se chocaron, sentí de nuevo un placer mayor al que jamás había sentido con ninguna mujer al tocarla. Mis labios se rozaban con los suyos, ella respiraba jadeante, después mi lengua lamió su boca para abrirse camino en el interior. Su lengua recibió a la mía con destreza, la intensidad de los besos crecía, y pasé mi brazo por debajo de ella para estrecharla aún más junto a mí, necesitaba sentirla más cerca, sí, necesitaba sentirla mía.

Jane revolvía mis cabellos, y en un momento colocó sus dos manos sobre mi cabeza obligándome a bajar mi boca por su cuello para más tarde, resbalar hasta sus pechos. Jadeó tan fuerte que mi abultado miembro me avisó de que estaba preparado, pero yo debía amarla al completo antes de aquello, tenía que hacerla sentir, debía de ser entregado al máximo.

Acaricié su piel bajo sus ropas, logré desanudar sus pantalones y meter mi mano en su interior. Su reacción fue instintiva, primero se encogió al notar mi mano, después se relajó al momento y abrió sus piernas para que mi mano pudiera acceder. Estaba húmeda, saqué un segundo mi mano para poder bajar un poco sus ropas, y Jane me la tomó para dirigirla a sus pechos, mientras que con su mano libre tocaba mi entrepierna.

Gemidos escapaban de mis labios, era delicioso, nunca habría imaginado que mi esposa se entregaría de aquella manera. Su mano rebelde buscaba tocar mi piel, y fue en ese instante cuando me quité todas las ropas que cubrían mi cuerpo para quedarme desnudo.

Jane me imitó y rápidamente cubrió sus intimidades con la ayuda de sus manos.

—No te tapes, eres preciosa.

Me recosté sobre ella con cuidado, besé sus labios con dulzura, le aparté un mechón de cabello que cubría parte de su rostro, necesitaba verla a cada poco para saber si disfrutaba tanto como yo. Y comencé a besar desde sus labios, bajando por su delicado cuello, cubriendo sus rosados pechos con más besos, y llegando al interior de sus muslos. Miré a sus ojos pidiendo que se relajase, y vi como acomodaba su cabeza apoyándola sobre el suelo de nuevo.

Lamí lentamente la piel de su muslo interior, su piel me quemaba, estaba ardiendo, con una

de mis manos jugué con su sexo, y mientras tanto regresé a su boca para aplacar mi deseo incontrolable.

Jane gemía con cada roce de mis dedos, curvaba su espalda arqueándose de manera excitante ante mis ojos. Mi deseo creció tanto que fue incontrolable no colocarme sobre ella y acariciar su pubis con mi pene.

Jane se asustó al notar aquello y yo le susurré al oído que iba a ser delicado.

Abrió sus piernas con la ayuda de mis manos, introduje antes mis dedos para humedecerla, y más tarde coloqué mi miembro en la entrada de su vagina para ir empujando suavemente hasta notar su placer.

—No te detengas —pidió.

—Tranquila, continúa relajada.

Saqué mi pene hinchado y erecto de su interior para de nuevo abrirme camino con la ayuda de mis dedos, pero Jane negó con su cabeza y agarrándolo entre su mano lo introdujo en su interior.

Aquello hizo que mi piel se erizara desde la nuca hasta las piernas, y sin hacerla esperar comencé a entrar y salir de manera suave en su cuerpo.

Sus gemidos se volvían melodías para mis oídos, sus movimientos eran placenteros, y el placer que estaba experimentando era casi irreconocible.

Jane besaba mis labios, mordisqueaba mi boca, y pasaba sus manos por mi espalda con intensidad. Aquel placer se convirtió en el mayor de las culminaciones de todos mis encuentros sexuales. Jane gritó al llegar al éxtasis, y después de ella fui yo.

Capítulo 17

Distingmanor, Londres año 1818

Jane Lawson



Estaba confundida. Acababa de hacer el amor con mi esposo, y yo había sido la que lo había buscado. ¿Por qué? ¿Si lo único que conseguía de él era su indiferencia? Ahora además de abandonarme cuando quisiera, también me tomaría cuando le apeteciera.

Todavía tumbada sobre el fango de las cuadras, Oliver había cubierto mi cuerpo con su camisa y sujetaba mi mano con la suya.

—Jane, debes marcharte de aquí —dijo mirando hacia el final de los establos, donde por casualidad se encontraba aquella yegua prohibida.

—Pero, pensaba que esto nos convertía en un matrimonio por completo.

Me sentí ridícula diciendo aquello.

—¿Esto? No, tú lo deseabas, yo solo he cumplido con mis obligaciones como esposo, ¿recuerdas? —Continuó hablando sin mirarme.

—No debes de preocuparte más por mí, mañana a primera hora marcharé de aquí y prometo no regresar jamás.

Traté de incorporarme para vestirme y marcharme, pero el fango a pesar de estar un poco más seco, todavía resbalaba.

Oliver se puso frente a mí de pie para darme su mano. Aún estaba desnudo, y era increíble poder ver su cuerpo musculado desde tan cerca.

—Te ayudaré a levantar, pero esta vez no me tires. —Sonrió.

Era un hombre un tanto extraño, acababa de pedirme que me marchase de su lado, y ahora sonreía como si nada.

Acepté su mano, levanté del suelo, tomé mis ropas y me las coloqué. Estaban muy sucias, pero no más que su conciencia seguramente.

Salí de allí sin dirigir palabra alguna, y me encerré en mi alcoba por el resto del día. El servicio subió mi comida, y aquello hizo que todo fuese más fácil hasta que llegase la hora de marcharme.

La noche estuvo llena de pesadillas, aunque las hubiese llamado de otra forma si lo nuestro no hubiera terminado como ocurrió. Él era el protagonista de aquellos sueños, y en cada una de las imágenes que recuerdo, yacíamos en la cama una y otra vez, desbordando pasión, amándonos

y disfrutando igual o más que en la vida real.

Después de prepararme para el viaje, descendí por las escaleras con la esperanza de no verle en la casa, era grande y no era necesario. Pero no tuve la suerte, aunque él a mí no me vio. Se dirigía a los establos y me invadió la envidia, recordé aquellos momentos en los que cabalgaba sobre Black, y una lágrima resbaló por mi mejilla al sentir lo mismo que cuando él se marchó. ¿Le había cogido cariño a Oliver en tan poco tiempo? Era cierto que me exasperaba a cada poco, pero aparte de la lujuria que me hacía sentir, aparte de eso, había poco más en común entre nosotros. Creí que sería fácil enamorarme de mi esposo, pero no solo la belleza es lo que importa. Y él además de eso, no poseía mucho más.

Un año lleno de viajes a Escocia, aquel lugar que me ayudaba a poder mantener la distancia con mi esposa, la que decidí abandonar aquel mismo día que se entregó a mí.

Capítulo 18

Distingmanor, Londres año 1819

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



El día que prometí no volver a enamorarme juré por mi vida que si sentía algo parecido por alguna mujer, pondría tierra de por medio. Y ahora está ocurriendo, deseo tenerla cerca, deseo oler su piel, deseo volver a ver su rostro, su expresión altiva, su mirada descarada, escuchar su voz incansable cuando discute, y deseo cuidarla y protegerla para que nunca le ocurra nada. Pero hice una promesa y debo cumplirla, porque sé que de esa manera estará a salvo.

—Señor, su caballo está preparado —anunció el criado.

El joven se marchaba cuando hice que se detuviera al carraspear levemente.

—Un momento, necesito que me digas algo.

—Lo que usted necesite, mi señor.

—¿Por qué mi esposa estaba contigo aquel día en las cuadras? ¿Fue ella por su voluntad, o tú la hiciste llegar hasta allí?

—No, mi señor, Jane..., perdone, su esposa llegó allí porque ama a los caballos, me contó que tenía uno pero que su familia no podía mantenerlo, y si le llamó la atención la yegua —miró al suelo—, ya sabe, señor...

—Continúa —le pedí.

—El caballo de su niñez era igual —reveló Set.

—Puedes marcharte.

Salí de los establos montado sobre mi caballo, iba al paso, necesitaba despejarme, había tomado una decisión y no me estaba resultando fácil. Acababa de regresar de las tierras altas de Escocia, solo llevaba en Londres un día y se me hacía insoportable no acercarme hasta ella, saber en qué ocupaba su tiempo...

Recuerdo como si fuese ayer mismo sus últimas palabras antes de marcharse. Jane venía con paso decidido hasta mí, y detuve mi caballo para desmontar.

—No es preciso que bajes, lo que vengo a decirte no precisa de respuesta.

—¿Estás bien? —La notaba alterada y le pregunté.

—Debes saber que si para ti no cambia nada el hecho de haberme hecho tuya, haberme poseído, besado, y más tarde avergonzado pidiéndome que me aleje de tu lado —Respiró fuerte haciendo llenar sus pulmones, apretó sus puños y también sus labios—, para mí tú tampoco

significas nada. Te desprecio —sentenció aquel día.

—Y tú no me gustas. —Solo alcancé a decirle aquello tan falso.

—Tú nunca me gustaste.

Mentí, mentí, me gustó desde el primer día que la vi, me gustó su voz la primera vez que la escuché, y me impresionó su personalidad nada más conocer a mi madre. Jane Lawson era distinta, era una mujer increíble, pero no podía amarla, creí que no podía amarla.

Estiré de los estribos del caballo y di media vuelta dejándola sola en mitad del cercado. Cuando me encontraba bien lejos giré mi cabeza para asegurarme de que se marchaba, pero aún permanecía parada, en el mismo lugar donde la había dejado, mirándome con sus puños cerrados.

Se me encoge algo dentro cuando pienso en todo el dolor que causé.

Capítulo 19

Grosvenor Square, Londres año 1819

Jane Lawson



Dejé escapar de nuevo otro suspiro crispado y continué caminando sobre la hierba fresca del jardín de la casa de Londres, mi casa sin duque por más de un año ya.

Mi única intención era llevar una vida de lo más relajada después de lo ocurrido atrás en Distingmanor con mi esposo, pero a cada segundo que Oliver Loockwood se me venía a la cabeza, la rabia, la ira, y la impotencia se cernían sobre mí como las nubes en los cielos más cubiertos.

Las malas lenguas de Londres ya habían empezado a hablar de nuestro absurdo matrimonio, así era como lo llamaban, porque cuando se dirigían a mí, era para llamarme el fantasma de la esposa del duque libertino. Por ese motivo los días estaban siendo realmente difíciles fuera de mi casa.

—Buenas tardes —escuché la voz del hijo del duque de Livingston, intenté ignorarle, pero el volvió a saludar.

Alcé la barbilla para mirar por encima de la verja, y observé como asomaba su cabeza también.

—Un día maravilloso para disfrutar de una buena lectura en el jardín, ¿no cree? —Quise sonar ocupada.

—Mucho mejor para montar a caballo, ¿no opina lo mismo? —Captó mi atención.

Estaba decidida a no volver a hablar con él el resto de mis días. Estuvo muy mal aquello de apretar mi muñeca para impedir que me marchase, pero el día estaba resultando complicado, y montar sobre un caballo era lo único que cambiaría aquello.

En pocas ocasiones nos habíamos cruzado después de que yo regresara a Grosvenor Square, incluso evitaba ver a los Livingston para que Anne no pronunciase más palabra alguna acerca del bueno de Oliver.

—Ha leído mis pensamientos, ¿Posee caballos para tal esparcimiento?

—Acompañeme, mi lacayo nos llevará hasta la finca de mi padre.

Acepté de inmediato, hice llamar a mi sirvienta para comunicarle que me ausentaría durante todo el día, y regresaría tarde. No comuniqué a nadie con quien ni a donde marchaba, pues de nombrar a Percival Livingston alguien podría arruinarme el día.

Percival esperaba con su carro frente a mi puerta, abrió la cochera para que accediera al

interior y yo con una leve inclinación de cabeza ofrecí mi mano para que me ayudase a acomodarme.

—Es usted una mujer increíble, Oliver se empeña en dejarla a solas durante demasiado tiempo. —Al pronunciar sus palabras noté también como se acercaba un poco más a mí.

—No es un inconveniente, sé cuidar de mí misma, además mi esposo debe ocuparse de sus negocios.

—Insisto en que Oliver es muy afortunado.

Ignoré lo que dijo para disfrutar del camino, y lo hubiese hecho de mayor agrado que Percival Livingston ocupara sus manos en otro entretenimiento que no fuesen mis cabellos.

—Disculpe, me mareo con facilidad sentada en esta dirección —dije y me moví al cojín situado frente a nosotros.

—Jamás había escuchado que nadie se marease yendo al sentido de la marcha, ¡qué descubrimiento! —Posó su mirada en mí y me resultó un tanto estremecedora.

—Y dígame, ¿tiene la finca su padre muy lejos?

—¿Tiene prisa por llegar, señorita?

—Señora, recuerde que soy la duquesa de Summerfield.

—Oh, qué despiste, discúlpeme.

Aquel trayecto se estaba volviendo demasiado incómodo, así es que aparté la mirada de él y la dirigí a la ventana.

Al fin, después de diez eternos minutos el carro se detuvo, y yo respiré tranquila.

—Ya hemos llegado —dijo levantándose del asiento y saliendo él primero para después ofrecerme su mano y bajar del carro.

—Esto es precioso, había visto lugares mágicos antes, pero ninguno como este. ¿Es todo suyo? —le pregunté.

—Sí, y también podría haberlo sido... —se detuvo antes de terminar de hablar.

—Vayamos a montar, eso es a lo que hemos venido, ¿no?

Percival despidió al lacayo y este se marchó dejándonos allí. Al poco me ofreció tomar algo refrescante antes de ir por los caballos y yo acepté de buen gusto.

Al entrar a la gran casa, la ausencia de personal me llamó la atención, y fue cuando comencé a preocuparme, pues estábamos solos allí, él y yo. No era correcto que una mujer casada y un hombre soltero se encontrasen en un lugar como aquel, solos, en medio de la nada.

Me retiré la rebeca que mantenía sobre mis hombros y la dejé sobre un perchero en la entrada de la casa.

—¿El servicio? —pregunté mientras caminaba con pasos precavidos detrás de él.

—Estamos solos —pronunció volviéndose hacia mí, y no estoy segura, pero me pareció que dibujaba una leve sonrisa en su rostro.

—Qué extraño, un lugar tan grande sin servicio, ¿quién se ocupa de los caballos?

—Yo, ese es mi cometido aquí, soy domador de caballos, mi negocio es este. Crio caballos, los domo, los vendo, es mi sustento desde que mi padre me retiró la asignación.

—Oh, qué interesante, no puedo imaginar un trabajo mejor.

—Elegiste mal, Jane.

Ya no pude evitar por más tiempo la crispación que me provocaban sus palabras además de no tener sentido nada de lo que decía.

—Discúlpame Percival, creo que no estoy entendiendo nada de lo que dices.

—Oh, al fin nos dejamos las cordialidades a un lado. —Abrió la puerta que debía de pertenecer a una cocina, aunque imaginé que había lucido diferente en sus mejores tiempos—. Pasa pasa, no te quedes ahí parada.

Me dio reparo entrar en aquella estancia, todo estaba sucio, había restos de comida por el suelo, y no olía mucho mejor de lo que mostraba. ¿Cómo se le ocurrió traerme aquí?

—Si no te importa, sería mejor ir a por los caballos —dije dando un paso atrás.

—No es mejor el lugar de dónde vienes.

Se puso recto, estiró con fuerza del borde de su chaleco, y alzo la barbilla para mirarme con arrogancia.

—Mi casa jamás estuvo deshabitada, éramos pobres, sí, pero allí vivían personas, aquí en cambio parece que jamás lo ha hecho nadie.

—¿Es probable que haberte convertido en la esposa de Oliver te ha cambiado tanto, hasta tal punto de repudiar a los de tu estirpe? Parece que te ha dado tiempo para acostumbrarte a las comodidades de la nobleza por lo que veo.

—Mira, no sé qué pretendes trayéndome hasta aquí y hablándome de esta manera, soy una mujer paciente, así es que haz llamar a tu lacayo y llévame de regreso a mi casa.

Percival se carcajeó, después moduló su voz hasta volverla en un murmullo apenas audible.

—No vas a dejarme, tuviste la oportunidad de ser mi esposa por las buenas, pero me rechazaste, preferiste al duque de Summerfield, aunque él sea un libertino, aunque no pueda amar a nadie. Porque, ya sabrás que mi hermanastra fue ese amor que le dejó roto el corazón...

—¡Silencio! No te atrevas a hablar así de Oliver, es un hombre que me respeta, y estoy segura de que amaba mucho a Georgina.

—Sí, la amaba, tanto como yo también lo hacía. No puedes imaginar lo difícil que me resultaba verlos juntos, ver como él podía disfrutar de su compañía y yo no, y todo porque mi padre tuvo que casarse con su madre. ¡No es justo! —gritó.

Contuve el aliento, y miré lo que su cuerpo trataba de decirme, y en este momento temí por mi vida. Sus manos estaban completamente abiertas, no movía sus piernas, y las fosas nasales las abría para respirar, imaginé a su corazón haciendo un esfuerzo titánico por permanecer dentro de su pecho.

Sin pensarlo dos veces corrí en dirección a la puerta sin mirar atrás, debía escapar,

esconderme, alejarme de él.

—¿Jane? —pronunció calmado—, ¿por qué te vas, te has asustado?

Estaba loco, enfermo. Salí de la casa gritando, pidiendo auxilio, pero allí no había nadie. Cuando estaba bien lejos de él giré mi cuello para averiguar si me perseguía, y lo vi en el umbral de la entrada, quieto, con los brazos cruzados, mirándome. Su tranquilidad me aterrorizó.

Capítulo 20

Distingmanor, Londres año 1819

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



Me miré de nuevo en el espejo que mi madre había mandado colocar en la entrada de su casa tras la muerte de mi padre, ella hablaba de que la belleza y la educación eran los atributos que una dama jamás debería perder. Todo parecía estar igual, mi cabello, mis ropas, no había cambiado nada de mi apariencia física después de un año, en cambio, algo notaba que era diferente.

En mi interior algo estaba roto, o al menos resquebrajado, sentía dolor, no podía olvidar ni un segundo que Jane era mi esposa, y por más que mi promesa me obligase a alejarme de ella, mi corazón me pedía a gritos que fuera a buscarla.

—Por fin actúas como debes, hijo, ahora lo único que puedes hacer es soportar tu matrimonio. —Mamá se dejó caer en el sillón que acostumbraba a utilizar mi padre para la lectura.

—¿Y si le pidiese perdón por tratarla de forma descortés? ¿Una mujer puede perdonar y amar al hombre que no la ha respetado? —le pregunté mientras caminaba por la sala y ojeaba los libros de mi padre que descansaban intactos en sus estanterías tras su muerte.

—Eres tan soñador como lo era tu padre, una lástima. Él siempre quiso que su hijo sintiera el amor de verdad, que lograra formar una familia y que fuese feliz. Imagino que la lectura le nubló el juicio.

—Madre, yo —Tomé un libro entre mis manos y apreté con fuerza las tapas de este—, yo he amado a una mujer.

—No, cielo, aquello fue una ilusión de niños, dos jóvenes jugando a ser mayores. —Mi madre se carcajeó fríamente—. Cuando Georgina falleció todos sufrimos su marcha, además si crees que ella era el amor de tu vida, para ella tú no lo debías de ser, sino, ¿por qué se marchó aquella mañana con el joven Percival? Todos sabíamos que él iba detrás de ella desde que la conoció. Quizá a ella también le gustaba él. ¡Qué extraño hubiese sido todo! Eran hermanastros.

Mi madre era una mujer entrometida, indiscreta, y chismosa, pero pocas veces se inventaba nada. Al decir que Percival salió con Georgina aquel día yo me estremecí, porque de alguna manera sabía que él la perseguía, lo que nunca se dijo fue que ellos estuvieron juntos el día de su muerte.

—Madre, ¿Cómo sabe que el cerdo de Percival estuvo con —Me costaba pronunciar su nombre—, Georgina?

—Yo misma los vi salir de la casa de enfrente y subirse a un carro juntos ¿cómo si no iba a llegar ella hasta la finca del duque de Livingston?

—¿Y por qué no le dijo lo que vio a los investigadores cuando preguntaron? —La agarré por los hombros mientras miraba sus ojos.

—A mí no me gusta meterme en los asuntos de nadie.

Saqué todo el aire que tenía en mis pulmones y apreté mi mandíbula conteniendo la rabia.

Salí de allí escuchando a mi madre pedir perdón por haber callado aquella información, pero ahora ya no servía de nada, y aunque Georgina ya estaba muerta, pensaba pedir explicaciones al mezquino de Percival ahora mismo.

Alcé la mano al lacayo que aguardaba en el carro, rápidamente se puso en marcha y yo no esperé a que frenase para subirme al interior y pedirle que me llevara con apremio a la casa de Londres. El buen hombre pudo ver mi impaciencia y se alejó del lugar haciendo que los caballos galoparan a la velocidad máxima.

A mi llegada a Grosvenor Square, aporreé la puerta majestuosa de la casa de los Livingston con el fin de poder averiguar de boca del despreciable de Percival qué era lo que hacía él con Georgina aquel día, pero no fue con él con quién me encontré.

—Oliver, pareces cansado —dijo Anne.

—Es urgente, necesito hablar con tu hijastro.

—No se encuentra aquí, pero pasa, toma asiento y hablemos.

Agradecí su calma y pasé hasta el interior de la casa, Anne me abrazó cuando se cerró la puerta y yo dejé salir las lágrimas que aguardaban para salir desde hacía mucho tiempo. Brotaban directamente desde dentro de mi corazón, la echaba tanto de menos, que estaba convencido de que aquello era el amor verdadero, y ahora que Jane había aparecido en mi vida, me surgían dudas de si realmente estaba equivocado y mi madre tenía razón.

Más tarde me ocuparía de ello, pero ahora tenía que tratar algo muy importante.

Tomé fuerzas como pude, y al fin le hice la pregunta.

—Anne, no sé cómo preguntar esto. —Me aparté de sus brazos, y tomé su mano entre las mías.

—Adelante, hijo, puedes hacer las preguntas que desees, sabes que jamás te ocultaría nada.

Ella me miraba con una mirada sincera, una paz en su interior que transmitía tranquilidad, y una voz melodiosa.

—¿Qué ocurrió el día que tu hija... —De nuevo era imposible pronunciar en la misma frase su nombre y la palabra muerte—, ... se fue?

—Oliver, ya lo sabes todo, Georgina se marchó a montar aquel día y nunca pudo regresar —Anne se volvió triste, y a mí me dolió tener que ser yo quien la obligara a recordar.

—¿Cómo pudo llegar ella sola a la finca Livingston? ¿Estás segura de que nadie la acompañó? ¿Qué dijo el lacayo?

Anne se cubrió la boca con sus manos, abrió exageradamente sus ojos, y me miró con pánico.

—No puede ser, Oliver, no me digas que has averiguado algo, no me digas que no fue un

accidente, Oliver Oliver... —Anne, se colocó la mano en el pecho y la ayudé a sentarse.

—Anne, necesito que me digas donde está Percival, ¿dejó algún recado de donde iba? ¿Hay manera de comunicarse con él?

Anne solo me miraba, no hablaba. Vociferé para que las sirvientas se ocupasen de ella, debían de llamar a un doctor para que la atendiera.

—¿Qué está pasando? —El duque de Livingston acababa de entrar en la salita.

—Su esposa necesita un doctor, y las sirvientas fueron a buscarlo, pero usted quizá sepa donde se encuentra su hijo.

Al duque se le escapó un bufido.

—Debí de haberle echado, ese malnacido solo hace que meterse en problemas, qué es lo que ha hecho ahora, dígamelo, deme un solo motivo para que actúe.

—Señor, solo necesito hablar con él, pero nadie parece saber dónde está.

—Hace años le retiré la asignación, se busca la vida para pagar sus vicios, y al parecer no son pocos.

—¿No sabe ni tiene la menor idea de donde puede pasar el tiempo cuando sale de aquí?

—Sí, es posible que esté ocupando la casa abandonada de la finca. Tal vez allí, tal vez no, no se me ocurre otro lugar.

Capítulo 21

Propiedad de los Livingston, Londres año 1819

Jane Lawson



Corrí a esconderme con los animales, mi única esperanza era que alguien me echase de menos cuanto antes y que me buscasen por toda Londres. Algo casi imposible, porque mi tía creía que había regresado a Grosvenor Square, Eliza y su esposo disfrutaban de su pequeño recién nacido, y Emma con sus estúpidos intereses en medicina parecía que todo lo demás carecía de importancia. Sin mencionar a mi esposo, Oliver Loockwood, quien me había obligado hacía más de un año a abandonar el mismo lugar donde él residía, así es que aunque se enterase de mi desaparición jamás me buscaría.

Al entrar en el establo un pestilente hedor me nubló la vista. Aquel lugar debía de llevar sin limpiar cerca de un siglo, porque las moscas habitaban el lugar como si fueran las reinas.

Era enorme, un gran cobertizo para dedicarlo a la cría de equinos, si no fuera porque estaba vacío, solo había tres caballos, y a juzgar por su apariencia no parecían estar en sus mejores años.

Caminé con cuidado de no caer, hacer ruido o dañarme. El lugar estaba repleto de heces, bidones con agua estancada...

Al fondo pude ver una puerta pequeña que daba paso a un pequeño habitáculo, pensé que allí guardarían las herramientas, y tras pasé la puerta para ver si podía esconderme.

Estaba oscuro, no se veía nada, las paredes estaban cubiertas con maderas, y una ventana que comunicaba con el exterior parecía tener una manta clavada en sus marcos evitando así que la luz exterior inundase el lugar.

No me interesaba arrancarla, pues me podría ver desde fuera, pero sí que estiré de una esquina inferior para que entrara luz suficiente y poder esconderme mejor.

Al reflejarse los escasos rayos del sol en el cristal, pude ver lo que se escondía en aquel cuartucho. Había prendas de ropas de mujer. Muchos guantes, calcetines, incluso algún zapato. No entendí aquello, ¿acaso alguien había encontrado todas esas cosas y las guardaban allí?

Después me cubrí la boca al pensar que todo lo que veían mis ojos pertenecía a mujeres diferentes.

—Jaaaneeeee... —La voz de Percival me hizo saltar en el sitio.

Sabía que estaba allí, me había visto entrar en el establo, estaba perdida, en pocos minutos me encontraría, y realmente no sabía lo que quería de mí, pero algo en mi interior me decía que no era bueno.

Agarré entre mis manos un palo, y lejos de esconderme como un gusano, salí para

enfrentarme a él.

—¿Te crees muy valiente arrinconándome? No te tengo miedo —le dije temblando.

—No es miedo lo que deseo que sientas. —Sonreía, estaba tan cerca de mí que podía ver su expresión a la perfección.

—Vete ahora mismo, mi esposo te dará tu merecido cuando se entere de lo que has hecho.

—¿Oliver? A él no le importas, a él solo le importaba Georgina, ¿aún no te das cuenta de que estás aquí sola, y que no va a venir a rescatarte? —Sacó un cuchillo mientras caminaba.

—No dudaré en pegarte con esto si continuas acercándote. —Levanté el palo para que lo viese bien.

—Inténtalo, juguemos a eso. Si tú me golpeas lograrás tiempo para salir de aquí. En cambio, si soy yo quien gana, te despojaré de tus ropas y jugaremos a mi juego.

Miedo, angustia y rabia. Todas esas cosas empezaba a sentir, y lo último, por no ser fuerte y grande y poder enfrentarme a él con esperanzas de ganar.

Fui quitándome los zapatos poco a poco para salir corriendo, él seguía caminando hacia mí, y en su rostro se dibujaba una sonrisa cada vez más grande.

Cuando ya estaba a tan solo pocos pasos salí corriendo con el palo en mis manos, y al pasar por su lado traté de golpearle sin suerte.

Percival se reía desde su posición, detenido, sin correr detrás de mí, solo mirándome. Y al llegar a la puerta me di cuenta de su calma, había cerrado las puertas colocando un gran candado entre los maderos.

—Eres un tramposo, si te hubiese golpeado no habría podido escapar —le dije sollozando.

—Me estoy cansando de perseguirte, y cuando me canso, me enfado, ¿quieres verme enfadado?

Miré a todas partes, pero nada allí me indicaba que pudiese ayudarme a escapar, había una herramienta grande, seguro que golpeando con ella el candado lograría abrirlo, pero parecía tan pesada que dudo que pudiese levantarla poco más de unos dedos del suelo.

De repente uno de los caballos relinchó, no recordaba donde era que los había visto, y aproveché que todavía estaba bien lejos de mí Percival para correr a buscarlo.

Ahí estaba, no parecía demasiado fuerte como para derribar ninguna puerta, así es que tan solo quedaba intentar que el caballo lo patease.

Monté a los lomos del equino, no había tiempo para colocarle una silla, y menos aún las riendas, y acariciando el cuello del animal le inducí para que saliera de su cuadra, pero él se daba la vuelta todo el tiempo, era como si no quisiera salir, como si le diese miedo hacerlo.

De nuevo perdí la esperanza, Percival cantaba mientras se acercaba hasta mí, tarareaba una canción como si hubiese perdido la cabeza.

—Veo que has encontrado a mi caballo, él me ayudó aquel día a llegar hasta mi hermanastra, y como ves, vuelve a serme fiel. —Me erizó la piel escucharle decir eso sobre su hermanastra.

—¿Qué fue lo que le hiciste? —Yo aún estaba subida al caballo, y este se negaba a darse la vuelta, con lo cual no podía verle el rostro, ni adelantarme a ninguno de sus movimientos.

—No puedes hacerte la idea de lo que uno sufre cuando lo desprecian, ella lo hacía continuamente, solo tenía palabras agradables para Looockwood, en cambio para mí, nada, ¡Nada! —gritó.

—¿Por qué deseas hacerme daño a mí? —Lloré.

—Ah, eso. Verás, tú no me has hecho nada, ni tan si quiera parecía que supieses que yo deseaba tu mano, pero es la mejor manera de vengarme de Oliver. Le arrebataré a las dos mujeres de su vida.

—Ya sabes que yo no le importo, me ha abandonado, no desea mi compañía, no le importará lo que hagas conmigo. Tú mismo lo dijiste. —No conseguía detener mi llanto.

—Londres lo hundirá, la otra vez nadie supo qué relación tenía con ella, ahora todos sabrán que el duque no cuidó de su esposa.

Capítulo 22

Propiedad de los Livingston, Londres año 1819

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



Al llegar a las tierras de Livingston me di cuenta de que aquel lugar estaba casi abandonado, nadie salió a mi recibimiento, ningún sirviente apareció mientras yo caminaba hasta la entrada de la casa, y a juzgar por su apariencia, tampoco nadie se ocupaba de mantener los jardines del exterior, pues todo parecía bien distinto a cuando la hija de Anne aún vivía.

—Percival, sal de tu escondite —vociferé al entrar en la casa.

La puerta se encontraba abierta, y eso no me dio tranquilidad. Volví a gritar su nombre, y al salir pude ver una prenda de ropa colgada de un perchero de la entrada. Hubiese jurado que pertenecía a Jane, pero, ¿qué posibilidades habían para que aquello fuera cierto?

Corrí de nuevo al exterior, y ahora grité también el nombre de ella, si estaba allí con él, corría peligro, y ella quizá aún no lo sabía.

Había sido un necio, yo tenía la culpa de todo, con mi indiferencia la había arrojado a los brazos de Percival, dejándola sola la animaba a que otras personas ocupasen un lugar cercano a ella.

A lo lejos pude ver como la construcción del establo aún se mantenía en pie. Hace unos años que ya necesitaba un mantenimiento, pero al ser abandonado todo estaba mucho peor que antes.

Caminé a paso decidido, no había tiempo que perder. Cuando llegué a las puertas, intenté abrirlas, pero algo lo impedía, estaban cerradas desde su interior, entre las maderas se veía una cadena de hierro.

—Percival, sé que estás ahí dentro, da la cara, enfréntate a mí, sé un hombre.

No dejaba de gritarle para conseguir que me escuchara y provocarle.

—¿Sabes por qué Georgina me eligió a mí? —Gritaba mientras rodeaba el cobertizo con la esperanza de poder ver a través de alguna de sus paredes. Buscaba una abertura entre las maderas podridas, algún agujero, algo que me sirviese de entrada.

—¡Oliver!

Quedé paralizado al escuchar su voz. Jane estaba dentro, el cerdo de Percival había tenido el suficiente valor para llevársela con él.

—Si le haces daño juro por mi vida que no descansaré hasta matarte.

—Oliver, está loco, ayúdame, tiene...

Jane gritaba entre sollozos, no lograba entender bien lo que decía.

Di la vuelta completa al cobertizo, y en el último tramo pude ver dos maderas rotas, era posible que en el pasado algún ladronzuelo hubiese querido entrar por ahí para ver si podía llevarse algo.

No dudé y me remangué las mangas de la camisa, me incliné un poco y con un gran esfuerzo atravesé los maderos arañando mi espalda con las astillas que sobresalían.

El establo se cernía ante mí. Una sensación de urgencia me impulsó a correr hacia la puerta de madera. La voz de Jane parecía que había salido de aquella parte. Sabía que Jane estaba allí, y la sola idea de que Percival Livingston pudiera hacerle daño me llenaba de una furia y una audacia inquebrantable.

Me acerqué con cuidado, sostenía una lámpara de aceite que encontré clavada en una viga y no dudé en encenderla, arrojaba una luz tenue y oscilante sobre el heno y las vigas de madera. En el interior, el aire olía a heno y a estiércol de caballos, una mezcla angustiada.

A la luz vacilante, vi a Percival de espaldas a mí, inclinado sobre Jane, que yacía en el suelo con sus manos atadas. Mi corazón se apretó en mi pecho al verla así. Sin pensar, levanté la lámpara de aceite y grité.

—¡Aléjate de ella, Percival!

Percival se giró lentamente con una sonrisa malévola en su rostro.

—Oliver, siempre tan predecible —dijo con desdén.

No podía permitir que sus palabras me disuadieran. Con un movimiento rápido y desesperado, lancé la lámpara hacia él. Al impactar contra el suelo, la lámpara se rompió, esparciendo aceite ardiente que prendió en llamas al instante.

El fuego comenzó a extenderse rápidamente, trepando por las paredes de madera y envolviendo el heno seco. Percival aprovechó la distracción para abalanzarse sobre mí.

Luchamos ferozmente, rodando por el suelo mientras el calor de las llamas aumentaba a nuestro alrededor. Con una fuerza impulsada por la desesperación, logré derribar a Percival. Pero antes de que pudiera inmovilizarlo, él se liberó y corrió hacia la puerta.

—Nos veremos de nuevo, Oliver —dijo con voz llena de una frialdad escalofriante, mientras sacaba una llave de su bolsillo y desbloqueaba el candado de la puerta.

Con un último vistazo despectivo, se escabulló.

El fuego se estaba propagando con rapidez. Ignorando el humo y el calor abrasador, me dirigí hacia Jane. La levanté con cuidado.

—Jane, aguanta —le susurré, esperando que pudiera oírme a través del estruendo de las llamas.

Con un último esfuerzo la llevé fuera del establo justo cuando las llamas comenzaban a consumir la estructura por completo. Caímos al suelo, jadeando y tosiendo mientras el establo se derrumbaba en una masa de fuego y humo detrás de nosotros.

A través de la niebla de mi visión vi a Jane abrir los ojos.

Capítulo 23

Grosvenor Square, Londres año 1819

Jane Lawson



El chirriante sonido de una puerta al abrirse hizo que me despertara. ¿Dónde estaba? ¿Qué me había ocurrido? No podía hablar, mi garganta, me dolía como si me hubiese tragado un cuchillo.

Fui a colocarme la mano en el cuello, pero algo me lo impedía. Apenas tenía fuerzas para mover la cabeza y mirar al otro lado de la habitación.

Escuchaba susurros todo el tiempo, era como si no se dieran cuenta de que estaba allí.

Saqué todas las fuerzas que pude y las reuní para intentar incorporarme en la cama. De repente unos brazos fuertes me retuvieron.

—¡Está consciente!, ha despertado, llamar al doctor, ¡rápido! —Era inconfundible su voz. Oliver estaba junto a mí.

—Jane Jane, qué alegría ver tus ojos de nuevo. —Emma estaba también a mi lado.

—¡Sabía que me darías problemas, siempre tan decidida! —La tía Rose en el fondo se alegraba de verme, pero ella debía continuar con su exageración como era lo habitual.

—Necesita descansar, la estamos alterando. —Emma me abrazó después de decir aquello y hacer salir al resto, dejándome a solas con mi esposo.

Se acercó hasta mi rostro, y vi como reprimía sus lágrimas, después fue a por una silla y la colocó cerca de mí, tanto que sus rodillas golpearon la cama.

Buscó mi mano y la cogió entre las suyas, eso hizo que yo abriese mucho los ojos, ahora mismo no sabía en qué momento nos encontrábamos.

—Lo siento, todo esto es por mi culpa.

La verdad es que era cierto, si no lo hubiese conocido, jamás me encontraría en aquella cama. Es por su culpa, por el odio acumulado que el señor Percival le tenía a Oliver era que yo me encontraba en aquella situación.

Asentí con la cabeza, sí, le daba la razón, él era el culpable.

—No sé como podré arreglarlo, me temo que el sufrimiento no puedo borrarlo de tu memoria, y además a Percival no conseguí atraparlo.

Cerré los ojos, me hubiese gustado poder decirle lo que sentía en aquel momento, pero me costaba mucho poder pronunciar una palabra. Hice un intento, pero cesé en el empeño.

—No lo intentes, el humo que respiraste dentro del cobertizo hizo que tu garganta sufriese,

es mejor que no digas nada.

La puerta de la alcoba se abrió y un elegante caballero se acercó hasta mi cama. Con una de sus manos se retiró las lentes que se apoyaban en la punta de su nariz y mostrando una gran sonrisa en su rostro le pidió a Oliver que me dejase descansar.

—Lo siento, me temo que ya ha tenido demasiada estimulación por hoy, debe descansar.

—Pero, no quiero dejarla sola, ¿si necesita algo, como lo sabremos? —Oliver se negaba a marcharse.

—Una enfermera acompañará a su esposa en todo momento. Además a usted tampoco le vendría nada mal estirar esa espalda, lleva dos días sentado en esa espantosa silla sin abandonar la alcoba.

¿De verdad? ¿Oliver Loockwood había estado a mi lado durante todo ese tiempo? El hombre sin sentimientos, el cretino que me abandonó al poco tiempo de casarse, el estúpido hombre que después de hacerme el amor me pidió que desapareciese de su casa.

Oliver obedeció al doctor y aunque no parecía estar de acuerdo se retiró, no sin antes apoyarse en la cama, y acercarse a mí para depositar un beso en mi frente. Un beso de sus labios, esos que yo tanto ansiaba y había soñado con besar de nuevo mil veces más.

Pude agarrar su mano antes de que se marchase, y al notar de nuevo su tacto mi cuerpo se estremeció. Recordé como con ellas me acariciaba aquel día, como sujetaba mi cuerpo mientras me hacía suya, mi corazón tamborileó con fuerza, mi pulso se aceleró, y sin poder evitarlo emití un suspiro.

Oliver me miró, parecía que quería besarme, pero lo que hizo fue soltarse de mi agarre y salir de la alcoba.

Capítulo 24

Distingmanor , Londres año 1819

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



Atravesé la hierba fresca que se extendía por toda la finca hasta llegar a las puertas de Distingmanor, cualquiera que me viera en aquel momento pensaría que el duque libertino se había convertido en el duque sin alma. Caminaba a paso lento como si verdaderamente estuviera disfrutando de un paseo tranquilo, o fuese a leer aquel libro que llevaba conmigo en mis manos durante algo más de dos horas.

No era cierto, no pretendía olvidarme de las desgracias que me asolaban, ni de mi esposa, la que todavía se encontraba convaleciente encerrada en su alcoba por mi culpa. Tan solo necesitaba pensar, pensar en cómo iba a atrapar al miserable de Percival Livingston.

Una sirvienta se acercó hasta mí con urgencia, su rostro parecía anunciar algo poco agradable.

—Señor, me temo que no va a poder continuar con su retiro de tranquilidad.

—¿Qué ocurre?

—Es su madre, está aquí.

Ella era la última persona a la que ahora mismo tenía ganas de ver. No la culparía por el suceso, pero los dos sabemos que si en su momento hubiese dicho lo que vio, quizá ahora no iríamos a tener esta conversación.

—Oliver —dijo estirando las vocales.

—¿Madre? —Besé su mejilla—. No deseo conversar, tan solo pensar y descansar.

—Solo vine a ver cómo estaba mi hijo, y aunque pensé en ir a visitar a tu esposa, después lo deseché.

—No es buena idea, vuestra relación no empezó de la mejor manera. Ella ya está mejor, el doctor dice que en unos días posiblemente pueda hablar.

—Me alegra escuchar eso. —Me tomó por el brazo y acomodó el suyo dentro del hueco que ella misma logró que hiciese—. Ahora vayamos dentro, debemos hablar.

Mi madre ordenó al servicio que nos preparasen el almuerzo en el gran salón de gala. Jamás había sido usado por mí durante todos estos años en los que había visitado Distingmanor. Nunca pensé que solo un par de cuerpos podrían ocupar un lugar que se había construido para albergar unos cuantos cientos de personas. Pero madre respetaba los haceres del ducado de una forma inimaginable, pues un ducado no solo era un título, también ellos deberían de ser distinguidos

entre los demás con solo mirarlos.

—Madre, ¿has venido hasta aquí para ver cómo me encuentro? —le pregunté mientras retiraba su silla.

—Esto debería de hacerlo un criado, Oliver, yo te he educado para un ducado.

Escuchar eso me hizo reír al segundo, si Jane hubiese estado allí también lo habría hecho.

—Madre ¿qué es lo que quiere contarme?

—Se te ve cansado, ¿duermes bien?

No, no dormía, cómo iba a hacerlo, mi esposa había estado a punto de morir a manos de un desalmado, y yo había sido el culpable. Además de que ahora, había intentado que viniese conmigo para cuidarla y sus hermanas se habían negado.

—Poco, pero lo intento cada noche.

—Está bien, no me andaré más por las ramas, vine porque me he enterado de que el joven Livingston no estaba solo cuando Georgina se subió a ese carro.

Para mi madre aquello era un chisme más, se le veía en el brillo de sus ojos. De no ser así, habría sido lo primero en decir cuando pisó Distingmanor.

—¿Quién más estaba allí?

—No lo sé. —Le pegó un bocado a la magdalena que tenía en su mano.

Sorprendido después de lo que acababa de escuchar, conseguí decirle.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Por que has vivido todos estos años culpándote de no haber estado con Georgina aquel día, y a pesar de que yo siempre creí que ella te ocultaba su amor por el joven Livingston, hoy creo que alguien le hizo daño.

—Madre, debería usted ser detective. —Me levanté de la mesa y salí corriendo como alma que lleva el diablo de la finca.

No había tiempo para hacer llamar al lacayo, así es que me dirigí a paso acelerado hasta las cuadras y monté uno de mis caballos cabalgando hasta llegar a Grosvenor Square.

Durante mi viaje no dejaba de dar vueltas a lo que había dicho mi madre. Alguien más iba en el carro con ellos aquel día, ¿quién ocultaría que había llegado hasta la finca Livingston con Georgina? ¿Alguien que no quisiera que lo relacionasen con ella? ¿con Percival Livingston?

Había recorrido un par de millas a galope cuando, al entrar en la calle de los Livingston vi su figura en la fachada de la familia.

¿Él? Agité mi cabeza con fuerza, negando esa ocurrencia. La falta de descanso me estaba pasando factura, mi agotamiento no me dejaba pensar con claridad.

Desmonté del caballo y entregué las riendas a la doncella.

—Pero, señor, ¿qué hago yo con esto? —increpó ella.

—Que no se escape —respondí.

—¿Qué se le ofrece, señor Summerfield? —pronunció el duque.

—Vengo a ver a su esposa. —Entré directamente sin esperar a ser atendido como habría sido lo correcto.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Livingston.

No respondí. Me detuve justo a su lado, a una distancia prudente, ni muy cerca ni muy lejos. Tenía que estar seguro de que lo que estaba a punto de decir lo escuchaba bien.

—El día que Georgina desapareció —Incliné mi cabeza, no me gustaba volver a recordar lo que ese día pasó—, alguien la llevó hasta su finca. Fuentes cercanas aseguran que Percival entró a un carro con ella. Pero al parecer no estaban solos.

—Eso es una locura, Oliver, te agradecemos que te tomes tantas molestias en averiguar qué es lo que le ocurrió a Georgina, pero poco se puede hacer ahora. Y levantar sospechas sobre alguien...

Anne llegó hasta nosotros imagino que alertada por las voces.

—Mi Oliver, ¿cómo está Jane? Deseo ir a visitarla. Justo hoy el señor Livingston me decía que debíamos ir.

—Me alegro de verte. Jane se encuentra mucho mejor, por suerte no hemos tenido que lamentar mucho.

Me acerqué para abrazarla, y cuando estábamos separándonos de tan reconfortante abrazo, ella increpó a su esposo. Al parecer estaba ensuciando todo el suelo con sus botas llenas de barro.

—Anne, perdona que te lo pregunte de nuevo, pero, ¿seguro que no recuerdas nada más de aquel día?

—Ya no sé ni lo que recuerdo. He imaginado tantas veces que Georgina entra por esa puerta, que me abraza, que nunca se marcha para montar ese maldito caballo, que en ocasiones dudo de lo que ocurrió a lo que yo quise que ocurriera.

El señor Livingston se retiró, y Anne me cogió del codo para que me acercara a ella.

—Vayamos a la biblioteca, necesito sentarme, mis piernas no soportan el peso de mi cuerpo por más tiempo.

La agradé, aunque lo que verdaderamente deseaba era cruzar la calle y volver a ver el rostro de mi esposa, comprendí que Anne pasaba mucho tiempo a solas en esa casa llena de recuerdos tristes para ella.

—Anne voy a tratar de descubrir quien le hizo daño a tu hija junto con Percival, además de encontrar a ese malnacido que quiso acabar con la vida de Jane.

—Déjalo todo como está, no merecerá la pena volver a sufrir.

Me senté junto a ella con la cabeza apoyada en mis manos y los codos sobre mis piernas. Cerré los ojos para descansarlos un rato. Abrí los ojos y me puse en pie, besé la mejilla de Anne y me despedí. Era eso, la vida era en ocasiones muy corta como para no estar en el lugar que deseaba estar.

Capítulo 25

Grosvenor Square, Londres año 1819

Jane Lawson



—Tómate esto, suavizará tu garganta. —Emma me cuidaba como si fuese una verdadera enfermera.

Acaricié la fina y suave piel de su rostro al colocarse cerca de mí, le sonreí intentando darle las gracias por todos estos días a mi lado. Ella me devolvió la sonrisa, y al verme mejor de ánimos me preguntó algo que seguro la inquietaba.

—¿Crees que podrías pedirle a tu esposo, la próxima vez que venga, que celebre un baile cuando te recuperes?

La miré extrañada. A Emma no le gustaba asistir a esos bailes. Cuando la tía le dijo que el verano próximo tendría que presentarse en el primer baile de temporada, ella se negó dejando claro que jamás se mostraría como un objeto para que todos los caballeros que buscan esposa pensarán que podían adquirirla.

Hice un gesto con mis manos para intentar preguntar por qué quería eso.

—El año que viene tía Rose me obligará a salir al mercado matrimonial, y si tengo que casarme con algún caballero, deseo elegirlo yo.

Sonreí.

—No te rías. No puedo elegirlo en pocos días, debo hacerlo con tiempo, así es que he pensado que si asisto a reuniones, bailes, o incluso a entretenidas partidas de Polo —Me guiñó un ojo—, tendré tiempo suficiente para conversar con caballeros y saber qué tenemos en común.

Volví a reír, y después cogí su mano para apretarla entre la mía.

Emma se hacía mayor, y estaba bien segura de que aunque era la pequeña entre nosotras, también era la más inteligente. No se dejaría pisotear por los deseos de nuestra tía.

De pronto la puerta de la alcoba se abrió, y Oliver Loockwood la atravesó sin mirar al interior para después cerrarla tras él.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le recriminó Emma.

Oliver hizo una mueca y la ignoró. A lo que Emma puso los ojos en blanco y apretó fuerte sus labios.

Por Dios, lo último que deseaba era que una batalla campal entre mi hermana y mi esposo se levantara en mi alcoba.

Oliver caminó hasta llegar a mí, continuó ignorando a Emma. Estaba segura de que le divertía ver el azoro de ella, por que en ocasiones era un tanto parecida a mí, y él se había cansado de repetir que yo le resultaba divertida.

Era tan atractivo, tanto como arrogante.

Vi como Oliver levantó una ceja y después dirigió la mirada a Emma, en esta ocasión reproducía de igual manera la vez que yo le pedí con el gesto que echase a mi tía de la biblioteca.

Tomé la mano de Emma y con un gesto de cabeza le pedí que nos dejase a solas.

Emma pateó primero, después se marchó.

—No voy a apuñalarla, si es lo que temes —le dijo a Emma antes de cerrar la puerta.

Y ella respondió con un sonoro portazo.

Le miré, él me miraba también. Reconozco que estaba deseando que entrase por la puerta, pero no me bastaba solo con verle, quería que se acercase a mí.

—¿Puedo? —preguntó esperando que le diese mi aprobación antes de sentarse en la cama.

Yo respiré profundamente y tragué saliva. Aún dolía. Sí, dolía tanto aquella saliva que bajaba por mi garganta como todo el dolor que él me había causado.

Le pedí estirando mi brazo haciendo el gesto de intentar alcanzar una libreta que descansaba sobre la mesita con una pluma.

—Espera, te la traeré.

Se levantó para acercármela, y cuando rozó mi mano al darme la pluma me miró a los ojos.

Yo esperaba que se lanzase a mí, que me besara sin control, que me abrazara, pero nada ocurría, todo estaba igual que antes de regresar. Era mi esposo, por eso se ocupaba de mí, imaginé que lo que quería era que Londres conociera lo bien que cuidaba de su esposa después de lo ocurrido. Como si con estos gestos pudiera limpiar su nombre después de abandonarme.

Con la ayuda de la pluma escribí sobre la hoja en blanco. Quería saber como me encontró, si nadie sabía dónde había ido. Al responder que fue pura casualidad, me sorprendí, ¿a quién buscaba entonces?

—Iba a por Percival, precisaba hablar con él. Alguien me dijo que lo vieron en el pasado donde no debía estar.

Continué escribiendo sobre la hoja. Le dije que lo sabía, que conocía la historia de Georgina, Anne me lo había contado todo. Y él se sorprendió al escucharme.

—Pues si conoces la historia, te puedo contar que lo que descubrí fue que Percival la llevó hasta allí y eso no fue lo que le dijo a las autoridades aquel día.

Escribí de nuevo, afirmando que también sabía que él había estado con ella donde me encontró.

—¿Cómo sabes que le hizo daño? ¿Te lo dijo él?

Asentí.

Oliver no se sorprendió demasiado, él ya sospechaba de que Percival no era un hombre

bueno.

—No voy a apartarme de tu lado ni por un segundo, ese cerdo de Percival podría volver...

Me tomó la mano y la acercó hasta su rostro, la besó, la olfateó.

—Jane, yo, me he portado como un cobarde...

Emma nos interrumpió junto con la tía Rose entrando en la alcoba.

—Ha llegado el doctor, y también tiene visita —dijo mi hermana sonriente.

—Esperaré fuera. —Oliver se levantó resignado.

Después de lo que me había hecho, dejándome sola por más de un año, mi familia ya no le miraba con buenos ojos.

El doctor pasó después de que él saliera. No estuvo mucho, solo quería comprobar que mis cuerdas vocales no habían sufrido, palpó mi garganta y me animó a que hiciera sonar mi voz, pero tantos días sin hablar me hacía temer a que no pudiese hacerlo.

Lo intenté, solo pude que emitir unos cuantos sonidos roncós. El doctor me recomendó hacer unas gárgaras y tomar mucho jugo de frutas para que todo volviese a estar como siempre. Y antes de que se fuera, aprovechando que sostenía papel y pluma en mis manos le escribí una nota para preguntarle por qué no podía abandonar de una vez la cama.

—No tiene por qué estar aquí, señora. Pensé que se encontraba cansada. Puede salir, pasear, puede recuperar su vida de antes.

—Pero doctor... es mejor que siga en su alcoba, ella, ella es muy inquieta.

Abrí los ojos sorprendida, ella tenía la culpa de que yo no saliera de allí, había sido idea suya retenerme en aquella cama, así no tendría que lamentar todos esos dolores de cabeza que según al parecer le daba con mis inquietudes.

Sin pensarlo más por un momento, retiré las sábanas que tapaban mi cuerpo, y cuando el doctor se marchó, Emma me ayudó a vestirme de manera decente para salir a fuera. Estaba débil, demasiados días sin caminar me habían dejado las piernas sin fuerza.

Los Livingston aguardaban a las puertas de la alcoba, habían venido a visitarme, y con ayuda de mi hermana les animé a que tomaran algo en la sala de lectura.

Oliver al escucharme frunció el gesto al escucharme, a él no le había dado tiempo de descubrir todos los cambios que había hecho en la casa. Un año da para mucho.

Al entrar en la fastuosa sala, me coloqué a un lado para poder ver el rostro de Oliver cuando él viera todo.

—Por Dios, Jane, ¿qué has hecho?

No esperaba esa reacción, más bien creí que sería una sonrisa infinita en sus labios lo que podría ver, pero me equivoqué.

Demasiado lejos, en cada ocasión que deseaba elegir uno tenía que caminar mucho. Y fueron muchos días de lectura, no había nada más con lo que entretenerme. Eso fue lo que pensé pero no lo pronuncié, en cambio, sí clavé la mirada con furia sobre él.

—Son delicados, hay que protegerlos, cualquiera podría cogerlos.

—Estaban escondidos, ¿de qué sirve algo valioso si no puede ser utilizado? Las cosas se pueden cuidar teniéndolas cerca, no abandonándolas, ¿no crees?

Emma se escabulló, y los Livingston hicieron lo propio.

Oliver se tomó su tiempo para recoger los pedazos de vergüenza que desprendía su rostro.

Dio un paso al frente, le escuché respirar fuerte, continuó caminando hasta quedarse frente a mí.

—Sigues sorprendiéndome a cada poco.

—Tú a mí no.

—Veo que has recuperado tu voz.

Me asusté, puse mis manos sobre mi garganta. Había hablado, aunque había sido la rabia contenida durante tanto tiempo quien lo había hecho.

—Dime, Oliver Looockwood, ¿a qué has venido? Como puedes ver ya estoy recuperada, no preciso de tu compañía, y puedes estar tranquilo, toda Londres sabrá que me salvaste la vida, yo misma me encargaré de hacer correr la voz.

Mi voz no sonaba tan clara como en el pasado, pero se me entendía a la perfección.

Oliver hizo un intento de acariciar mi rostro, pero en mi interior algo me indicaba que no debía de permitirlo. Él se fue, y solo regresó para buscar a Percival, que me encontrase a mí fue una casualidad, como él bien dijo.

—No deberías estar aquí, Oliver, tu sitio está en Distingmanor, así me lo hiciste saber aquel día.

—No me castigues más, no huyas de mí, necesito tocarte Jane, he sido un estúpido alejándote, alejándome de ti. Desde el primer momento en el que nuestras miradas se cruzaron, temí por mí. Todo este tiempo he actuado bajo el terror de enamorarme, cuando debería de haberme dado cuenta de que ya lo estaba.

—No sé qué decir.

La puerta se abrió con un fuerte golpe y para nuestra sorpresa pudimos ver a un Percival herido, cayó delante de nuestros ojos de rodillas, le habían clavado un abrecartas en el costado, sangraba muchísimo.

Yo me quedé paralizada, en cambio Oliver lo sostuvo por las solapas de su chaqueta y le gritaba que le diera una respuesta.

—¿Quién más estaba aquel día? —le gritaba porque sabía que iba a morir, y Oliver no podía quedarse con la duda.

En cambio Percival solo llamaba a su padre, se negaba a responderle.

—Padre, mi padre... —Cada vez su voz se apagaba un poco más.

Capítulo 26

Grosvenor Square , Londres año 1819

Oliver Loockwood, duque de Summerfield



Estaba muerto, Percival había muerto, por fin pagaba por lo que Dios sabe qué le hizo a Georgina, aunque ahora nunca se sabrá quien más estaba allí aquel día.

No me dejaba dormir la idea de que alguien había asesinado a Percival, ¿por qué? ¿por temor a que revelase la identidad de su cómplice?

Por otro lado Jane se encontraba totalmente recuperada, había vuelto a ser la misma de antes, su familia había regresado a Norfolk y ahora que la habían dejado sola quizá podía tener más posibilidades de hablar con ella.

Mis días en Distingmanor carecían de interés, ni lecturas ni partidos de Polo, solo me ocupaba en pensar en lo estúpido que había sido perdiendo a la mujer de mi vida para siempre.

Entré en los establos, el joven Set salió a saludarme.

—Señor, ¿le preparo un caballo?

—No, solo vine a pasear.

—Permítame que le diga algo.

Llamó mi atención que un muchacho tan joven quisiera hablar conmigo, nunca lo había hecho. Simplemente cruzábamos pocas palabras relacionadas con los establos.

—Adelante.

—Vaya a por la señora Jane, he visto como lo mira.

—Ella no quiere verme.

—Ella le ama, estoy seguro. Yo he visto como le mira.

—Eres muy joven. —Revolví sus cabellos.

—Hágame caso, vaya a por ella. Este es su lugar, ella es feliz estando aquí.

Tenía tanta razón, ¿cómo no se me había ocurrido aquello? A Jane le gustaba estar con los caballos, ese era el lugar de mi esposa, y no en la ciudad.

—Prepárame un caballo.

—¿Me deja escoger?

—Que esté listo en poco tiempo.

Salí de los establos para avisar al servicio de que preparasen todo para recibir a la señora de la casa.

Al salir el joven Set se encontraba en las puertas con el caballo prohibido.

Negué con la cabeza, cerré los ojos y miré duramente a Set.

—Ella se alegrará de verlo —dijo el muchacho.

No había tiempo que perder lejos de Jane, así es que le hice caso y monté sobre la yegua.

Cabalgué con un rumbo fijo, la casa de Grosvenor Square, los pensamientos amenazaban con volverme loco. Era agotador querer adelantarme a lo que Jane me diría cuando le pidiera vivir conmigo en Distingmanor. Su carácter hacía que todo fuese impredecible.

Llegué a la ciudad, decenas de personas paseaban por las calles, todos me miraban con curiosidad. Seguro que ya se hablaba de que había vuelto a abandonar a mi esposa, aunque en esta ocasión no fuese cierto, y hubiese sido ella la que no deseaba mi compañía. Cosa que no iba a culpar después de lo mezquino que había sido con ella.

Desmonté del caballo y frente a mí la señora y el señor Livingston esperaban para saludarme.

—Siento su pérdida —dije por educación al duque.

—No es necesario, Oliver.

Anne en cambio se encontraba diferente, parecía temblar como una hoja, pero su esposo no parecía haberse dado cuenta.

En ese instante Jane y su doncella salieron de la casa. Dejé las riendas del caballo en el suelo para correr hasta Jane.

—Un momento, no te marches —le pedí al verla.

—Oliver, yo —Miró a su doncella para que se alejase un poco—, nuestro matrimonio fue un sinsentido desde el principio. Siento que he madurado mucho desde entonces. Era una niña, tú aún amabas a otra mujer...

—No, no lo digas.

—Sí, Oliver, deberíamos pedir la nulidad.

—Eso es imposible, hemos consumado el matrimonio.

—Puedes decir que te fui infiel.

—No. Yo deseo seguir casado contigo.

—No seremos felices ninguno.

De repente Jane miró hacia los Livingston, yo seguí su mirada para ver que le llamaba la atención.

El duque zarandeaba a Anne, en medio de la calle.

Avancé con paso decidido hasta ellos.

—Métase en sus asuntos, Looockwood.

—Este es mi asunto, Anne no debe ser tratada así por su esposo, ni por usted ni por nadie. Suéltela ahora mismo.

—Oliver, no es nada. —La voz de Anne temblaba.

Anne miraba a su esposo con expresión aterrada. Se limpió las lágrimas que se agolpaban en sus ojos, mientras que el duque la amenazaba para que no dijese nada.

—¿Qué demonios está ocurriendo, Anne?

Ella temblaba. Entonces llegó Jane y la abrazó. Me coloqué frente al duque, aunque este no dejaba de mirar a su esposa y continuaba negando con la cabeza.

Anne susurraba palabras a Jane, mientras que yo trataba de tranquilizar al duque, a su avanzada edad no debería de alterarse tanto, fuera por el motivo que fuera.

Logré que el señor Livingston se calmara y lo acompañé hasta su hogar mientras que Jane continuaba cuidando de Anne.

De pronto Jane gritó mi nombre.

—¡Oliver, fue él!

Giré mi cuerpo para entender mejor sus palabras, y vi a Anne tapándose la boca, había roto a llorar. En ese instante sentí un dolor inmenso en el costado. El duque me había clavado un cuchillo, de igual manera que también lo había hecho con su propio hijo.

Caí a sus pies, saqué el arma y agarré su pierna. Solo deseaba conocer por qué. ¿Por qué estaba allí aquel día?

—Dígame por qué estaba allí. —Sentía que me faltaba el aire.

—Yo no le hice daño, si es lo que te preguntas, es más, fui para evitar que mi hijo hiciera ninguna estupidez. Pero salieron a cabalgar, creí que todo andaba bien, y ella no regresó con Percival. ¿Qué podía hacer? Era mi hijo, cualquier padre habría hecho lo mismo.

La muerte se acercaba a mí, no había duda, no podía luchar contra el cansancio que me obligaba a cerrar los ojos. A lo lejos escuchaba los gritos de Jane acompañados a los de Anne, pero poco a poco iban apagándose.

El dolor era insoportable, traté de escapar de él, pero en el intento de incorporarme el dolor se incrementó haciéndolo agonizante.

Capítulo 27

Grosvenor Square, Londres año 1819

Jane Lawson



—¡Quieto! No debes de moverte.

—Yo ya te he dicho mi opinión profesional. —Emma continuaba con su recital.

—Y yo te repito que no eres doctor, eres una simple estudiante de enfermera que se cree con conocimientos de más.

—Deberíamos de suministrarle más opio.

—No dejaré que lo hagas delirar hasta la muerte.

Me negaba, Oliver se encontraba con vida. Si tenía que sufrir de dolor yo le ayudaría a no hacerlo solo, pero había escuchado que el opio en grandes cantidades acababa con las vidas de los enfermos.

—Llama al doctor, dile que pase. —Exigí.

—Te dirá lo mismo que te he dicho yo, eres terca como nadie.

Al poco rato traspasó la puerta el doctor, su rostro no parecía traer buenas noticias.

Oliver gemía, no habría los ojos, pero se movía inquieto en la cama.

—Señora, debe dejarme que calme su agonía, la herida llegó muy dentro de su cuerpo, ya sabe que la cirugía fue dura, y también larga. Su marido sufre.

—¿Qué pasará si le administra más sedantes? —Le miré a los ojos esperando una respuesta.

—Emma me ha dicho que teme que no despierte —Me tomó la mano el doctor—, pero también debe saber que su esposo puede sufrir hasta acabar con su vida.

—No dejaré que eso ocurra.

—Está bien, mi deber es respetar, y por si cambia de opinión le dejaré este frasco. —Sacó de su maletín un pequeño bote en el que imaginé albergaba el dichoso veneno y me lo entregó.

No quería ser egoísta pensando solo en mí, en cómo sería mi vida si él no estuviese en ella, pero es que algo en mi interior me decía que podía recuperarse, que solo necesitaba unos pocos días más.

Su madre se instaló en nuestra casa, y aquel gesto de amor hizo que pudiese mirarla con otros ojos. Me contó todo lo que desconocía de Oliver, desde el día en el que nació, pasando por sus primeros pasos, la estupenda relación con su padre, y hasta sus diferencias con ella.

No negaré que seguía pensando que era una señora de la nobleza más distinguida, de esa nobleza que poco tiene en común conmigo, pero se mostraba respetuosa.

—Vayamos a verle, quedémonos las dos a su lado. —Me pidió después de desayunar.

Entramos despacio sin hacer ruido en la alcoba, parecía que descansaba. Nos sentamos cada una a un lado de la cama y lo tomamos por las manos. Su madre comenzó a rezar por él, y yo la imité. Nunca había dejado de creer en Dios, pero en los últimos años creí que de poco servía rezarle.

Oliver gimió y a mí se me encogió el pecho. ¿Hacía lo correcto?

—Jane, está sufriendo, deberíamos hacerle caso al doctor.

Su madre era la persona que más le quería, así debía ser. Una madre siempre es la persona que más ama a su hijo. Daría su vida por él, de eso no me cabía duda.

Cerré los ojos y abracé el cuerpo de Oliver, su cuerpo estaba allí, pero él no. Comencé a llorar. Le pedí que despertase, que me dijera qué debía hacer con él, necesitaba que me hablase.

—Oliver, despierta, tienes que despertar, no puedes volver a hacerme esto. Viniste para decirme algo. No puedes abandonarme de nuevo.

Yo solo lloraba, acababa de perder cualquier esperanza de que se recuperase. Y sabía que la decisión correcta era calmar su agonía.

Repetía una y otra vez que no me abandonase, que volviera junto a mí, que no se fuera.

Y de pronto lo escuché.

—Jamás te volveré a dejar. —Estaba despierto.

—Hijo, hijo... —Su madre lloraba de alegría al escucharle.

—Sigues sorprendiéndome —dijo—, tú y mi madre juntas en la misma alcoba.

Oliver sonrió, después gimió a causa del dolor.

—¡Llaman al doctor, corran! —Hice un intento de salir al pasillo para que me escuchase el servicio, pero Oliver me retuvo sujetando mi mano.

—Ni se te ocurra separarte de mí.

Miré a su madre, y ella sonriente salió de la alcoba dejándonos a solas.

Me incliné sobre él de manera cuidadosa para no hacerle daño, y Oliver me cogió con sus manos, colocando cada una de ellas sobre mis mejillas.

Nuestros rostros estaban muy cerca, y yo noté al segundo de mirar sus ojos que era el hombre de mi vida. Por fin comprendía ese amor que leía en los libros. Ese por el que una persona es capaz de enloquecer, porque de no haber despertado, de no haber abierto los ojos. Yo habría muerto de amor por Oliver Looockwood.

—Te amo, Jane, te amo como jamás pensé que podría amar. Ruego que me perdones por actuar como un necio, por abandonarte y dejarte desprotegida.

—Descansa, tienes que recuperarte, ya tendrás tiempo de demostrarme todo lo que me amas.

Oliver sonrió, después hizo una mueca de dolor.

—¡Livingston! ¿Cómo está Anne?

—Nada de sobresaltos —dijo el doctor entrando en la alcoba.

—Se quitó la vida delante de ella. Al parecer encubrió a su hijo. Han descubierto en la finca familiar prendas pertenecientes a otras mujeres, algunas se encuentran en paradero desconocido. Otras habían tenido relación con Percival, por obligación por supuesto. Anne se encuentra bien, la visito a cada poco.

—Eres un ángel.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Loockwood, si no fuera por su esposa no sé si habría despertado. Confió desde el principio en que usted era un hombre fuerte. Gracias a su terquedad sigue vivo.

—Nunca dudé de su testarudez. —Sonrió

Epílogo

—No seas desconsiderada. —Agarraba a Emma de las faldas de su vestido impidiendo que se alejase y me dejara con la palabra en la boca.

—No aceptaré.

—¿Tanto temes a Russell Baxter?

Sabía que Emma reaccionaría ante mi comentario.

—Jamás ningún hombre ha sido capaz de hacerme sentir miedo. Y Russell tan solo es otro noble más que alardea de sus riquezas.

—¿Alardea?

—Ya has visto su carro, su hogar, sus caballos, sus inmensas hectáreas de cultivo de trigo, sus ropas. Es un hombre al que le gusta mostrar todo lo que posee.

—¿Prefieres entonces casarte con el hijo del sastre?

—No hay nada de malo en casarte con alguien que no posee un título. Lo sabes, nuestros padres lo hicieron.

—Tienes suerte de que la tía se encargase de tu medicina, ellos no podían comprarla. El amor no paga las facturas Emma, ojalá algún día te enamores, pero si yo tuviese que elegir por ti, elegiría que te enamorasas de tu esposo, uno con suficiente dinero para no pasar calamidades.

—Esta noche asistiré al baile de presentación. Agradaré a tía Rose, hablaré con cualquiera de los caballeros que lo deseen, pero debéis de saber que continuaré con mis estudios, no me casaré si eso hace que se interrumpan.

—No es necesario que lo hagas, lo he meditado bien. Ve a por tu sueño.

La voz de tía Rose nos dejó atónitas.

Emma no hizo otra cosa que correr a sus brazos. La besó, la apretó y después saltó de alegría.

Escocia, año 1820

Universidad de Edimburgo

Emma caminaba por los amplios terrenos de la casa de aquel profesor progresista que estaba

dispuesto a darle clases privadas después de que asistiera a la universidad como una simple oyente. Siempre que cumplierse con la parte del trato.

Disfrutaba de la suave brisa y de aquel día soleado. A pocos metros se extendía la agua más turquesas que había podido apreciar jamás.

Aquella propiedad era dotada con un jardín precioso, y aunque caminar por el lugar la llenaba de paz, ella lo que de verdad quería era meterse en las aguas, notar su frío al subir por sus pies hasta sus pantorrillas.

Se tumbó sobre la hierba, se apoyó sobre los codos y contempló la naturaleza. Estaba convencida de que nunca se cansaría de Edimburgo. En cuanto a lo que tuviese que ver con George, aquello era bien distinto.

Se habían casado. Aquel doctor le prometió enseñarle todo cuanto sabía de medicina a cambio del matrimonio.

Una mujer en su época jamás podría atreverse de pensar que actuaría más allá de lo que hace una simple enfermera, en cambio Emma Lawson no se conformaría con eso, así es que aceptó el trato y comenzó con su estudios.

Por el día asistía a clases de medicina como oyente. Si resultaba tener la suerte de su lado quizá alguna silla alcanzaba a ocupar al final de la sala, sino, debía de conformarse a escuchar desde el pasillo.

Por la tarde era su esposo quien diseccionaba cadáveres para enseñar anatomía. En aquellas clases su esposa lo acompañaba para suministrarle todo el material necesario. Por eso ella podía estar presente.

La diferencia de edad era significativa, pero no era un obstáculo para ninguno de ellos.

La tranquilidad de Emma se vio alterada con el mensaje de sus hermanas pidiendo que regresara tan pronto como le fuese posible a Inglaterra.

Al bajar del carro que la llevó hasta la casa de su tía Rose, el espectáculo con el que se encontró no fue el esperado.

Muchas flores y ropas oscuras.

—Emma, has llegado justo a tiempo —dijo Eliza sacándome de mi ensoñación.

—Deberíais haberme dicho lo que ocurría —le recriminé.

—Ella no quiso que te hiciéramos regresar. No dejaba de repetir que por fin una Lawson iba a ser feliz.

Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Ven, vayamos dentro, todos esperan para dar comienzo al funeral.

Había pasado un año desde que marché a Escocia, un año sin ver a mis hermanas, uno en el que quizás aquí habían ocurrido muchas cosas. Pero, allí también.

—Espera, no vine sola.

—Claro, ¿alguna amiga? —preguntó Eliza.

—No, mi esposo.

George bajó del carro, y Eliza se cubrió la boca con ambas manos dejando clara su sorpresa.

Hice las presentaciones adecuadas, dejé a ambos charlando después de varios minutos y me disculpé para acercarme hasta donde se encontraba Jane y Oliver.

La abracé desde atrás y rápidamente se dio la vuelta para mirarme de frente.

—Estás radiante. Siento que hayas tenido que volver por este motivo. La tía se negaba a hacerte llamar.

—No te preocupes, pero, ¿puedo verla? —pregunté.

—¿Estás segura?

—Jane, he visto decenas de cadáveres. Desearía despedirme de ella.

Oliver me abrazó y cuando me soltó de tan cálido abrazo me sorprendió la figura robusta de él.

Russell Baxter estaba allí, tan guapo, tan atractivo, tan fuerte, tan seductor, tan joven.

Enmudecí al verle, y él aprovechó aquello para tomar ventaja.

—Me dejó plantado el día en el que iba a pedir su mano, espero poder tener de nuevo una oportunidad.

Continuará...

Nota

Este si que será un reto difícil que escribir. Emma me ha dejado sin palabras, sí, hasta a mí me sorprendió el día que me contaba que ella por ser médico estaría dispuesta a hacer cualquier cosa, sí, hasta contraer matrimonio. Ella que deseaba unirse solo por amor.

Books By This Author

Una Esposa Para El Barón

"Bajé el primer tramo de escaleras muy rápido, apenas tocaba los escalones, volaba. Después frené la carrera cuando quedaban pocos peldaños que descender y me erguí, respiré profundamente, me coloqué la cinturilla del vestido en su sitio, recogí los mechones de pelo que lucían sueltos y tapaban mi rostro y que tanto odiaba tía Rose, y comencé a descender lentamente hasta llegar al hall, donde todos charlaban animadamente.

Al notar mi presencia tía Rose endureció su rostro y clavó en mí su mirada.

—Muy buenas tardes —pronuncié haciendo una ligera reverencia.

—Es preciosa, nadie nos dijo que gozase de tal belleza. —La voz de una mujer que suavemente levantaba mi rostro con su mano me sorprendió. De nuevo estaban tratándome como al ganado. Tan solo les faltó abrirme la boca para ver mi mordida.

—Ya dije que las hijas de mi difunta hermana eran todas y cada una de ellas dignas esposas de nobles —le respondió Rose.

Más de cinco cabezas, todas mujeres se acercaron hasta mí, miraban cada resquicio de mi cuerpo, si hubieran tenido valor para ello estoy segura de que me hubiesen pedido que me despojara de mis ropas.

De repente las cabezas fueron abriendo espacio entre ellas, al parecer ya me habían inspeccionado al detalle. Fue en ese preciso momento cuando un rostro apareció frente al mío. Y un escalofrío me recorrió en ese instante la espalda hasta llegar a la nuca."

Cenizas En Las Highlands

Arya McWallace es tan solo una joven muchacha que deberá enfrentarse a un viaje, el que la llevará a las sucias manos del mismo demonio, Duncan McDougal, un highlander del clan enemigo.

Puede que esta historia creas conocerla, pero no como deberías, pues esta joven que luchará contra guerreros, sufrirá a manos de un ser despiadado, y encontrará a su príncipe, deberá ayudar también a un hombre que viaja en el tiempo para sanar un corazón despedazado.

Amor y pasión, lucha y engaños, viajes en el tiempo, son algo de lo que vas a encontrar en este maravilloso inicio de saga.

Deseando A La Bruja De Las Highlands

Peyton Smith es una fanática de Outlander, esa mujer que viaja en el tiempo a través del círculo rocoso de Craigh Da Nun en Escocia.

Hace un año que su hermano Harden desapareció en aquel mismo lugar imitando a la perfección una escena de la famosa serie televisiva, y como nadie la cree cuando lo cuenta, decide ser ella

misma la que vaya a buscarlo.

«—¡Eres una Campbell! —gritó Niall—. Has venido a tenderme una trampa, te envía ella, deseas seducirme para culparme después de algo de lo que ella misma no es capaz de darme. Peyton se volvió al escuchar aquella insinuación y caminó hasta él con la intención clara de abofetear su rostro.

Levantó su mano y con gesto de rabia fue a propinarle el golpe, pero Niall fue más rápido y más fuerte, y le detuvo la mano justo cuando esta iba a impactar en su mejilla.

—Ni se te ocurra volver a insinuar que soy una fulana. Yo no intento seducir a nadie, quizá tú tengas las hormonas alteradas como un adolescente en plena pubertad.

Niall la miraba confuso, pues la mayoría de las palabras no las entendía, pero tenerla tan cerca lo estaba desarmando de nuevo».

¿Conseguirá ese McKenzie dejar que Peyton cumpla su cometido?

¿Encontrará ella a su hermano y regresarán juntos a Los Ángeles?

Descubre todo lo que esta mujer tan moderna puede enseñarle a un highlander gruñón.